

*Amy
Reatto*

Siel
DESTINO
Quiere



*Amy
Reatto*

Siel
DESTINO
Quiere



Si el destino quiere

Amy Realto



TERCIOPELO

SI EL DESTINO QUIERE

Amy Realto

Una noche puede cambiarlo todo, un desliz, una consecuencia... Atrévete a descubrir qué tiene previsto el destino para Daniela.

ACERCA DE LA OBRA

Daniela es una chica joven, con trabajo estable y buenas amigas. Por fin, ha roto con ese chico que no era bueno para ella, ese que durante años se ha aprovechado de su amor. Ha recuperado su libertad y tiene toda la vida por delante para vivirla, como ella desee. Pero, una noche... Solo una noche... Lo cambia todo. Un desliz. Una consecuencia a la que, valiente, debe de hacer frente. Los guapos hermanos Cano, su compañero Juanjo e incluso su odioso ex, se cruzan en su camino a lo largo de la novela... ¿Qué tendrá previsto el destino para ellos? Y sobre todo, ¿estará él preparado para asumirlo?

ACERCA DE LA AUTORA

Amy Realto es el pseudónimo de una autora madrileña que reside en un pequeño pueblecito murciano junto a su familia, donde compagina una profesión que le encanta, con la tarea a jornada completa de ser madre. Estudió biología, algo muy alejado de las letras. No recuerda, como les pasa a muchos autores, haber tenido un libro o un cuaderno en la mano desde siempre. No, la lectura compulsiva y más tarde la escritura han sido, más bien, herramientas necesarias para calmar su mente inquieta en la que, eso sí, desde siempre han bullido historias que acababan siendo olvidadas.

Si el destino quiere ha sido la primera de esas historias que ha quedado plasmada en papel; tiene origen en un sueño que no se perdió al despertar, algo que no se olvidó y se convirtió en obsesión hasta que vio la luz.

Primer proyecto concluido, al que si el destino quiere seguirán otros que ya se acumulan en una carpeta de proyectos pendientes.

Índice

Portadilla
Acerca de la autora
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo
Carta a mis hijos
Créditos

*A vosotros que sacrificasteis un
poquito de nuestro tiempo*

Capítulo 1

*E*sta mañana me siento como una mierda, no me apetece moverme de la cama. Busco en mi interior algo de energía para, al menos, alargar el brazo y posponer la alarma del despertador. No tengo fuerzas. Mi estado de ánimo no se debe solo al hecho de haber roto, por fin, con Arturo. Es cierto que eso ha supuesto un gran cambio —al que aún me estoy adaptando—, pero sé que ha sido para bien. Aunque me entristece el hecho de haber desperdiciado como una tonta cuatro años de mi vida en una relación tóxica, con una persona dañina, y a veces me dé el bajón, mi pésimo estado de ánimo se debe a otra razón. Estas fechas siempre son duras para mí. Pronto hará siete años del día en el que me avisaron, en clase de materno infantil, de que mi madre había tenido un accidente mientras se desplazaba a la consulta, en Córdoba. Lo recuerdo como si fuera ayer. El mundo se detuvo para mí.

Si no hubiera sido por mi amiga Sol, no habría podido seguir adelante. Ella se hizo cargo de la situación, habló con los profesores, buscó transporte, y cuando mi mente empezó a reaccionar nos encontrábamos ya en la estación de Córdoba cogiendo el taxi que nos llevaría al hospital donde habían ingresado a mi madre.

Había conocido a Sol durante el primer año de carrera. Parecía imposible que aquella chica tan alegre, con el pelo de color fuego y enormes ojos verdes se llamara Soledad, así que muy pronto todo el mundo había comenzado a llamarla Sol. Yo me había desplazado desde Córdoba para estudiar enfermería en Madrid siguiendo el consejo de mi madre; Sol desde Segovia, y enseguida habíamos congeniado.

Mi madre fue médico endocrino y había estudiado en la universidad Complutense, pero había hecho el MIR en Córdoba para estar cerca de mis abuelos. Estableció su consulta en la avenida de Gran Capitán, y allí trabajó hasta el final. Siempre supe que mi llegada en ese momento de su vida había truncado sus sueños, aunque ella acostumbraba decir que los sueños solo son deseos idealizados y que las pequeñas cosas de la vida son las que realmente tienen importancia.

El taxi nos dejó en la puerta del hospital universitario Reina Sofía y al preguntar en recepción, nos dijeron que ella se encontraba en la UCI. Su vehículo había sido embestido por un camión que se había saltado un semáforo, había tenido que ser extraída del coche con ayuda de los bomberos, por lo que había sufrido daños en órganos internos y tenía varios huesos rotos. Tras una excarcelación complicada fue trasladada al hospital donde se encontraba. Las primeras cuarenta y ocho horas iban a ser cruciales.

Necesitaba verla con todas mis fuerzas, pero el horario de visitas en la UCI era muy reducido, y no nos dejaron pasar, así que no pude hacerlo hasta la tarde. Sol entró conmigo, y pese a que ambas nos estábamos preparando para trabajar en el sector sanitario, nos impresionó mucho verla en ese estado. Estaba sedada, rodeada de aparatos, vías y sondas. Mi madre fue una mujer pequeña, como yo, pero en esa cama, entre tanto tubo, me pareció diminuta.

Recuerdo que el tiempo pasó muy lento. Lo viví como una mera espectadora completamente ajena a esa historia. Recibimos visitas de sus amigos y compañeros, todos muy afectados por lo sucedido, que nos ofrecieron palabras de apoyo y de ánimo. Mis abuelos habían fallecido hacia años y no me quedaba ya más familia en esa ciudad. No quise marcharme, y pasamos la noche en una triste sala de espera. En aquellas horas no recuerdo haber comido ni bebido ni siquiera ido al baño, si lo hice fue gracias a la ayuda de Sol. Me había limitado a moverme como un autómeta.

Al día siguiente, mi madre parecía haberse recuperado un poco, estaba consciente, aunque muy fatigada, pero pude hablar con ella. Hoy sé que se recuperó solo para despedirse de mí.

—Dani —me dijo—, aunque te lo he dicho muchas veces... Te quiero con toda mi alma y no concibo mi vida sin tu existencia. —Le costaba respirar, pero aun así continuó hablando—. Quiero... que tengas claro que... llegaste en un momento de mi vida en el que no estaba previsto un bebé... Es cierto, que tuve que replantearme mi futuro... pero... jamás, créeme... jamás, me he arrepentido de ello. Soñaba con hacer la residencia en Madrid... y de allí poder acceder a alguno de los mejores hospitales... del mundo... Pero, el destino decidió... que te cruzaras en mi camino... Cambié todos los planes... que tenía previstos para el futuro..., volví a Córdoba, y... cuando te cogí por primera vez, supe que... supe que tú eras mi sueño... —Comenzó a toser. Me sentí aterrada al percibir que la vida de mi madre se desvanecía. En aquel momento fui plenamente consciente por primera vez de la gravedad de su estado.

Al quedarse embarazada, se había visto obligada a regresar a casa de sus padres, y con su ayuda y mucho esfuerzo pudo sacarme adelante a la vez que se especializaba en endocrinología. La verdad es que entre los tres habían conseguido que yo recordara con cariño toda mi infancia.

Le humedecí los labios con un poco de agua. Pasase lo que pasase no quería perder la oportunidad de agradecerse.

—Mamá —le dije—, te quiero muchísimo y quiero que sepas que siempre he sido feliz. Gracias... —Unas lágrimas silenciosas recorrieron mis mejillas.

Cuando recuperó la capacidad de hablar fue cuando me soltó la bomba. Le había preguntado por mi padre en numerosas ocasiones, pero siempre me había dado evasivas. En algún momento desistí de seguir preguntándole y pensé que la razón de no que quisiera hablarme de él era que me estaba protegiendo. Seguro que era un cabrón egoísta... ¿Qué otra clase de persona abandonaría a una mujer embarazada de su hijo?

Pero en esa cama, al borde de la muerte, me hablo de él, me dijo su nombre, me contó que habían estado juntos un par de veces, pero que no habían mantenido una relación. Habían sido compañeros de clase y amigos, y formaban parte del mismo grupo de estudio y una noche, agobiados por el duro trabajo y la falta de sueño, se habían dejado llevar. A la mañana siguiente se habían arrepentido de su error, pues no sentían nada el uno por el otro, solo existía entre ellos una profunda amistad. Meses después, cuando descubrió que estaba embarazada, no quiso que su amigo cargara con esa responsabilidad, y dejó que él siguiera su vida desconociendo mi existencia. Lo había hecho porque creyó que forzar la situación habría supuesto una infancia infeliz para mí. Así que había desaparecido y nunca más se habían vuelto a ver.

El despertador suena de nuevo, arrancándome de mis pensamientos.

«Tengo que levantarme para llegar a tiempo al turno».

Me arrastro por la cama haciendo un terrible esfuerzo para salir de ella. En el baño hace frío, por lo que entro rápidamente en la ducha en busca de refugio y dejo que el agua cálida me

espabile. El olor del gel con aroma de vainilla inunda mis fosas nasales, relajándome. Después de secarme, me visto de forma mecánica con la ropa que he dejado preparada la noche pasada. No me gusta tener que pensar por la mañana qué voy a ponerme, siempre que lo hago acabo llegando tarde a trabajar. Me seco un poco el pelo —que llevo corto— para quitarle la humedad y me aplico algo de cera.

Echo un vistazo a mi imagen en el espejo, pero no me quedo conforme. Tengo que hacer algo con las ojeras, así que me maquillo discretamente, intentado disimularlas. Por lo menos servirá durante las primeras horas de la mañana, ya que conforme avance la jornada volverán a aparecer.

Ya preparada para enfrentarme a un nuevo día salgo de mi habitación.

Me envuelve el olor a café y tostadas recién hechas. Sol ha madrugado más que yo y tiene listo el desayuno. Desde la ruptura con Arturo hemos vuelto a compartir piso como en los viejos tiempos. Bueno, con la diferencia de que esta vez el piso es suyo y yo ocupo su habitación de invitados.

Envidio su capacidad para levantarse con tanta energía y buen humor. Me sonrío y me tiende una taza de café.

—¡Qué mala cara tienes! ¿Qué pasa por tu cabeza? —dice, mientras muerde la tostada, y me analiza con sus grandes ojos verdes.

—Lo de siempre en estas fechas, no te preocupes. No tiene nada que ver con Arturo. —Se lo aclaro porque sé que está preocupada por mí—. He hecho bien en romper con él de una vez. No me arrepiento, si es lo que estás pensando. —Sonrío intentando resultar convincente y parece que lo consigo.

Sol no soportaba a Arturo. Cuando comenzamos me advirtió que había algo en él que no le gustaba y luego, a lo largo de la relación, intentó hacerme ver cuán tóxica era esta. Pero yo no fui capaz de entenderlo y me limité a pensar que ella estaba celosa porque no había tenido suerte con los hombres. Eso hizo que nos distanciáramos mucho en aquella época.

Por suerte, es mi mejor amiga, y ha estado ahí cuando lo he necesitado.

—¿Vas a ver a tu padre el domingo? —me pregunta Sol, ya convencida.

Asiento con la cabeza.

—Bien, no quería dejarte sola, pero me apetece ver a mis hermanos. Entonces iré a casa. ¡Crecen tan rápido...!

Sonrío. La familia de Sol vive en Segovia, su padre se quedó solo muy joven y la crío sin ayuda. Cuanto estábamos en la universidad conoció a una mujer un poco mayor que nosotras, y se enamoraron. El resultado fueron dos traviosos hermanos pequeños, que ahora cuentan tres y cinco años a los que quiere con locura, y a los que va a ver siempre que puede.

Termina de desayunar pronto y, después de despedirse de mí con un abrazo de ánimo, sale del apartamento rumbo al hospital donde trabaja.

Yo salgo de casa un poco más tarde, cuando acabo de recoger los restos del desayuno. Es una mañana fría. Camino rápido acurrucada en mi abrigo hasta entrar en el intercambiador. El metro llega temprano, pero el vagón va prácticamente lleno, el ambiente está cargado y solo el murmullo de unos estudiantes que hablan sobre un examen rompe el silencio. Conecto mi viejo iPod y dejo que la música me lleve de nuevo siete años atrás.

Después de enterrar a mi madre en el cementerio de Nuestra Señora de la Salud junto a mis abuelos, pase unos días en casa en el barrio de El Brillante. Me dediqué a recoger sus cosas y

prepararlo todo para cerrar la vivienda por una larga temporada, ya que mi futuro inmediato se encontraba en Madrid. Tenía que retomar las clases y seguir con mi vida, aunque en ese momento lo veía todo muy complicado. Fueron mis amigas las que me ayudaron —ya una vez en Madrid— a superar la pérdida. Ellas se convirtieron en mi familia, en mis confidentes y fueron poco a poco llenando el vacío que dejó mi madre.

No pude resistirme a buscar en internet el nombre de mi padre, y leer todas las reseñas que salían sobre él. Estábamos a un paso, incluso habíamos coincidido en algún congreso. Sol, Marta y Eva, mis compañeras de piso me animaron a contactar con él.

—Ahora no tienes padre, así que no pierdes nada, pero puedes ganar uno. Inténtalo.

Y era un buen argumento.

Pedro Carrasco era un obstetra de renombre que había ejercido en medio mundo, pero en los últimos años se había establecido en Madrid junto a su esposa, Ana. Ella era cirujana de traumatología. Tenían la misma edad y se habían conocido cuando trabajaban en Los Ángeles.

Pedro era la única familia que me quedaba. Parecía un hombre amable y me transmitía buenas vibraciones, así que cuando finalicé los exámenes ese año, me armé de valor y me presenté en su consulta haciéndome pasar por una nueva paciente.

Rememorar ese día me arranca una sonrisa. Recuerdo que respondí cuándo había sido mi última regla, rellené un cuestionario sobre mis hábitos de vida. Su enfermera me pesó y me tomó la tensión..., y cuando él iba a hacerme la ecografía se lo solté. Le dije quién era mi madre y lo que ella me había contado.

Ahora nos reímos de aquello porque se quedó boquiabierto y con los ojos como platos. Entró en estado de *shock*. Su enfermera tuvo que anular las citas que tenía esa tarde y desviar a otros obstetras a las pacientes que esperaban turno en la sala. La verdad es que se lo dije con muy poco tacto, pero él no dudó de mí ni un momento. Siempre me ha dicho que cuando me vio le resulté familiar y que si su corazón superó aquello lo superará todo. Me parezco mucho a mi madre, de forma que debí de recordarle a ella. No obstante, se llevó una gran sorpresa.

Días después lo confirmamos con una prueba de paternidad. Éramos padre e hija. Desde ese momento ha sido el mejor padre del mundo. Lo adoro, y él a mí. Su esposa Ana, es dulce, inteligente y nos llevamos genial. No tenían hijos, así que me encontré de nuevo con un padre y una madre.

Una vez que mis pensamientos han tomado ese hilo, entro más animada en el hospital, con una sonrisa.

«Después de algo malo, el destino siempre te busca algo bueno para compensar. Acabo de salir de una mala época..., así que, ¿qué me tendrá preparado ahora?».

Capítulo 2

Si el destino me depara algo bueno no va a ser hoy. La mañana es ajetreada y apenas puedo pensar en nada. Ha faltado una compañera y tenemos que repartirnos sus pacientes entre las pocas que quedamos.

Mi móvil vibra varias veces, pero no puedo leer los mensajes hasta bien avanzada la mañana cuando —¡por fin!— puedo hacer un pequeño descanso. Las chicas se han organizado para comer y van al VIPS que hay enfrente del hospital. Confirмо mi asistencia y continúo trabajando más animada porque veré a mis amigas, gracias a ello lo que queda de mañana se me pasa volando.

Marta y Eva ya están sentadas cuando llego. Tenemos poco tiempo para comer, así que ya han pedido algunos platos para compartir.

—Buenas... —saludo, con una gran sonrisa, mientras robo una patata y me la llevo a la boca a la vez que me siento—. ¿Qué tal lleváis vuestro día?

—¡Vaya! Veníamos para hacer refuerzo positivo porque Sol nos había avisado que estabas desanimadilla y vemos que ya no parece necesario —exclama Marta.

—Reconozco que esta mañana me dio un poco de bajón. —Suspiro—. Pero luego estuve pensado que os tengo a vosotras. Tengo a mi padre... y a Ana... y además... una nueva vida que empezar, sin ataduras ni compromisos, para escribir como yo quiera.

—¡Eso es! ¡Así me gusta! —dice Eva, entusiasmada—. Si es que hay que vivir la vida. El presente. Que muchas veces es muy corta. *Carpe diem*. ¡Esta noche nos vamos de fiesta! —grita finalmente.

—¡Oye! No te embales. Aún no estoy preparada para eso. No me veo buscando nada. Lo de Arturo es muy reciente y me apetece estar sola un tiempo.

—¡Mira guapa! —me interrumpe Marta—. Esta noche tengo libre porque Antonio sale con sus amigos. Pienso disfrutarla con vosotras. Vamos a bailar, a beber y a reírnos. No hay que buscar nada. Si aparece y merece la pena, te quitas las ganas. —añade guiñándome un ojo.

Todas reímos. Marta tiene la teoría de que, para tener la mente y el cuerpo sanos, hay que practicar sexo mínimo una vez por semana, aunque desde que está casada, ha subido bastante el número mínimo semanal. Debe de tener a Toni reventado.

—No sé... —vacilo—. Lo pensaré.

—No me vale —dice Eva—. Mira..., si algo he aprendido trabajando en «onco», es que da igual la edad, el sexo, de qué narices sea el cáncer... TODOS, absolutamente TODOS, me dicen lo mismo. «Vive la vida, que es muy corta». Hasta que no te entra el *bicho* no ves que nos comemos el coco por chorradas. —Asiente convencida—. Hay que disfrutar de la vida. Así que esta noche salimos. Además, me han hablado de un sitio nuevo —concluye—. Conozco a uno de los camareros, y tengo pendiente hacerle una visita. —Nos guiña un ojo con sonrisa picarona. Con ese gesto todas sabemos cómo pretende acabar la noche.

No me dan otra opción, sé lo cabezotas que pueden llegar a ser. Si no voy, son capaces de sacarme de casa en pijama y zapatillas.

Terminamos de comer y quedamos en vernos por la noche. Eva confirma con su amigo nuestra visita y le pide que nos envíe las invitaciones al móvil.

La tarde es más tranquila, y pronto estoy de regreso en casa animada y pensando en qué me voy a poner.

No sé si ha sido el refuerzo positivo de la comida o la caja de bombones que nos ha llevado una paciente agradecida, pero estoy decidida a vestirme para matar y disfrutar de la noche al máximo con mis amigas.

Rescato del armario un vestido negro ajustado que no me pongo desde hacía años. Lo conjunto con unos tacones de infarto y una cazadora roja de piel. Tengo que sacar partido al curso de maquillaje al que Sol me obligó a ir el mes pasado, por lo que decido usar los trucos que me enseñaron para resaltar mis ojos color miel, haciendo que parezcan enormes. El resultado no está nada mal.

Llevo el pelo bastante corto. Fue uno de los cambios drásticos que hice para romper con el pasado. A Arturo le gustaba mi pelo negro, largo y liso. Yo estaba cansada de llevarlo así, de forma que, al romper con él, me rebelé haciéndome un corte radical. Unos minutos de secador y algo de cera y luce como si acabara de salir de la «pelu». No creo que me lo vuelva a dejar largo, así es demasiado cómodo. Por el momento me encanta llevarlo de esta manera.

Sol está espectacular. Ha combinado con unos vaqueros ajustados una camisa verde botella de raso y encaje que resalta sus ojos, y se ha dejado el pelo suelto que le cae ondulado sobre sus hombros; el conjunto resulta muy *sexy*.

Nos miramos la una a la otra dándonos nuestra aprobación y coincidimos al decir —En taxi, ¿verdad?—, acto seguido, rompemos a reír.

Así no hay que buscar sitio para aparcar y no hay problema si bebemos alguna copa, pero sobre todo con los altos tacones que llevamos hay que optimizar los pasos que damos, al menos si queremos regresar a casa con ellos puestos.

El sitio está ya lleno cuando llegamos, pero gracias a las invitaciones del amigo de Eva, podemos pasar saltándonos la cola. Es bueno tener contactos.

La primera parada: la barra; hay que calentar motores. Y como siempre hacemos, pedimos varias rondas de chupitos que nos bebemos entre risas. La música es buena y la gente se mueve animada por el Dj. Nos integramos, bailando y cantando las canciones como cuando éramos crías.

Hace calor, tengo mucha sed y voy a la barra en varias ocasiones. Creo que mis amigas se pasan a los refrescos antes que yo, porque empiezo a sentirme demasiado efusiva. La sensación me gusta, hace que parezca que en mi vida no hay ningún problema, y me ayuda a no pensar.

Me fijo en que Eva ya está tonteando con el camarero.

«Esta hoy duerme acompañada», pienso.

Marta se ha encontrado con Antonio y su grupo, y Sol y ella charlan con ellos.

«Menos mal que tenía la noche libre. Está pilladísima».

Sonrío.

Estoy sola, pero no me importa. Disfruto de la sensación y dejo que mi cuerpo se mueva libremente al ritmo de la música, camuflándome en la oscuridad de la pista de baile. He dejado de

pensar, cierro los ojos y me deleito con mi nuevo estado de libertad al ritmo de *Look what you made me do* de Taylor Swift. Sin darme cuenta tropiezo con alguien. Abro los ojos sorprendida con intención de disculparme, y me encuentro con los ojos más azules que he visto en mi vida. No ese azul cielo que parece transparente. Es un azul mar, oscuro y profundo. Me doy cuenta de que me he quedado embobada, así que tartamudeo un «Lo siento» avergonzada e intento seguir mi camino.

El dueño de esos ojos me sujeta el brazo con suavidad y me susurra algo acercándose, quizá demasiado, porque siento que mis piernas flojean al notar su cálido aliento en la oreja.

—Ya que te has tropezado conmigo, lo mínimo que podrías hacer es decirme tu nombre. —Se aleja y sonrío. Es una sonrisa amable que me ofrece confianza. En una situación similar lo normal sería que le soltara alguna mala contestación para después largarme.

—Daniela. Me llamo Daniela —digo en cambio, sorprendiéndome a mí misma.

Me propone tomar algo, y nos acercamos a la barra donde está Eva. Ella nos ve y me guiña un ojo. Pido una Coca-Cola, creo que ya tengo suficientemente aturdidos los sentidos y necesito mayor control sobre ellos. Soy consciente de que este chico es muy guapo y me siento pequeña a su lado. Es alto, con espaldas anchas y fuertes, no es el típico cachas inflado de gimnasio, sino más bien atlético, como si practicara algún deporte o realizara algún trabajo físico. Tiene el pelo oscuro y lo lleva un poco más largo de lo normal por la parte superior. Algunos mechones se le rizan y le dan un aspecto informal muy *sexy*. Me dan ganas de alargar la mano y ver si es tan suave como parece. Su cercanía me desconcentra. Solo puedo pensar en cómo sería tocar esos brazos, rodearle el cuello o acariciarle el pecho por encima de la camiseta. En cómo sería besar esos labios carnosos...

«Buff, ¿qué me está pasando? ¿Tanto me he pasado con las copas?».

Ajeno a mis pensamientos, me cuenta que vive en Murcia, que está en Madrid por trabajo, porque su empresa ha terminado de construir la casa de un famoso abogado, lo que ha sido una oportunidad muy importante, porque puede suponer la expansión del negocio en la capital. Habla emocionado, se nota que está orgulloso de su trabajo. Me dice que ha salido a celebrarlo con sus hermanos y que por eso están allí. Me pregunta a qué me dedico.

Mi mente trabaja a mil. Respondo a sus preguntas de forma automática. Puedo oír lo que me dice, pero mis pensamientos vuelven a lo mismo.

«¡Joder! ¿Es que solo puedo pensar en lo bien que le sienta la ropa? ¿Cómo estará sin ella? Tiene pinta de estar fuerte. —Fijo la mirada en su boca—. ¡Dios!, menuda boca ¿Cómo será besarle?».

Cuando se ríe sus ojos brillan y se forman unos hoyuelos en sus mejillas. Me gusta.

Me siento a gusto hablando con él. Su conversación es amena y aunque no estoy muy concentrada, estoy disfrutando cómo no hacía desde hace mucho tiempo.

Me roza el brazo y mi cuerpo responde de inmediato. Estoy excitada.

«¡No! ¡No puedo! ¿En qué estás pensando? No buscas nada. Estas mejor sola, ¿Recuerdas?».

Nerviosa, me disculpo diciéndole que tengo que ir un momento al cuarto de baño.

—Vuelve —me susurra al oído al tiempo que me acaricia suavemente la mano. En sus ojos veo una súplica. Creo que sabe que me he asustado de mis sensaciones y que estoy huyendo.

Le digo que sí. Lo hago muy segura. Sus ojos me han atrapado. Estoy convencida de volver.

«Claro que sí. Solo refrescarme y volver. ¿Qué tiene de malo seguir hablando?».

Pero no lo hago. No regreso. Al salir del baño, el efecto del alcohol se ha disipado. Mi mente está más fría. Encontrarme con Marta y Sol, que van a otro lugar con Antonio y sus amigos, es la

excusa perfecta para no enfrentarme a mi deseo. Decido irme sin mirar atrás. No puedo. Si lo hiciera, volvería, y tengo que protegerme. Ese hombre supone una tentación muy grande. No solo su aspecto, si no su forma de ser. Me he sentido como si nos conociéramos de siempre, como si estuviéramos hechos el uno para el otro, como si fuera mi media naranja, pero también pensé eso de Arturo y con él me equivoqué...

Mientras vamos paseando hasta un pub cercano, el aire frío me aclara la mente. Sol me pregunta por el hombre con el que he estado hablando tan ensimismada. No puedo decirle su nombre. Si ha llegado a nombrarlo no me he dado cuenta.

—Era un bombón. Y parecía buena gente. Le he observado mientras hablaba contigo y le tenías embobado... —comenta Sol—. Bueno, la verdad es que tú también lo parecías. Había *feeling* entre vosotros. ¿Quieres que volvamos?

Niego, no muy convencida, pero ella se da cuenta e insiste.

—Tenías que haberte quitado las ganas —me susurra—, se ha notado mucho que el tío te pone. Y ahora vas a estar pensando en él y en qué habría pasado. Seguro que no os volvéis a ver. De verdad ¿no quieres regresar? —Vuelve a preguntarme.

Lo pienso un momento antes de responder.

—Tienes razón, pero ya ha pasado un buen rato. Seguro que ha ido a la caza de otra. Por tonta, he dejado pasar una oportunidad de disfrutar con un buen ejemplar. Seguro que era eyaculador precoz —añado para darme ánimos—. Algún fallo tiene que tener, no puede ser tan perfecto.

Ambas reímos y nos juntamos de nuevo con el grupo, dispuestas a continuar la noche.

Entramos en otro pub y buscamos un rincón donde podamos sentarnos todos. Encontramos libres unos cómodos sofás al fondo. Entre risas caen unas cuantas copas más. Esta noche me estoy pasando, pero es la única forma que conozco para poder desinhibirme un poco. Mañana, cuando me estalle la cabeza y tenga la boca reseca, me arrepentiré. Pero eso será mañana...

—Dani, ese tío de la barra..., ¿no es tu eyaculador precoz? —pregunta Sol—. ¡Qué bueno está el *jodio*! Yo creo que tu teoría del defecto no tiene ni pies ni cabeza, a mí me parece perfecto. Y los tíos con los que está tampoco están nada mal.

¡Dios mío! ¡Sí! Es él. Ahí se encuentra, apoyado en la barra llevándose una cerveza helada a los labios mientras habla con otros dos chicos. Esos labios que me muero por besar.

—¡Dani...! ¡Daniela! —grita Sol—. Sol llamando a Daniela... Sol llamando a Daniela. Regresa a la Tierra, maja.

Todos ríen. Marta y Sol me acorralan y me animan a acercarme a él.

No sé si es por el calentón que llevo, por todo el refuerzo positivo que he tenido hoy, por los pacientes de la planta de oncología o por el alcohol que corre por mis venas... pero, contra todo pronóstico, me atrevo. Me levanto y me acerco con paso decidido hasta él. Cuando estoy cerca, me mira. Sus ojos me parecen distintos, más fríos. Pienso en darle la vuelta, puede que esté enfadado porque le he dejado plantado antes, pero no llego a hacerlo, él me sonrío de forma arrogante lo que hace que me derrita. Siento una descarga entre los muslos. Y no sé de dónde saco fuerza para decirle de forma insinuante.

—No te iba a dar una oportunidad hoy, pero es la segunda vez que coincidimos y voy a tener que hacerlo...

Sin dudarle, me agarra la mano y me lleva hacia él. Me aprieta contra su cuerpo y me besa con dureza. No es un beso tierno, como me he imaginado que sería al hablar con él. Es posesivo,

devora mi boca, su mano me recorre la espalda y noto que no solo yo estoy excitada. La dureza que se clava en mi vientre es la promesa de una gran noche.

¡Dios, qué bien besa! Es dominante. No me deja pensar. No me deja vacilar. Es lo que necesito en este momento.

Imagino que son sus hermanos los que nos miran con la boca abierta. Se vuelve a ellos y sonriendo les guiña un ojo. Creo que les da a entender que desaparezcan porque ya no les vuelvo a ver.

Olvidamos que estamos rodeados de gente. Nos besamos, nos tocamos hasta que nuestros cuerpos ansían más. Me propone salir de local. Busco a mis amigas y veo que están observándonos divertidas. Nos entendemos con la mirada. Se acercan a nosotros y sin decir nada Sol toma una fotografía con su móvil. Él la mira confundido.

—Ya está. Podéis iros. Pero ten en cuenta que tenemos tu foto y si le pasa algo te buscaremos — advierte Sol—. Llévale a casa, yo no iré hasta por la mañana —susurra acercándose a mí.

—Algo le va a pasar —replica él—, pero te aseguré que lo vamos a disfrutar los dos.

Lo que provoca una ovación entre las chicas y que a mí me tiemblen las piernas. Antes no me había parecido tan lanzado.

Cuando salimos juntos del local, vuelvo de nuevo a mirar a mis amigas. Ambas tienen los pulgares en alto, dándome su aprobación y su ánimo. Salgo de allí dispuesta a vivir la vida. A disfrutar del momento.

Carpe diem...

Cogemos un taxi en dirección a casa de Sol. Pocas veces hacemos esto, pero ya que estoy comiéndome la locura de marcharme con un completo extraño, por lo menos debo tomar la precaución de ir a un sitio conocido y que controle.

En el interior del vehículo estamos muy juntos. No podemos dejar de besarnos y nuestras manos buscan el calor de nuestros cuerpos, colándose por debajo de la ropa. El conductor carraspea llamándonos la atención.

Sin apenas separarnos, entramos en el portal. En el ascensor, pese a que es de madrugada, nos encontramos con una vecina que también regresa —pero ella lo hace sola—, y tenemos que mantenernos alejados durante el trayecto. Se me hace eterno. Me mira, sus ojos recorren mi cuerpo acariciándome donde sus manos no pueden estar. Los segundos pasan muy lentos, parece el viaje en ascensor más largo del mundo. En cuanto la chica se baja, nos buscamos. Hemos reaccionado con la misma desesperación. Reímos. Estoy muy excitada llevo demasiado tiempo sin disfrutar de buen sexo y la noche promete. Creo que nunca he perdido la cabeza de esa manera. Toda la lujuria que he acumulado mientras hablábamos esa noche, antes de asustarme, ha estallado a la vez. Estoy desbocada, no pienso. Solo quiero sentir y estoy decidida a dejarme llevar.

Nada más cerrar la puerta de casa, la ropa vuela. No hay tiempo para la vergüenza. No le pregunto si quiere tomar algo, ni le enseño la casa. Nos tocamos. Nos desnudamos. Su piel es caliente, sus manos suaves. Acaricia mi cuerpo como si no tuviera suficiente. Me levanta entre sus brazos haciéndome sentir ligera como una pluma, y yo le rodeo la cintura con mis piernas. Me empotra contra la puerta de la entrada. Me besa frenético. Me muerde el labio de forma salvaje y noto el sabor de mi propia sangre. Aún aferrada a él, me traslada al sofá y me sienta sobre el respaldo. Saca un preservativo del bolsillo del pantalón, se lo pone con destreza y me embiste sin

prepararme, metiéndomela de una sola estocada. Tiene un miembro grande, noto como me abre según entra, pero no me hace daño porque llevo horas preparada para él.

—Dios... Oh, sí... ¡Qué bueno, nena! —farfulla en mi oído, mientras se mueve—. Esto es... es... la hostia

No soy capaz de hablar. Creo que solo emito sonidos sin sentido provocados por mis jadeos.

Me agarra del culo con las dos manos, atrayéndome más a él, buscando entrar más profundo y ambos nos dejamos ir, disfrutando del clímax.

Pasa un rato hasta que nuestras respiraciones se regulan. Me deslizó para apoyar los pies de nuevo en el suelo. Cojo su mano y le guio hasta mi cama. Allí, volvemos a hacerlo más calmados. Disfrutando de nuestras caricias y de cómo responden nuestros cuerpos a ellas.

La luz de la calle se cuele por la ventana y observo que tiene un tatuaje en el omoplato. Parece una especie de tiburón tribal. No puedo resistir la tentación de acariciarlo con la lengua siguiendo su contorno.

Nos quedamos dormidos en un amasijo de piernas y brazos entrelazados bajo las sábanas.

No sé cuánto tiempo ha podido pasar cuando me despiertan suaves caricias y pequeños mordisquitos en el centro de mi placer. Siento, aún somnolienta, su cabeza entre mis piernas. Comienza a acariciarme con su húmeda lengua.

«¡Oh! Dios... ».

Mi cuerpo reacciona de inmediato. Le agarro la cabeza y enredo las manos en su pelo moreno, que ayer me pareció más largo, le atraigo hacia mí, deseando más profundidad, más fuerza. Lo necesito dentro, no me conformo ya con su lengua, quiero su lengua en mi boca y su miembro en mi interior. Estoy ardiendo.

Asciende por mi pubis, dejando un rastro húmedo de besos hasta llegar a mi pecho. Allí, se entretiene con mis pezones, que enhiestos reclaman su atención. Mete la cabeza en el hueco de mi cuello, mientras me susurra cuánto me desea.

Anhelo con desesperación que deje de jugar conmigo. Lo necesito dentro, y él penetrarme. Me muerde reprimiendo las ganas. Su glande acaricia la entrada a mi cuerpo, juega con la humedad que mana de su interior porque estoy empapada. Solo tiene que empujar un poco para entrar. Lo hace y se desliza lentamente, piel con piel. La sensación es tremenda. Nunca había dejado que nadie me lo hiciera sin condón. Creo que dice «Estoy limpio» y comienza un vaivén mortal, que nos conduce al borde del abismo. Disfrutamos de lo prohibido, de lo que no se debe hacer. El morbo es terrible. Si quisiera correrse ahora, le dejaría. «¡Joder hasta lo deseo!», pero sale antes de estallar y se derrama sobre mi cuerpo. Me pellizca el clítoris que espera impaciente e hinchado y me dejo ir perdiendo el sentido. Extiende el semen con su mano sobre mí, posesivo, mientras me besa y murmura lo bueno que ha sido. Lo bien que se siente. Lo maravillosa que soy.

La intensidad de lo que he experimentado me deja aturdida. Me envuelve un sopor que me hace perder la noción del tiempo.

Es de día cuando me despierta de nuevo. Me besa la sien y me dice algo sobre comida. No sé cuánto tiempo ha pasado cuando noto que la cama se mueve y se oye un tintineo. Son dos tazas en una bandeja. Me ha preparado el desayuno.

«Es perfecto. ¿Por qué tiene que ser así? No voy a poder olvidarlo nunca», pienso.

—Tengo que irme, pero no quería hacerlo sin despedirme. No sabía qué sueles tomar así que he rebuscado en tu cocina. Espero que el café con leche y las tostadas con mantequilla te gusten —me dice dulcemente.

Hace muchísimo tiempo que nadie me trata tan bien.

Me muevo desperezándome, y la sábana se desliza descubriendo mi desnudez. Sus ojos se clavan en mi pecho llenos de deseo.

Alarga su mano, agarrando uno. Se acerca para llevárselo a la boca. Mientras juega con mi pezón haciendo que se endurezca de nuevo, su otra mano desciende hacia mi sexo. Con sus dedos separa mis pliegues, acariciándome con ternura. Introduce un dedo en mi interior, empujándose de mí, y lo utiliza para lubricarme haciendo sus caricias más placenteras.

Yo alargo la mano, para agarrar su pene erecto. Ya está duro y chorreando, completamente preparado para otro asalto. Jadea y, cuando le masturbo, reacciona de forma salvaje, me da la vuelta agarrándose el miembro con la mano, para guiarlo hasta mi sexo embistiéndome por detrás.

—¡Qué sensación! ¡Qué caliente estas! Quiero correrme en tu interior, pero no voy a aguantar más si no me pongo un condón —confiesa con la voz ronca a la vez que se mueve, disfrutando de la sensación y volviéndome loca.

Se lo pone, cuando vuelve a entrar aumenta la intensidad y fuerza de sus embestidas, hasta que se deja ir emitiendo un rugido en mi nuca.

Me duermo de nuevo. Ha sido una semana muy dura y esta noche apenas hemos descansado. Sigo aturdida por las sensaciones y mi cuerpo, que no se relaja desde hace mucho tiempo, por fin lo hace. La intensidad de lo vivido me ha dejado exhausta.

Casi al mediodía, me despierto con la boca seca, su olor impregnado en mi cuerpo y mis sábanas. Estoy sola y en la bandeja del desayuno, ya frío, hay una nota que simplemente dice: «Gracias :-))».

Normalmente los sábados de resaca nos juntamos a ver una peli y comer pizza por la noche. Sol y yo, hoy hemos decidido vagar todo el día, pero antes tengo que hacer desaparecer los restos de la noche loca que he vivido, primero con una larga ducha y luego cambiando las sábanas.

A Sol no le doy muchos detalles, pero cuando me pregunta, sonrío.

—¡La leche! —digo con cara de tonta. No me arrepiento de nada. He disfrutado sin ataduras, y aunque en el fondo me habría gustado poder volver a localizarle, creo que saber su nombre habría complicado las cosas. Así puedo mantener mi filosofía de «mejor sola» sin vacilar. Ya que ese hombre ha sido la tentación en persona.

A la noche de resaca solo puede venir Eva, que llega muy animada porque ha tenido una noche muy parecida a la mía con el *barman*, que según nos cuenta es un semental. Estos encuentros locos para ella son muy habituales, ya que desde hace años intenta disfrutar del sexo sin compromiso, como ella lo llama.

Nos narra las hazañas de su camarero, y nosotras escuchamos con atención. Esta vez no me da envidia ya que tengo muy reciente mi experiencia.

—Por cierto, guapa —me dice muy seria cuando termina su monólogo—, el pedazo de hombre que dejaste tirado en la barra, estuvo esperándote un buen rato, incluso después de que fuera obvio que le habías plantado. Me dio pena. Y te advierto que si no hubiera tenido a mi semental a tiro le habría lanzado el anzuelo, porque era un espécimen de lo más interesante. —Sol y yo nos miramos cómplices, pero ella continúa—. Vi cómo le entraban varias mujeres, pero no se interesó por ninguna. Te lo perdiste y te aseguro que tenía pinta de haber sido una experiencia para contar a tus nietos.

No la culpo. Mi forma de actuar la pasada noche ha sido completamente anómala. Lo normal es que ella pensara que me había asustado e ido a mi camita.

—Puedo ratificar tu teoría. Menudo pedazo de hombre. Tamaño grande, atento y con gran capacidad de recuperación —suelto.

Eva no se lo cree, pero Sol confirma mi historia contando lo que había pasado en el pub, incluso le enseña la foto que le hizo. Ambas me dicen entre risas que están muy orgullosas de mí y que el próximo fin de semana salimos de nuevo.

Sé que ha sido un caso aislado, que no va con mi forma de ser, y es raro que me lance a vivir una experiencia similar. Si lo he hecho, es porque mientras hablamos sentí algo. Pero para mí una vez es suficiente. Me he demostrado que puedo, pero no creo necesario repetir, aunque no se lo digo a ellas. Están demasiado emocionadas.

Capítulo 3

Los días siguientes transcurren con normalidad. La rutina me envuelve y no pienso mucho en lo ocurrido. Aunque tengo que reconocer que, en algún momento, mi subconsciente me engaña dándome un vuelco el corazón porque creo verlo en el metro o en alguna tienda, pero me obligo a mí misma a no pensar más en ello.

El mes de febrero acaba, dando paso a marzo. Sigue haciendo frío pero algunos días ya huele a primavera. Tras un invierno gélido y lluvioso, agradezco enormemente la semana soleada que se presenta. Los pacientes y sus familiares parecen más animados y nos lo transmiten al resto.

Entro como cada mañana a revisar la medicación del señor Martínez. Es un paciente que lleva ya muchos meses en el hospital, está en coma debido a una caída que sufrió. Cada tarde recibe la visita de su hija que pasa el rato con él leyéndole y hablándole pacientemente como si estuviera consciente. Decido subir la persiana y dejar que el sol caliente su cuerpo.

Eso me hace acordarme de que hace varias semanas que no veo a mi padre, aunque hablamos casi a diario. El frío y la lluvia hacen que me vuelva una ermitaña y prefiera pasar mi tiempo libre en casa, con ropa cómoda y calentita. Decido que el domingo les haré una visita.

«¡Ojalá siga haciendo buen tiempo!».

Por desgracia, el fin de semana el tiempo cambia y el domingo no para de llover. Es lo que tiene marzo en Madrid. No obstante, los días de sol de esta semana nos recuerdan lo cerca que está el verano, de forma que en la sobremesa hablamos de las próximas vacaciones.

Prácticamente todos los veranos Ana y mi padre pasan el mes de agosto en su casa de La Azohía, un tranquilo pueblo de Murcia, situado entre Cartagena y Mazarrón. Mi padre siempre anda insistiendo para que me vaya con ellos un par de semanas a descansar y disfrutar del sol, el mar y la piscina, aunque suele ser complicado coincidir.

Me encanta ir, pero en los últimos años Arturo era el que decidía cuándo y dónde pasábamos las vacaciones, que, por supuesto, yo costeaba. Nunca quiso ir con mis padres, así que este año tengo ganas de hacerlo y les aseguro que lo intentaré. Tengo que ver cómo ha quedado la casa después de la reforma que han hecho.

Arturo era enfermero como yo. Coincidimos haciendo estancias en Londres, donde comenzamos nuestra relación. Su familia era de León, pero no volvió a casa al acabar la residencia. Nos mudamos juntos a un piso en Madrid, que pagaba yo. Mi madre me dejó en una buena posición económica. El seguro de vida, la venta de la consulta que estaba muy bien ubicada y sus ahorros me permitieron terminar los estudios sin necesidad de trabajar. Y los contactos de mi padre para encontrar un trabajo decente bastante rápido.

Además, era propietaria del chalet de Córdoba y de la casa de mis abuelos. Esta última estaba en alquiler, por lo que mensualmente recibía un dinero que me permitía pagar nuestro piso sin apenas esfuerzo.

Para Arturo todos los trabajos que encontraba, o tenían un mal horario o estaban mal pagados o muy lejos. Ahora me doy cuenta de que se aprovechaba de mí para no dar un palo al agua.

Después de un tiempo viviendo juntos, y algún trabajo esporádico por su parte, decidió que la enfermería era poco para él y que quería estudiar medicina, y se puso a ello. Yo pagaba su carrera, el piso y las facturas. Me mataba a trabajar y él a estudiar, pero me parecía bien, porque estaba tontamente enamorada.

No le gustaban mis amigos, no le gustaba mi padre, se quejaba de que le trataban mal y que hacían comentarios molestos. Es cierto que el sentimiento era recíproco, ellos veían lo que yo no podía. ¡Cómo se estaba aprovechando de mí!

Empezó a salir con sus nuevos compañeros de carrera y a quedar para estudiar. No contaba conmigo excepto para pedirme dinero, como si yo fuera su madre. Incluso me decía que estaba mayor y amargada, porque después de doblar turnos llegaba a casa cansada y no quería acostarme con él.

Creo que me fue infiel, pero no quise verlo. Un día, después de 4 años abrí los ojos, me di cuenta de que no solo me explotaba económicamente, sino que también estaba minando mi autoestima. Así que me largué de nuestro piso. Anulé las domiciliaciones que tenía a mi cuenta. Le dejé.

Él intentó arreglar las cosas, pero yo estaba decidida y no iba a ceder. No había palabras cariñosas ni detalles que me hicieran cambiar de idea. La gallina de los huevos de oro había dejado de ponerlos.

Capítulo 4

Las chicas están muy activas, pronto será el cumpleaños de Marta y estamos ayudando a Toni a prepararle una fiesta sorpresa. Ha alquilado un local para el viernes donde nos juntaremos todos. Los chicos se van a hacer cargo de las bebidas y a nosotras nos ha tocado la comida. Como el viernes tengo la tarde libre, me he comprometido a encargarme de la tarta, y quiero hacerle algo especial, con mucho chocolate y de varios pisos. Por eso estoy buscando ideas en internet. Veo cosas muy chulas, pero no sé si yo seré capaz.

Oigo el pitido del ascensor llegando a nuestra planta, Sol no tiene que venir hasta dentro de un par de horas, por lo que imagino que será nuestra vecina. Hace unos días que no la veo, así que me asomo al descansillo para saludarla y mirar si necesita ayuda con las bolsas, ya que seguro que regresa de hacer la compra. En efecto, es ella.

—Buenas tardes, Juana —saludo mientras la ayudo quitándole peso.

—Hola, guapa. ¿Hoy no trabajas?

—Esta semana estoy de mañana.

—Menudo lio os traéis Sol y tú con tanto cambio de turno. No sé cómo os aclaráis.

—No es para tanto. Es lo normal en nuestro trabajo y al final te acabas acostumbrando.

Paso a su casa con su compra y le ayudo a colocarlo todo mientras charlamos animadamente.

Doña Juana es vecina de Sol desde siempre. Es una señora mayor, ya viuda, que nos cae muy bien. Cocina fenomenal y siempre suele traernos algún *tupper* de esa comida riquísima que hace. Eso me da una idea.

—Juana, el viernes es el cumpleaños de Marta, y queríamos hacerle una tarta especial con mucho chocolate, como le gusta. Voy a encargarme yo, pero no estoy muy convencida de que pueda quedarme algo presentable. ¿Podría ayudarme a que sea comestible y bonita?

—Por supuesto, hija, ¿qué idea tenías?

Le enseño las imágenes que he estado recopilando por internet y ella saca su libro de recetas. Mientras tomamos una infusión y un trozo de bizcocho, hacemos la lista de los ingredientes que vamos a necesitar.

—Me encargaré de comprarlo todo mañana —le digo mientras me despido de ella—. Muchas gracias.

Va a quedar una tarta perfecta, con ayuda de Juana sí seré capaz.

No me gusta mucho ir de compras, pero tenemos que ocuparnos del regalo de Marta y de los ingredientes de la tarta. Soy la que está más libre esta semana, así que me toca encargarme de todo, por eso decido llevarme el coche esta mañana. Cuando salga del trabajo, me iré directa la zona comercial de las afueras. Allí puedo encontrar todos los ingredientes y comprarle algo bonito, así el jueves y viernes podré dedicarme a hacer la tarta con Juana.

En el centro comercial no hay mucha gente, me gusta así, no me apasionan las aglomeraciones y lo bueno que tiene mi horario es que puedo ir de tiendas entre semana cuando no están abarrotadas.

Antes de nada, me tomo un sándwich rápido, porque quiero tenerlo todo hecho antes de que empiece a llegar la gente. Luego entro en el supermercado y como llevo la lista no me entretengo demasiado. Meto en el carro metódicamente todo lo que me hace falta para la tarta y alguna cosa más que necesitamos en casa. Después de pagar en caja me dirijo al coche a dejar la compra.

Luego volveré a por el regalo, con más tranquilidad.

Mientras bajo al *parking* en la rampa mecánica, observo despreocupada lo que ocurre a mi alrededor. Mi corazón da un vuelco cuando me parece ver al chico de aquella noche. Creo que es él. ¿Puede ser? Se aleja en la planta de abajo junto a una señora y se pierde por la puerta del aparcamiento. Solo lo he visto de espaldas, pero estoy casi segura de que sí era él. Empujo el carrito, sin pensar, intentando seguirles.

Pero cuando llego al *parking* no hay nadie. Se han esfumado.

«¿Estás tonta? —me reprendo—. ¿En qué estoy pensando? Si hubiera sido él ¿Qué hubiera hecho? Decirle “Hola, ¿te acuerdas de mí? Nos acostamos el mes pasado” Y delante de una señora que podría ser ¿su madre? ¿Su suegra? ¡Ay, madre! Ni siquiera me fijé en si llevaba anillo».

Un poco decepcionada, descargo la compra y regreso al interior en busca de un bonito regalo.

Después de entrar en varias tiendas sin encontrar nada que me convenza decido ir sobre seguro y comprarle un par de *charms* para la pulsera de Pandora. Se la regaló Toni, y le encanta decorarla a su gusto según su estado de ánimo. Uno de ellos es un conjunto de un zapato de tacón y un pintalabios en plata esmaltados que seguro que le va a recordar a las locas de sus amigas. El otro es un pequeño árbol de la vida en oro y plata que me ha encantado nada más verlo.

Cansada de andar todo el día fuera, regreso a casa conduciendo mi viejo coche con la música a tope, lo que me relaja. Mi padre opina que debo deshacerme de él. Lo compré de segunda mano hace varios años, pero para lo que yo lo uso me hace el servicio y no me ha dado muchos problemas. Por el momento para cogerlo de forma ocasional por Madrid e ir a Torrelodones esporádicamente, me sirve.

Siguiendo el plan, las tardes siguientes, Juana y yo hacemos una tarta preciosa y con una pinta estupenda.

Por fin el viernes, dispuestas a pasarlo bien y disfrutar de la fiesta, Sol y yo nos dirigimos con la tarta y el regalo al local que Eva, junto a los amigos de Toni, han estado decorando.

Una vez está todo listo, esperamos a que llegue la pareja escondidos en silencio. Cuando se abre la puerta y encienden la luz todos gritamos «Sorpresa» y comienza la fiesta.

La música que han escogido es agradable, la comida está muy buena y la tarta ha resultado ser un éxito. Pronto empieza a correr la bebida y tras brindar un par de veces por la homenajead, decido sentarme en una silla libre. La semana ha sido muy intensa, y estoy cansada.

Sonríó mientras observo hablar a unos con otros, bailar y reír; son mi gente, mis amigos. Durante el tiempo que estuve con Arturo me alejé de ellos, pero ahora me han abierto los brazos de nuevo sin rencores. Noto la presencia de alguien a mi lado, es un chico, un invitado al que no conozco, creo que es primo de Toni o de algún amigo suyo. Es simpático, charlamos un rato, y aunque es agradable no siento ninguna conexión, así que me limito a ser educada sin darle

esperanzas. Imagino que se da cuenta porque al cabo de un rato se despide y se aleja buscando otro plan.

Recuerdo al hombre de aquella noche, con él sí conecté. Uno no es consciente de lo difícil que es conocer a alguien que te impresione de ese modo, no solo por su aspecto, si no por su forma de ser.

No ha pasado demasiado rato cuando Eva se sienta en la silla que el chico ha dejado libre a mi lado.

—¿Cansada? —me pregunta cuando me ve bostezar.

—No sabes cuánto. Ha sido una semana dura.

—¿Qué vas a hacer en Semana Santa? Está a la vuelta de la esquina

Es cierto que se acerca la Pascua y mi plan es trabajar, le cuento que voy a doblar turno para que mi compañera pueda ocuparse de sus niños, que van a tener vacaciones. Yo no tengo responsabilidades, de forma que suelo hacerle el favor a veces.

—Me da mucha pereza porque me encuentro excesivamente cansada, pero a cambio tendré una semana en agosto, así que podré ir de vacaciones con mis padres. La recompensa gana a la pereza.

—Es genial —dice Eva—. Toma vitaminas, un poquito de café y piensa en el solecito murciano. Ya verás cómo se te pasa la semana volando.

Capítulo 5

Los días siguientes mis amigas siguen muy activas y soy incapaz de seguirles el ritmo, me salto conciertos, cursos de gastronomía, degustaciones de café en Starbucks... Lo único para lo que siempre estoy disponible es para el plan peli y palomitas en casa. Aunque ninguna peli es lo suficientemente interesante como para mantenerme despierta. Sol bromea diciéndome que me ha picado la mosca Tse-Tsé. La verdad es que me encuentro desganada, sin energía y muy perezosa. Parece como si tuviera astenia primaveral antes de tiempo. Pero si hasta esta tarde me he pasado la parada de metro al quedarme dormida al volver... ¡A las tres de la tarde!

Tendría que hacerme unos análisis de sangre, pero llega Semana Santa, y con el doble turno no voy a tener tiempo para nada.

Como esperaba en mi situación la semana resulta ser un suplicio, no hay café que me mantenga despierta, y me dedico a ir del trabajo a la cama y viceversa. Además, para colmo, un virus estomacal me ataca a final de la semana haciéndome vomitar todo lo que como.

«¡Joder!, pero que he hecho yo para merecer esto», pienso mientras vació el contenido de mi estómago en el aseo de enfermeras.

Desesperada decido pasarme por urgencias en mi rato de descanso.

—Todo el mundo está llegando con lo mismo —me comenta Juanjo, uno de los médicos que está de guardia—. Parece que lo has cogido tú también. A veces se desarrolla con un poco de fiebre. Si es así, ven y te damos algo. Si no, ya sabes, dieta blanda y mucha hidratación.

—Nada, intentaré aguantar que solo me quedan dos días. Y luego, pienso dormir desde el lunes hasta miércoles sin descanso. Imagino que cuando despierte estaré como nueva. Me abstraigo durante unos minutos soñando despierta con mi cama calentita y blanda. ¡Ainss! ¡Qué ganas de pillarla! Cuando vuelvo a la Tierra, Juanjo ha desaparecido a atender a otro paciente, me tomo unos segundos para coger fuerzas y continúo con mi horrible semana.

Por fin llega el domingo por la noche, casi sin creérmelo, doy el relevo a Sara y me voy a casa. Estoy tan cansada que dejo que Juanjo me acerque. Normalmente, suelo mantener un poco las distancias con él, porque me ha invitado varias veces a salir, pero siempre le he dado alguna excusa y no quiero que se haga ilusiones. Si estuviera en otro momento de mi vida, quizá si Arturo no hubiera existido, le daría una oportunidad. Me parece egoísta ofrecerle falsas esperanzas y hacerle aguardar a que yo salga de esta fase de Kit-kat sentimental en la que me encuentro. Es un chico de mi edad, muy atractivo, rubio con los ojos claros pero moreno de piel, una mezcla entre un niño bueno y un surfero vividor. La verdad es que si llevara el pelo largo parecería más lo segundo, tiene locas a todas las enfermeras de mi planta y me consta que a alguna que otra doctora. Físicamente está muy bien y es muy simpático, me gusta, pero no estoy segura de lanzarme. Creo que él lo tiene más claro que yo y eso, me asusta.

En el coche hablamos de cómo nos ha ido la semana, principalmente sobre temas profesionales ya que no quiero intimar demasiado. Una vez llegamos a mi calle, detiene el coche y me despido de él agradeciéndole mil veces que me haya traído.

—Descansa, Dani —me dice y después de dudar un poco se lanza a preguntar lo que creo ha querido decirme desde el principio—. El miércoles por la tarde yo también libro. ¿Te apetece que vayamos al cine?

Me tomo un minuto para observarle, sé que debería dejarme llevar un poco, sé que Juanjo es un buen chico, que con su aspecto podría tener a cualquier mujer a su lado, pero no lo hace. Más bien se comporta como un *friki* tímido, pero yo no consigo verle como algo más que un amigo. Me sabe mal declinar su invitación, ha sido muy amable al acercarme a casa, así que le digo que me lo pensaré y quedamos en hablar a lo largo de la semana, seguramente llegado el momento habré descansado y me apetecerá algo más el plan.

Entro en el portal con la mochila al hombro y me encuentro con Juana en el ascensor que regresa de su paseo diario.

—¡Hija mía! ¡Qué mala cara tienes! Estas pálida y ojerosa. ¿Te encuentras bien?

—Solo muy cansada, Juana. He trabajado mucho esta semana, pero ahora podré descansar —le digo sonriendo al pensar en mi cama que cada vez está más cerca.

—He hecho unas torrijas, pasa y te llevas unas pocas. Ya verás cómo te recuperas en cuanto te alimentes un poco como Dios manda. No podéis trabajar tanto. Tenéis que comer y dormir.

La idea de las torrijas me revuelve el estómago, pero decido hacerle caso, a Sol le encantan y no quiero hacerle el feo a la mujer, que siempre se preocupa por nosotras.

Unos minutos después, con la promesa de cuidarme y un plato de torrijas en la mano, al fin entro en casa. Dejo las cosas en la cocina y me dirijo a mi dormitorio.

¡Sííí! ¡Mi cama! Me tiendo sobre ella, aún vestida y agotada e inmediatamente me quedo dormida. Tengo tres días por delante para descansar.

Duermo mil horas, o es lo que me parece, cuando empiezo a notar que el estómago se me revuelve. Tengo náuseas y he de levantarme corriendo al baño. Casi no llegó.

—Pero, ¿cómo puedo seguir así? No me queda ya nada que vomitar —maldigo en alto mientras abrazo el inodoro.

Levanto la cabeza y veo a Sol apoyada en el marco de la puerta mirándome con cara de pena.

—Dani... —Me da la sensación de que quiere decirme algo, pero no lo hace. Como si no supiera cómo continuar. Sol nunca se queda sin palabras—. Dani, ¿Cuándo...?

No escucho el final de su pregunta, me fijo en que sostiene en su mano una bolsa pequeña, de esas que te dan en la farmacia y mi mente ata todos los cabos, todas las pruebas que Sol ha visto antes que yo.

«Por favor, ¡no! ¿Cómo no me he dado cuenta? ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Un mes y medio? ¿Dos meses? No recuerdo la fecha de mi última regla, ¿es posible que...?».

Lentamente me levanto y cojo el test de embarazo que Sol me tiende. Sigo las instrucciones y esperamos. Por fin se decide a hablarme.

—Llevo varios días pensándolo. El cansancio que tienes. Nunca te había visto así, ni cuando compaginábamos las clases con las prácticas en urgencias. —Sol, me mira—, pero cuando empezaste con los vómitos... ¿Qué vas a hacer si sale positivo?

Me quedo en silencio

—No quiero pensarlo, Sol. Si sale positivo..., ¿cómo me ha podido pasar?

—Suele ser porque el chico... —La miro con el ceño fruncido. Sol bromea. Sé que lo hace para que me relaje, pero no es lo que necesito en este momento.

—Lo sé, Sol. Me refiero a que nunca, jamás, en mi vida, me he dejado llevar cómo lo hice esa noche. La gente lo hace continuamente y no acaban con un bebé. — Ella me mira comprensiva.

Suena la alarma que hemos programado indicando que el tiempo de espera para ver el resultado de la prueba ya ha concluido.

—No puedo verlo. Míralo tú, Sol, por favor.

—Vale, pero antes... Dime, ¿qué vas a hacer?

—Si sale negativo. Prometo que jamás voy a hacerlo sin protección, por muy bueno que sea o por muy cachonda que esté, no pienso dejar mi sentido común fuera de la habitación como hice esa noche —afirmo decidida—. Si sale positivo... Me cago en... Voy a querer a este bebé como a nadie en el mundo. Saldremos adelante. Sé que puedo contar con vosotras y espero que mi padre lo sepa entender.

Tras escucharme, Sol mira el resultado. Lo veo en sus ojos, no hace falta que me lo diga. Nos abrazamos, me esperan nuevos cambios.

Como tenía pensado paso los tres días libres durmiendo y holgazaneando, ahora que sé a qué se deben mis náuseas, me es más fácil sobrellevarlas. Me aseguro de no quedarme con el estómago vacío comiendo poco muchas veces al día. Comienzo a tomar ácido fólico y yodo, tengo que reducir el consumo de café. Eso me va a costar bastante, por el momento voy a mantener el café del desayuno, luego ya seguiré los consejos de mi padre.

¡Mi padre...! ¡Tengo que contárselo! Decido hacerlo pasando por su consulta. Le llamo y quedo para comer con él el viernes y pasar la tarde juntos. Esta semana trabajo solo de mañana, así que el viernes, puedo contárselo a medio día y luego ya se verá.

La llamada de Juanjo llega el miércoles por la mañana. Le digo que sigo un poco cansada, el virus me ha dejado hecha polvo y como el jueves trabajo por la mañana, quiero descansar. No parece tomárselo mal. ¿Cómo voy a darle esperanzas sabiendo lo que me espera?

El jueves hemos invitado a Eva y Marta a cenar. Sol me ha guardado el secreto y quiero decírselo antes que a mi padre. Quizá quiero saber que cuento con su apoyo por si él me sorprende. Mientras preparamos todo nos comportamos con normalidad, algo de música de Melendi suena en el equipo del salón mientras entramos y salimos de la cocina.

Eva llega la primera, trae una botella de sidra. Sorprendida por verme tararear feliz *Un violinista en tu tejado*, dice que llevo tanto tiempo aburrída que hay que celebrar que por fin vuelva a ser yo. Sonríe sin dejar de tararear ¡Me encanta esta canción! Si ella supiera...

Hemos hecho para cenar una ensalada de cuscús, algunos canapés y una buena tortilla de patata, que a Sol le sale genial. La verdad es que ha sido un rollo decidir qué hacíamos, porque la mayor parte de las cosas yo no debería tomarlas.

Es sorprendente cómo algo tan pequeño te cambia la vida. No ha nacido aún, seguramente sea del tamaño de una pipa, pero de la noche a la mañana, no puedo comer embutidos ni verduras frescas sin lavar ni pescado crudo ni paté ni carnes poco hechas...

—¿Y el jamoncito? —pregunta Marta—. ¿Os quedasteis sin él? Haberme avisado y hubiera traído. Pensaba que aún tendríais.

Marta es extremeña, y desde que nos conocemos el jamoncito de su tierra no falta en nuestra mesa. Tenemos, pero Sol, no ha querido ponerlo para no darme envidia. Aún no me he hecho ninguna analítica y no sé si podré tomarlo, por lo que he decidido prevenir.

—Hay mucha comida. Si nos quedamos con hambre lo cortamos en un momento, pero yo creo que vamos bien de cantidad —dice Sol mirándome en busca de aprobación.

Somos muy organizadas y en un momento estamos todas sentadas a la mesa, dispuestas a disfrutar de la velada. Kenny G suena de fondo, y como siempre, me llevo la crítica de Eva diciendo que quite esa música de sala de espera. Pero no lo hago, es cierto que es típico de consultas de fisioterapia, salones de masaje y salas de espera, pero será por algo, ¿no?

Resignada Eva sirve el vino, que ha estado aireándose en el decantador, para animar la cosa. Nos gusta disfrutar de un buen vino con la cena desde aquel novio que tuvo Sol que era enólogo. No recuerdo por qué lo dejaron, pero me caía bien. Dejo que me sirva una copa, pero sé que no lo voy a probar. Se acabó el alcohol para mí, ya lo tomé todo junto aquella noche.

Como es de esperar la cena es agradable, charlamos animadamente, Eva nos cuenta cómo ha llevado la semana y Marta cómo es la vida de casada. Llevaba tiempo viviendo con Antonio, pero nos dice que desde que se casaron ha habido un cambio muy sutil. Antes hacían las cosas porque querían, ahora es como si fuera obligatorio. Si le hace la comida o pone una lavadora de cara a su familia es que es su obligación. Menos mal que Toni es muy apañado, ambos trabajan y comparten las tareas de la casa, entre ellos no hay obligaciones, se quieren un montón y es la pareja que mejor se complementa que conozco.

—Brindemos porque todas pongamos un Toni en nuestra vida —dice Sol, levantando la copa. Luego me mira divertida. Quiere ponerme en el aprieto de brindar sin beber. Pero lo hago tan disimuladamente que no se nota.

—Por cierto, Dani —dice Eva dirigiéndose a mí—. El otro día volví a ver a tu «eyaculador precoz».

Me atraganto con el trozo de pan que estaba comiendo y comienzo a toser. Me ahogo. Sol, me da una palmada en la espalda, Marta me alcanza la copa de vino. Como puedo, le hago indicaciones con la mano señalando el agua, me sirven un vaso y lo bebo. Una vez pasado el mal trago, apenas puedo hablar. Me he quedado sin voz, pero no sé si ha sido la impresión o el esfuerzo que ha hecho mi cuerpo para recuperar la normalidad.

Ellas siguen hablando esperando a que se me pase.

—¿Llegaste a hablar con él, Eva? —pregunta Sol.

—No. Le vi de pasada. Cuando fui a acercarme, se había ido. Pero si le veo, ¿quieres que le pida el teléfono? ¿Quieres volver a verle, Dani?

Primero niego con la cabeza, luego asiento. Al final, suspiro.

—Chicas...tengo que contaros una cosa —empiezo a decir.

—¡No me digas nada! ¿Os estáis viendo en secreto? Por eso has pasado tantas veces de nuestros planes —exclama Marta siempre con sus ideas de novela romántica.

Niego con la cabeza.

—No, ya me gustaría poder decir que sí —añado—. Porque tengo que reconocer que he pensado mucho en él..., y no por lo que estáis suponiendo —aclaro antes de que empiecen a bromear con el sexo apasionado—. Si no porque siento que conecté con él cuando estuvimos

hablando. Fue muy agradable y si nos hubiéramos conocido en otro momento, puede que la cosa hubiera funcionado. Pero ahora todo ha cambiado.

Sol me pasa la mano por la espalda, siento su apoyo lo que me anima a continuar.

—Lo que quería decir es que estoy embarazada... Soy tan puñeteramente fértil como mi madre... Paso en seis meses una sola noche con un hombre... —Marta y Eva se han quedado con la boca abierta—, y me quedo preñada.

—¡Ya! pero maja. Esa noche subisteis la media semanal de Marta. Realmente es como si hubierais estado juntos... —bromea Sol mientras hace que cuenta con los dedos.

—Muy graciosa. Chicas ¿Qué decís? —Se han quedado mudas y me muero por saber qué están pensando.

—Me dejas de piedra —dice Eva—. Aunque ya no se puede remediar, ¿es qué no usasteis protección?

—Si lo hicimos. Bueno casi todo el rato.... —aclaro—. Me dejé llevar demasiado y pensé que por una vez no pasaría nada, así que se lo permití. Imagino que él pensó lo mismo. Fue la primera vez en mi vida en que lo hice de ese modo. Pero bueno, el destino ha querido que la historia se repita. Y por lo menos yo, sé que este bebé puede ser feliz sin crecer con un papá. Yo lo fui.

—Veo que lo tienes muy claro. Eres muy valiente, Dani —dice Marta—. ¡Vamos a ser tías! Sabes que vamos a malcriar a la criatura ¿verdad?

Las tres me rodean y me abrazan. Van a estar a mi lado. Ya lo sabía, pero es bueno confirmarlo. Se me saltan las lágrimas al sentir su cariño y su apoyo... ¡Dios, qué sensibilera estoy!

Igual que yo, han reaccionado con sorpresa y, tras un momento, una vez asimilado... alegría, ilusión. ¡Cómo las quiero! Son mi familia, mis hermanas. ¡Claro que van a ser tías! Igual que lo seré yo algún día.

Tras la alegre noticia, continuamos con la cena, aunque la conversación, a partir de ese momento, gira en torno al bebé.

—Una pregunta importante —dice Eva—, ¿has pensado que vas a hacer con el tema del padre?

—No tengo forma de localizarle. Y creo que soltar a un hombre que no conozco apenas que va a ser padre, es muy fuerte ¿no? Creo que haré como mi madre. Lo que pasa es que yo no tengo que desaparecer. Imagino que no volveremos a vernos.

—Bueno, pero yo me lo he encontrado una vez. ¿Quieres que consiga su teléfono si lo vuelvo a ver?

—No. Si el destino quiere juntarnos de nuevo. Lo hará... —digo muy poética.

Hablamos de los cambios que vendrán, deciden que cada plan que tengamos una se quedará con el bebé para que yo pueda seguir teniendo vida social, adaptarán nuestras escapadas para que pueda venir o se quedará con los abuelos. Están eufóricas y yo las dejo. Aunque sé que cuando tenga a este bebé en brazos va a ser muy difícil que me separen de él, ya que ya le quiero con toda mi alma.

Hay una canción, que siempre me ha gustado y en ese momento viene a mí mente, *Solo tú* de Paula Rojo, aún no ha nacido y creo que cuando lo haga ya no seré capaz de recordar mi vida anterior.

En el trabajo me lo tomo con calma, ahora tengo que pensar en lo mejor para los dos. Son normas en mi centro que las enfermeras embarazadas lo comuniquen porque hay pacientes a los que no podemos tratar, pero no lo hago aún, quiero decírselo primero a mi padre. Teniendo su apoyo, me va a dar igual someterme a todas las preguntas que en mi entorno va a provocar el

embarazo, seguro que habrá gente que piense que es de Arturo, porque aún no he dicho a todo el mundo que ya no estamos juntos, aunque hace ya más de seis meses que rompimos.

Como tenía previsto, el viernes me dirijo a la consulta de mi padre al terminar el turno. Dudo si decírselo antes, durante o después de comer. Pero al llegar sé que no voy a poder aguantar. Algo me dice que para él va a ser una gran noticia y no quiero retrasarla.

—Buenas, Rosa —saludo a la recepcionista del centro—. ¿Ha terminado ya mi padre?

—¡Hola, guapa! Te veo muy bien. —Pongo los ojos en blanco, ya que últimamente es la frase de moda. Rosa mira en el ordenador—. Sí, su última paciente acaba de salir. Imagino que está terminando de organizar la agenda de la próxima semana. Está solo, en la consulta.

—Perfecto.

Mi padre trabaja en un centro de fertilidad. Lo montaron entre varios colegas, un equipo multidisciplinar, que lleva años teniendo mucho éxito. Llamo a la puerta de su consulta y me asomo.

—¡Hola Cariño! ¡Qué temprano llegas! —me dice al verme—. Pasa. Enseguida termino.

—La verdad papá es que quería hablar un momento contigo.

—Dime —dice cuando termina de anotar unas cosas en su ordenador.

—Bueno..., quería comentarte algo. Es algo que lo mismo te pillas por sorpresa, pero tranquilo es bueno. —Le aclaro cuando veo que su expresión ha cambiado y está empezando a ponerse nervioso.

—Verás, creo que voy a necesitar asesoramiento profesional...

—¿Necesitas un abogado? ¿Has tenido problemas en el trabajo? —pregunta arqueando una ceja

—No. Me refiero a «tu» asesoramiento profesional... —Le dejo un momento a ver si cae solo, pero tiene cara de póker. No tiene ni idea de a qué me refiero—. Papá, vas a ser abuelo.

—¿Estás segura? Pero ¡qué digo! Claro que lo estás... ¡Ay, madre! Tengo que contárselo a Ana...—Coge su móvil, pero cuando va a marcar nervioso, se da cuenta de que sigo allí—. Perdona..., no sé qué hago. ¿Estás bien? ¿Tienes nauseas? ¿Cuándo fue tu último periodo? —Se interrumpe. Respira varias veces e intenta centrarse. Debe estar pensando qué pregunta de todas las que quiere hacerme debe hacer primero. Yo le sonrío. Estoy sentada enfrente cómo si fuera su paciente. La verdad es que no he pensado si quiero que él se encargue de hacer el seguimiento del embarazo, pero seguro que hoy salimos de dudas.

—¿Estás contenta? —dice, por fin. Yo asiento y él respira aliviado—. Me acabas de dar la mejor noticia del mundo ¿Lo sabes? —Me dice con una gran sonrisa. Se le ve feliz—. Me he pasado la vida trayendo bebés al mundo y por fin voy a tener a uno al que ver crecer.

Me levanto y lo abrazo. Los dos lo necesitamos. Estamos emocionados. En un momento como este me alegro de que mi madre me dijera que tenía un padre.

Una vez nos recuperamos, empieza con las preguntas profesionales, si tomo medicamentos, última regla... No me pregunta por el padre. Solo si es de Arturo, y cuando niego con la cabeza, parece quedarse tranquilo y proseguimos.

Según sus cálculos saldré de cuentas a finales de octubre, así que antes de que acabe el año mi vida habrá cambiado por completo.

—Me gustaría hacerte una exploración y una ecografía para asegurarnos de que todo está bien. Además, tienes que hacerte análisis —me indica—, ¿Quieres que me encargue yo? ¿O prefieres que hable con algún compañero de confianza?

Tengo mucha confianza con mi padre, pero pienso que además de que va a ser algo demasiado personal para él, no creo que me sienta a gusto en esos términos.

—Creo que ambos estamos muy ilusionados con esto, y que eso puede hacer que algo importante se nos pueda pasar por alto. Me gustaría, si es posible que nos ayudara alguien. Así tú podrías disfrutar de la experiencia desde el otro lado ¿Te parece?

—Perfecto hija. Vamos a comer y por la tarde volvemos. Puede tratarte Bárbara, es muy buena y de plena confianza. —Le dejo hablando con ella y salgo un momento. Decido darle una sorpresa, porque sé que lo que vamos a hacer esta tarde es muy importante para él y le gustaría compartirlo, así que llamo a Ana.

Mi padre me agobia un poco en la comida, con las indicaciones de lo que puedo, no puedo y debo comer. Al final acabo comiendo lo que él decide que no tiene nada que ver con lo que a mí me apetece. Al salir recibo la llamada de Ana para preguntarme dónde estamos y pronto nos ve. Mi padre va distraído y no se da cuenta hasta que casi la tiene encima. Cuando la ve, se le ilumina la cara, sé que estaba muerto de ganas de contárselo, pero que se ha estado conteniendo por mí.

—Anita, cariño, vamos a ser abuelos —dice, abrazándome.

Yo ya se lo he contado por teléfono, tenía que decirle algo que la convenciera para salir de su casa y meterse en el tráfico de Madrid, cosa que odia. Ahora es ella la que también me abraza.

—Bueno, pues ahora a hacer de familia. ¿Me acompañáis a la primera visita con el ginecólogo? —les digo y noto la emoción en sus ojos.

Bárbara no nos hace esperar, pasamos enseguida a su consulta. Tras darnos la enhorabuena, me repite las preguntas que anteriormente he respondido a mi padre y este me deja que vuelva a contestar sin interrumpir.

Me dice que estoy en la octava semana y que para octubre saldré de cuentas. Me manda hacer un análisis de sangre y llega el momento de realizar la ecografía.

Dice que el tamaño ahora es como el de una frambuesa y que la columna está empezando a formarse. Luego me hace una ecografía vaginal, es muy cuidadosa y no me molesta. Estoy concentrada mirando el monitor. Y ahí está...mi bebé... un milagro de la naturaleza fruto de un momento imprudente, pero del que no me arrepiento. La imagen perfecta de una mini personita en el monitor hace que, por primera vez, sea consciente de que es real.

—Voy a ser mamá. Vais a ser abuelos —digo en un susurro con lágrimas en los ojos por la emoción.

Todo está bien y tengo que volver dentro de quince días para recoger los análisis. Vuelvo a casa con idea de descansar todo el fin de semana y el lunes, después de hablar con mi coordinadora, daré la noticia en el trabajo.

Allí los compañeros se sorprenden, me dan la enhorabuena y agradezco que no me hagan muchas preguntas.

A Juanjo decido contárselo en persona mientras tomamos un café. Pensaba que se iba a llevar una sorpresa, pero la que queda más sorprendida soy yo.

—Juanjo...hace unas semanas una noche me dejé llevar. No suelo hacer eso... La verdad es que fue la primera vez en mi vida..., pero me he quedado embarazada. A finales de octubre, si todo va bien, seré mamá. Madre soltera —aclaro.

Creo que los cotilleos del hospital han sido más rápidos que yo. Por su expresión me da la sensación de que ya lo sabía.

—Entiendo... ¿Estás contenta? —Asiento—. Sé que vas a ser una madre estupenda. No tengas miedo... ¿El padre?... ¿Has vuelto con Arturo? —me pregunta temeroso

Creo que es una pregunta que me va a acompañar durante mucho tiempo.

—No, Juanjo. Arturo me hizo mucho daño. Jamás he vuelto a estar con él...

—Dani, solo quiero que sepas que, pase lo que pase, me tienes aquí para lo que necesites —concluye y añade muy serio—: esto no cambia nada, ¿vale?

No sé qué responderle, clavo la mirada en mi infusión y me pongo a removerla como si en sus posos estuviera escrito mi destino. Sabía que yo le atraía, pero no creía que hasta ese punto. Siento que con sus palabras quiere hacerme entender que puedo contar con él.

Pero... ¿Qué le digo?

«Gracias lo tendré en cuenta por si acaso necesito un padre», «Gracias te lo haré saber si cambio de opinión».

Al final solo puedo responderle con un simple gracias.

Capítulo 6

*E*l embarazo avanza. Todas las pruebas son correctas lo que indica que por el momento todo sigue su curso sin inconvenientes. Aunque echo de menos el jamoncito... La prueba de la toxoplasmosis salió negativa así que no debo comerlo. Pienso que, si no lo he cogido en 28 años sin tener cuidado, teniéndolo ¿por qué debería hacerlo? Pero aun así me sacrifico y renuncio a su saborcito rico.

Estoy en el segundo trimestre y por suerte las náuseas han desaparecido y el cansancio también. Mi barriga se comienza a notar y tengo que empezar a usar ropa de premamá, mis pantalones ya no dan más de sí. Este fin de semana tengo que ir a comprarme algo para poder seguir saliendo a la calle. Además, puedo ir pensando en ropa de primavera verano porque está llegando el buen tiempo.

Ya comienzo la semana número veinte. Es alucinante cómo de pronto, las semanas se han convertido en algo tan importante en mi vida, antes apenas sabía cuándo empezaba una y acababa otra, ahora las cuento y me paso el día revisando aplicaciones de embarazo en el móvil, de esas que te dicen que cambios van a sufrir la madre y el bebé esa semana. Tengo ganas de que llegue el viernes porque es muy probable que en la eco se vea el sexo del bebé. La verdad, es que me da igual niño que niña, pero quiero saberlo porque me gustaría ir pensando en su habitación.

Le he dado muchas vueltas a qué voy a hacer cuando nazca. Ahora vivo en casa de Sol, pero iba a ser algo provisional y no pretendo quitarle libertad. Un niño necesita atención, estabilidad, orden...y desordena, desestabiliza... Creo que lo mejor es buscarme otro sitio, pero cuando se lo comento a Sol, esta se enfada.

—No pienso dejar que te vayas sola en este momento. Justo cuando vas a necesitar más ayuda —dice molesta por mi sugerencia.

—Pero, Sol, es mi responsabilidad. No puedo cargarte a ti con ella.

—Ya. ¿Y cómo vas a ir a hacer la compra si el niño se pone malo? O ¿cuándo vas a ducharte? ¿Cuándo le bañes a él? Reconoce que vas a necesitar ayuda.

—Lo sé, pero ya nos organizaremos. Lo que no quiero es invadir tu casa y que cuando llegues cansada de trabajar haya un bebe llorón que no te deje dormir. O si conoces a alguien y quieres traerlo, que no puedas porque nosotros estamos aquí.

—Tonterías, para eso están los hoteles. Y yo duermo como un lirón.

—Ya veremos —me rindo, intentando poner paz, porque sé que no vamos a llegar a un acuerdo —Ya pensaremos algo.

—Luego seguimos hablando. Ahora tengo que irme a trabajar.

Parece que hoy se ha puesto de acuerdo todo el mundo. De camino al trabajo, recibo una llamada de mi padre para recordarme la cita del viernes y de paso para insinuarme que cuando nazca el bebé debería irme a vivir con ellos. Han pensado en montarle una habitación y todo.

Tengo que buscar una solución rápido, antes de que todo el mundo nos acoja en su casa. Me apetece vivir sola, formar mi propio hogar, elegir los colores y los muebles de su habitación, pero es cierto que hacerlo va a ser muy complicado. Tengo que tener estas cosas resueltas antes del tercer trimestre, porque luego estaré como una bola y no podré pintar ni montar los muebles ni hacer muchas cosas sin ayuda.

«Bueno, ya vendrá la inspiración», me digo e intento concentrarme en el trabajo.

El viernes cuando acabo el turno me dispongo a coger el autobús, pero en la puerta del hospital, está Arturo apoyado en su coche. Hace mucho que no le veo y al hacerlo se me revuelve algo en mi interior. Me espera a mí, porque cuando me ve, se levanta y me mira directamente. Me pongo nerviosa y debo despertar a mi pequeño porque lo noto moverse inquieto; me acaricio la barriga para tranquilizarnos. Le observo y por su expresión arrogante, no parece una visita cordial.

—Hola, ¿querías algo? —digo con un tono muy frío. No quiero que piense que he cambiado de opinión en nada.

—Te veo muy guapa Dani. El embarazo te sienta muy bien.

«Otro con la gaita y directo al grano».

—Gracias, ¿qué quieres?

—Pues la verdad es que esperaba que fueras un poco más amable... —me suelta—, ya que he tenido que enterarme por nuestros amigos que voy a ser papá. ¿No crees que me debes una explicación?

Me entra la risa. No puedo creer lo que estoy oyendo. En este mismo momento me alegro infinito de que este impresentable caradura no sea el padre de la criatura. Prefiero a mi «perfecto desconocido», como lo llamamos ahora.

—Mira, Arturo. Te han informado mal «nuestros amigos» —le aclaro, entrecomillando la expresión con las manos—. Creo que ni la carrera de enfermería ni la de medicina te están sirviendo de mucho. Si esta criatura fuera tuya debería haber nacido ya, y aún me queda me-di-o embarazo. —Estoy nerviosa, así que lanzo mis palabras como cuchillos, quiero decirle más cosas, quiero decirle que no ha tenido suerte, que la paternidad no va a hacer que volvamos y pueda seguir engañándose y aprovechándose de mí, pero intento calmarme—. No has tenido suerte.

—Quiero una prueba de paternidad —me suelta con todo el morro.

«Pero ¿es qué es tonto?».

Eso hace que pierda los papeles y le grito que si está loco. Estoy montando una escena, pero no me importa. No va a volver a mi vida a quitarme nada. No lo pienso consentir.

De pronto, noto un brazo alrededor de mi hombro. Es Juanjo.

—Hola preciosa. Ya he terminado —dice, besándome en la mejilla—. ¿Qué tal habéis pasado el día? —Añade mientras me acaricia la barriga.

Arturo, que observa la escena, debe pensar que no tiene nada que hacer. Es un *gallina* y no va a intentar nada si piensa que la criatura tiene un padre reconocido. Nos da la enhorabuena y se va con un encantado de verte y el rabo entre las piernas.

—Gracias. —Miro a Juanjo aún muy sorprendida.

—Agradécelo dejándome que te invite a comer —propone mientras me coloca un mechón que con el enfado se ha desplazado de su lugar. Su caricia es suave y me relaja.

«¡Qué menos puedo hacer!».

Así que consiento.

—Ok, pero tengo ecografía a las cinco. Y te invito yo. —Sonrío.

Vamos a comer cerca del centro de fertilidad para estar más tranquilos con la hora. Juanjo dice que quiere disfrutar de mi compañía con tranquilidad, porque después de una eternidad ha conseguido que ceda y tome algo con él. Me halaga, pero me pone un poco nerviosa que me diga las cosas tan sinceramente. Siempre le he tenido por un chico tímido, pero se ve que ha decidido echar toda la carne en el asador.

—Gracias de nuevo por lo que has hecho —digo—. Se ha presentado reclamando la paternidad del bebé. ¿Te lo puedes creer? Hace más de nueve meses que no estamos juntos y algún tiempo más de la última vez que nos acostamos, así que es matemáticamente imposible. No puedo entender cómo puede ser tan ruin.

Juanjo asiente.

—¿Quién es el padre, Dani? —pregunta de forma directa.

Podría darle largas, pero es muy sincero conmigo y siento que yo debo serlo con él. Así que se lo cuento. Le pido que sea discreto y que por favor no se lo diga a nadie, no quiero que la gente me tache de algo que no soy.

Me ha escuchado atentamente, pero cuando termino de hablar, frunce ligeramente en ceño.

—¿Te importa si te soy sincero?

—No, al contrario. Me gustaría —respondo un poco insegura, porque no sé lo que va a decir.

—Por lo que dices, no te une ninguna relación a ese hombre. Sin embargo... si ese hombre fuera yo, me gustaría saberlo. Las mujeres pensáis que la maternidad es principalmente cosa vuestra, y en su mayor parte así es. Pero para nosotros también es importante la paternidad. Si yo tuviera un hijo por ahí me gustaría saberlo, aunque su madre y yo no vayamos a estar juntos, querría verlo crecer y poder ser su padre en todos los sentidos.

Me sorprende. Es justo lo que me ha dicho mi padre tantas veces. El problema es que en este caso no sé cómo localizar al padre. Esa parte no se la he contado con tanto detalle. Así que solo puedo decirle que lo tendré en cuenta y agradecerle su consejo.

Entiendo su posición y la de mi padre, pero ¿y si pudiera decírselo? No le conozco, parecía buena persona, pero podría hacernos la vida imposible, y tengo que protegernos.

Seguramente Juanjo y yo no lleguemos a nada, pero empiezo a considerar que puedo contar con él; se está convirtiendo en un buen amigo.

El tiempo se nos echa encima así que nos despedimos y me dirijo a la clínica. ¡Por fin ha llegado el momento! Una de las ecografías más importantes. Bárbara y mi padre analizan las imágenes comprobando que el crecimiento morfológico del bebe es normal. Luego se miran sonriendo.

—Te dejo decirlo a ti —le ofrece Bárbara a mi padre. Él está emocionado. Sé que hablan del sexo mi bebe.

—Preciosa —dice mi padre—. Todo está en orden y tu pequeña está creciendo sana y fuerte...

—¿Pequeña? ¿Has dicho... pequeña? ¿Es una niña? —Mi padre asiente feliz—. Una niña —repito perdida en mi felicidad.

—Podrás llamarla como tu madre, si quieres —me sugiere.

Niego con la cabeza. Mi madre es mi madre y no quiero repetir su nombre. No se aún como la llamaré, pero será un nombre distinto a los de mi familia y amigos. Será solo para ella.

Al salir de la consulta tengo un millón de mensajes de mis amigas, preguntándome al respecto. Les respondo que van a tener una sobrina. Están eufóricas y no dejan de hablar de ropa, chicos y cinturones de castidad en lo que queda de la tarde. Están tan locas que me hacen sonreír emocionada al leerlas.

Capítulo 7

*E*n el hospital en el que trabajo hay dos eventos muy importantes que patrocinan nuestros benefactores y de los que no podemos prescindir; son las fiestas de navidad y las de verano.

Se acerca la segunda y eso se nota en el ambiente del hospital. Mis compañeros especulan sobre dónde será este año y los que no tienen pareja intentan por todos los medios conseguirla. Normalmente se trata de una cena con baile en alguno de los mejores hoteles de la ciudad, a la que acude lo más selecto de la sociedad y todo el personal del hospital. En ella se exponen los proyectos de investigación que los distintos departamentos están desarrollando y sus avances, y la finalidad es obtener fondos para financiarlos.

Hasta ahora siempre he asistido con Arturo, pero este año no tengo pareja. A la fiesta de Navidad acudí con Sol, y la verdad, nos lo pasamos fenomenal, pero esta vez no puede acompañarme porque tiene otro evento similar el mismo día.

Carmen, responsable de administración nos ha pedido que a lo largo de la semana le indiquemos el nombre de nuestros acompañantes para emitir las invitaciones. Imagino que iré sola. No tengo problema en hacerlo, lo que realmente me aterra es qué ponerme para estar a la altura del evento estando embarazada de cinco meses. Mis compañeras me han dado alguna idea, pero el próximo día que libre tendré que perderme de tiendas para encontrar algo que me favorezca. Y me da muchísima pereza.

Estamos justo charlando sobre ello mientras comemos algo en la cafetería cuando se acerca a nosotros Juanjo con paso decidido y una sonrisa.

—Señoritas... —nos dice mientras saluda con un movimiento de cabeza—. ¡Qué aproveche!

Su presencia genera un pequeño revuelo entre mis compañeras. Juanjo indudablemente es muy atractivo y me consta que tiene mucho éxito entre las féminas del hospital, pero no parece hacer caso a ninguna. Al final también saludamos y alguna le invita a tomar asiento.

—No gracias. Tengo poco tiempo. Solo venía a tomar un café rápido. —Nos dice y luego se dirige directamente a mí—. Daniela, parece que has terminado ¿Te apetece acompañarme?

Yo dudo, y pese al codazo que me da Sara no respondo inmediatamente.

—Me gustaría hablar contigo a solas, por favor —aclara Juanjo.

Sus palabras tienen efecto inmediato en el grupo, que bromea y me anima a seguirle. Al final me veo obligada a hacerlo, si no quiero que se entere toda la cafetería.

Cuando llegamos a la barra, estoy completamente colorada. Nunca me ha gustado llamar la atención de esta manera y Juanjo me ha puesto en un compromiso. Sé que lo lee en mi mirada porque me pide perdón con la suya.

—Dime Juanjo, ¿qué quieres de mí? —le digo un poco molesta por la situación que me ha hecho pasar.

—Me habían dicho que estabas aquí, pero no pensé que estuvieras con tanta gente —se justifica y acompaña sus palabras encogiendo sus hombros—. Tengo poco tiempo porque paso consultas y

cuando acabe ya habrás salido. No quiero esperar a otro día por si acaso alguien se me adelanta.

Arqueo una ceja, creo que ya sé por dónde van los tiros.

—¿Te apetece ser mi acompañante en la fiesta de verano? —me pregunta y me mira con cara de corderito.

—Ains..., Juanjo, tenía intención de ir sola —intento disculparme.

—Pues mejor. Ven conmigo. Yo te recogeré en casa y te dejaré allí cuando acabe sana y salva. Lo prometo.

—Imagino. Pero... ya sabes mi situación. No creo que sea el momento de empezar ninguna relación con nadie. Además, puede dar mucho de qué hablar.

—Daniela, solo te estoy pidiendo que seas mi acompañante..., nada más. No tengo pareja. Tú por lo que me dices tenías intención de ir sola. ¿Qué problema hay con qué vayamos juntos?

—Es que no quiero que pienses que podría ser el inicio de algo.

—No lo pienso. Te lo prometo. —Su expresión de «soy inocente» me convence y al final accedo. Sé que esto va a suponer meses de rumores sobre nosotros, aunque por cómo nos miran mis compañeras, los rumores ya deben de estar circulando por todo el hospital.

—¡Genial! Voy a ir con la chica más guapa del baile —dice y se despide con un beso en la mejilla.

Entre cotilleos, especulaciones, vestidos y peinados el tiempo se nos pasa volando y llega enseguida la fiesta esperada por todos.

Sol y yo hemos pasado el día en el centro de belleza mimándonos un poco. Tras la depilación, la manicura, la pedicura y la peluquería, ambas nos vemos radiantes. Nos dirigimos a casa a ponernos esos fantásticos vestidos que nos hemos comprado. Somos un poco más pobres, pero por lo menos yo, me siento guapa y segura de mi misma. Algo que últimamente no me pasa mucho.

Sol sale antes a su fiesta, se casa un primo suyo y su padre viene a recogerla pronto. Eso me deja la casa para mí sola mientras me preparo para la cena.

Me siento animada, así que decido poner la música a tope mientras me maquillo y termino de prepararme al son de Bon Jovi. Canto y bailo *It's my life* y *Have a nice day* a pleno pulmón. Hace calor así que me quedaré en ropa interior hasta el último momento. Mi vestido está sobre la cama. Lo miro y creo que ha sido una buena elección. Es un vestido de noche palabra de honor, bajo el pecho lleva una cinta de pedrería plateada que se ajusta perfectamente a mí realzando mis senos — ahora que son más abundantes tengo que aprovecharme—. Es largo y vaporoso, de gasa, en color verde esmeralda degradado, siendo más claro en la parte superior y oscureciéndose hacia los pies. Se ajusta a mi cuerpo dejando adivinar mi barriga, pero sin marcarla claramente. Lo acompaño con unas sandalias plateadas y un *clutch* del mismo color. Me pongo esos pendientes largos de mi abuela que tanto me gustan y que siempre he pensado que llevaré el día de mi boda.

Unos pocos minutos después de la hora acordada llega Juanjo a recogerme. Como ya estoy preparada, bajo en cuanto llama al timbre para no hacerle esperar, ya que no creo que haya encontrado aparcamiento en la calle.

Está muy guapo con un esmoquin negro de dos piezas con corbata que se ajusta a su cuerpo de una forma espectacular. En eso estoy pensando cuando dice.

—¡Espectacular, es quedarme corto! ¡Dani, estás preciosa! Voy a ser la envidia de la fiesta.

—Tú también estas muy guapo. Van a pensar que he cazado al médico más buenorro del hospital. Prepárate para los rumores hasta la de navidad por lo menos.

—Preparado estoy. Vamos —dice sonriendo mientras posa la mano en la parte baja de mi espalda y me guía hasta su coche.

La fiesta como siempre no decepciona. La decoración es exquisita, muy cuidada y la comida de *gourmet*. A la gente no parece sorprenderle que Juanjo y yo hayamos ido juntos.

Este año han contratado a un humorista para que amenice la presentación de los proyectos durante la cena, y la verdad es que lo hace muy bien porque no resta importancia a los mismos, pero sí mantiene la atención de la gente.

Juanjo está siendo muy atento conmigo y nos han sentado en una mesa donde la conversación está siendo muy agradable. Su jefe de departamento se deshace en halagos hacia él y me siento orgullosa. Lleva poco tiempo en el hospital, pero tiene pinta de que le va a ir muy bien.

—Daniela, ¿me permites que te robe un momento a tu pareja? —dice el jefe de Juanjo—. Me gustaría presentarle a unas personas.

—Por supuesto—. Juanjo se disculpa con la mirada y sigue a su jefe.

Me quedo sola y decido ir al baño.

Al salir me fijo en que la gente charla animadamente. Es el momento de las relaciones sociales. Odiaba esta parte cuando venía con Arturo, ya que él se dedicaba a venderse y se olvidaba de que había venido conmigo. Es el momento de los médicos, cuando se venden y promocionan para conseguir sus objetivos, fondos para sus departamentos, para investigación o simplemente mejorar sus condiciones laborales.

Busco entre los invitados a Juanjo y lo encuentro charlando con su jefe y otros dos médicos, creo que son jefes de departamento de su misma rama en otros hospitales de la ciudad. Tiene para rato. Tengo sed, así que decido ir a buscar algo fresco sin alcohol y tomármelo tranquilamente en la terraza. Cuando me dirijo allí, alguien me frena agarrándome del brazo. Al girarme, no me lo puedo creer.

«¿Qué narices hace él aquí?».

Arturo, vestido con un esmoquin carísimo y guapo a rabiar, me mira de arriba abajo descaradamente.

—Dani, pensaba que en tu estado no vendrías —se burla.

—¿Por qué no iba a venir? —pregunto incrédula—. Y, ¿qué tiene de malo mi estado?

—Hombre, tu bonito cuerpo no luce igual estando tan... tan embarazada. Y sin pareja lo único que vas a conseguir es generar rumores.

—Arturo, los rumores que haya en torno a mí son MI problema. Estoy embarazada, no enferma y no entiendo por qué debería esconderme.

—Si no lo ves, no voy a ser yo quién te lo explique.

Como la otra vez, Juanjo acude en mi rescate. Me rodea por la cintura y me besa en la mejilla. Luego le tiende la mano a Arturo a modo de saludo, diciendo fríamente su nombre.

Arturo tuerce el gesto. Imagino que al verme sola ha pensado que había acudido sin pareja. Después de todo ¿Quién querría acompañar a una preñada?

Se despide de nosotros y se dirige a un grupo de personas que charla animadamente. Abraza a una chica menuda muy mona que enseguida le presenta al grupo.

No sé por qué, Arturo sigue teniendo el mismo efecto sobre mí de siempre. Consigue que me sienta insegura y ridícula. De verdad, ¿hubiera sido mejor que no hubiera venido?

—Ven sígueme. Salgamos a que nos dé el aire. Aquí hace calor. —Juanjo tira de mi mano hacia la terraza sacándome de mis pensamientos autodestructivos.

—Siento haberte dejado sola. No sabía que Arturo estaba aquí.

—No te preocupes. Tenías que atender a tu jefe. Además, aquí hay mucha gente que conozco. Podría haberme integrado en cualquier grupo. Tampoco yo esperaba que estuviera aquí.

—Creo que ha venido con la hija del jefe de cirugía, me parece que también está estudiando medicina. Deben de ser compañeros.

—Lo siento por ella —lo pienso, aunque lo digo en alto.

En la terraza corre algo de aire y lo agradezco. El calor en el interior era sofocante. Además, las vistas desde la azotea de este hotel son espectaculares.

Voy a decírselo a Juanjo, pero cuando me giro para hacerlo le descubro mirándome fijamente. Sus ojos se pierden en mi mirada y leo en ellos lo que siente, lo que desea, y me da rabia no poder corresponderle, pero ni es el momento ni me siento atraída por él. Es muy guapo, amable, simpático... Sé que es el tipo de hombre que me conviene, pero no me hace vibrar como mi desconocido.

Sé que no podré tener a ninguno de los dos, he de conformarme con llenar mi corazón con el amor de mi pequeña.

Estamos un poco apartados. El ruido de la música y las conversaciones llega amortiguado y nadie parece fijarse en nosotros.

—Daniela, no puedo esconder lo que me haces —dice Juanjo con voz ronca, casi en un susurro.

—Sabes que... —Intento decirle que sabe que no siento lo mismo que él. Que le veo como un buen amigo. Pero él sella mis labios con un dedo haciéndome callar.

—Lo sé. Pero déjame hacer un último intento, si después de esto sigues pensando lo mismo, te prometo que seré solo un buen amigo. Nada más.

Tras decirlo, se acerca lentamente dándome la opción de negarme. Pero no lo hago, voy a dejar que siga adelante. Sé que quiere besarme.

Cuando está lo suficientemente cerca para que pueda sentir su respiración, me levanta la barbilla suavemente con una mano, mientras que enreda la otra en mi nuca. Y comienza a besar mis labios. Me da pequeños besos hasta que dejo de oponer resistencia y los separo. Siento como su lengua busca la mía. Besa muy bien, pero no consigo sentir nada especial, y lo nota. Intento seguirle para no decepcionarlo, pero cuando se separa, leo en sus ojos que lo sabe.

—Lo siento, de verdad. —Es lo único que consigo decir, porque no entiendo por qué mi cuerpo y mi corazón no reaccionan. No entiendo cómo puedo dejar pasar a un hombre tan maravilloso como él dispuesto a intentarlo conmigo pese a estar embarazada de otro. Pero se merece algo mejor. Se merece a alguien que le quiera sin reservas.

Me abraza fuerte y me aprieta contra él, mientras apoya su barbilla en mi pelo. Es más parecido al abrazo de un hermano que al de un amante. Cuando volvemos a mirarnos su expresión ha cambiado. Ha borrado el deseo de sus ojos.

—Preciosa, tenía que intentarlo. Pensé que demostrándote con un beso lo que siento te haría ceder. Pero lo entiendo, de verdad. No se pueden forzar las cosas. Necesitas un amigo y lo vas a tener.

—Juanjo, te mereces alguien mejor que yo, alguien que pierda la cabeza con tus besos... —Intento bromear—, que todo sea dicho, son fantásticos.

Sonríe y hace que me relaje. Creo que por fin ha desistido y ahora puedo contar con un amigo más.

A partir de ese momento, la noche transcurre llena de risas. Bailamos y reímos con nuestros compañeros, a gusto, porque ya no existe tensión entre nosotros.

La verdad es que regreso a casa casi al amanecer, pero feliz porque la noche ha sido fantástica.

Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien.

Capítulo 8

*E*stamos en julio y hace un calor sofocante en Madrid. ¡Qué mal lo voy a pasar este verano! Cada vez se me hinchan más los pies, aunque siempre que me siento intento ponerlos en alto, como mi trabajo se realiza principalmente de pie es complicado. Siguiendo consejos de algunas compañeras que ya han pasado por esto, comienzo a dormir con un cojín de lactancia entre las piernas y meto archivadores bajo el colchón. La voz de la experiencia como pensaba tiene razón y mejoro mucho, pero estoy perdiendo poco a poco todo el *glamour*. Mi bichito está creciendo sano y fuerte, por las patadas que me da, que cada vez son más frecuentes, creo que va a ser una luchadora.

Hoy me he levantado muy activa, así que decido ponerme a hacer algunos ejercicios sobre la pelota de pilates de Sol. Dicen que son muy buenos para fortalecer el suelo pélvico, así que si no quiero acabar como Concha Velasco presentando compresas para pérdidas de orina con treinta años tengo que ponerme las pilas. Mi objetivo es empezar a hacerlo más frecuentemente y seguir con mis paseos, aunque ahora por el calor saldré por las noches.

Estoy intentando mantener el equilibrio sobre la bola, cuando llaman al timbre. ¡Qué oportuno! Molesta por la interrupción salgo a abrir.

Es la señora Juana que viene a traernos la comida que le ha sobrado. Dice que le cuesta mucho cocinar para uno solo y siempre cocina más de lo necesario, pero nosotras sabemos que lo hace adrede porque piensa que estamos muy flacas y está dispuesta cebarnos. Además, desde que estoy embarazada no hay semana que no traiga varios *tuppers*. Se lo agradecemos subiéndole la compra y echándole un vistazo, ya que la mujer vive sola y nos da miedo de que se caiga y nadie se dé cuenta. Hoy trae literalmente un cubo de caldo.

—Señora Juana ¿caldo? ¿Con el calor que hace? —digo sorprendida.

—Sí, hija sí, es para que lo congeléis, para que no os falte este invierno

—Pero si quedan 4 meses para que el cuerpo pida caldito —digo riendo.

—Lo sé, hija lo sé, pero este invierno no voy a estar para hacéroslo y además con el bebé vais a estar muy liadas y tendrás que alimentarte en condiciones. Mañana os traeré ese guiso de pescado que tanto os gusta, así que haced sitio en el congelador.

—¿Cómo que no vas a estar este invierno, Juana? ¡Si estás como un roble! No digas esas cosas.

—No. Lo digo porque es cierto. Al final mis hijos me han convencido y voy a ir a esa residencia que me han buscado cerca de su casa. Cada vez puedo moverme menos, y me encuentro un poco sola. Tienen razón y va a ser lo mejor.

—Sabes que te vamos a echar muchísimo de menos y no solo por la comida —digo triste. Parecía que iba a ser siempre nuestra vecina, pero el tiempo no pasa en balde.

—No te preocupes. En nada os habréis hecho amigas de los nuevos inquilinos —asegura—. Al final voy a alquilar la casa, de ese modo podré costearme una habitación individual en la

residencia. Así seguiré teniendo un poco de mi independencia. Que desde que falleció mi Antonio, he vivido sola muy a gusto.

En ese momento lo veo claro. El destino acaba de ponérmelo en bandeja.

—Juana. ¿Tienes ya inquilino?

—No, hija. Creo que Antoñito venía esta tarde con la chica de la inmobiliaria para ponerlo en alquiler ¿Por?

—Dile a tu hijo que no hable con nadie, por favor. Podemos llegar a un acuerdo y se lo alquilaría yo. Cuando nazca la niña no quiero invadir a Sol, pero ella tiene razón y voy a necesitar su ayuda. Mudarme a tu casa es la solución ideal. Yo tendré mi independencia, Sol la suya, pero estaremos muy cerca si nos necesitamos.

—Me alegra muchísimo. Me daba miedo pensar qué degenerado alquilaría mi casa y para hacer qué. Saber que serás tú para criar a tu princesa... ¡Qué ilusión! Dejo mi hogar en buenas manos. Voy a llamar a Antoñito y se lo cuento —parlotea mientras se va emocionada a darle la noticia a su hijo, llevándose sin darse cuenta el cubo de caldo que traía.

La casa de la señora Juana es perfecta, hace muy poco reformó la cocina y los baños porque el alicatado se le estaba cayendo. El salón y las habitaciones con muebles más modernos y una manita de pintura lucirán genial. Es quizá un poco grande, pero puedo usar dos de las tres habitaciones y dejar la que no use para meter todos los muebles que quiera dejar Juana. Imagino que no querrá deshacerse de ellos y me daría pena hacerlo yo. Creo que puedo convertirlo en nuestro hogar. Tengo ganas de que llegue Sol para contárselo. Esta solución si le va a gustar.

Días más tarde hablo con su hijo, pactamos un precio y quedamos que para el uno de septiembre me dejan la casa disponible. Juana se propone dejar el arcón congelador lleno de comida casera. Y estoy segura de ello, por lo menos cocinando sabemos que va a estar entretenida hasta que llegue el momento de abandonar su casa. Me da pena, pero por otro lado tengo ganas e ilusión de organizar la casa a mi gusto. Tengo que buscar ideas para la habitación de la pequeña.

Capítulo 9

Me despierto acalorada y no solo por la temperatura de la habitación. Las noches de julio están siendo insufribles, pero yo debo de tener las hormonas por las nubes porque cada vez es más frecuente que sueñe con él. Son sueños muy similares. Todos comienzan en el lugar donde nos conocimos, empezamos hablando, pero poco a poco la cosa se caldea y acabamos haciéndolo allí mismo, sobre la barra, delante de todo el mundo. Siento sus miradas y me excito mucho más, con el embarazo me ha salido una vena *voyeur* que no conocía.

Me levanto y me asomo a la ventana de mi dormitorio. La ciudad está tranquila, mucha gente está ya de vacaciones y aún es demasiado pronto para que los que nos hemos quedado al pie del cañón tengamos que empezar la jornada. Pienso en cómo ha cambiado mi vida en solo unos meses. El año pasado por estas fechas estaba matándome a trabajar para sacar unos días libres en los que irme con Arturo a la Selva Negra alemana. Se emperró que teníamos que ir con unos compañeros suyos de clase y tuve que hacer milagros para poder cogerme los días que a ellos les cuadraban. Luego, una vez allí, apenas me hizo caso.

Ahora, voy a ser madre. ¿Quién lo hubiera dicho? Acaricio mí ya prominente barriga y la pequeña aprovecha para moverse.

«¿Qué pasará el verano que viene?».

Me imagino en nuestra nueva casa, mi niña tendrá unos siete u ocho meses, quizá también estemos despiertas porque se sienta molesta porque le están saliendo los dientes. Miro mi cama vacía. Seguro que tampoco habrá nadie en ella. Imagino que eso será así durante mucho tiempo, quizá hasta que mi hija sea adolescente o este incluso en la universidad. Supongo que será el momento en que los posibles hombres que pueda conocer no se sientan amenazados por su existencia. Pero ¿cuántos años tendré yo? ¿Ya estaré cerca de los cincuenta?

¡Buff! No es la vida que había imaginado. Siempre había pensado que conocería un buen hombre, nos casaríamos y tendríamos varios hijos y un chalecito con piscina donde poder disfrutar de los ratos en familia.

Me siento sola, pero tendré que acostumbrarme a esta sensación. Vamos a ser una familia monoparental, sé que será duro al principio, pero estoy decidida a luchar para que mi niña crezca feliz.

Sol, se va a ir a ver a sus padres unos días, Marta estará con Antonio pérdida por Escocia y Eva creo que trabaja. El próximo fin de semana me quedare sola.

Voy a llamar a mi padre por la mañana, a ver si me aceptan de ocupa en su casa. En Torrelodones las noches son más fresquitas y podré descansar mejor. Además de disfrutar de su piscina y no sentirme tan sola como me siento ahora.

—Peque, el fin de semana vamos a casa de los abuelos. Vamos a ser felices. Ya verás —le susurro a mi chiquitina mientras me acaricio la barriga.

El fin de semana llega volando. Me quedan pocos días para tomarme las vacaciones y luego no creo que me incorpore. A mis compañeras les dieron la baja a los 7 meses de embarazo, así que imagino que en septiembre podré descansar y ocuparme de prepararlo todo. Sobre todo, de organizar la casa. ¡Espero poder moverme para esa época!

No he querido comprar nada todavía para la niña, pero me va a ser imposible seguir reteniendo a mi padre y sé que este fin de semana pretende llevarme de compras. Esta emocionado con el carro de bebé, la silla de seguridad del coche... Yo creo que es pronto, pero voy a tener que ceder.

«Déjate mimar, ¿qué tiene de malo?».

Así que pasamos la mañana del sábado de tienda en tienda. Compramos bodis, pijamas, ropa preciosa que no se si llegaré a ponerle..., y por supuesto el último modelo de cochecito de bebé que podremos recoger a principios de octubre.

—Aunque uses el cochecito, tienes que mirar qué mochila o pañuelo portabebés te gusta —me dice Ana—. Tengo una amiga que me ha dicho que el porteo es una maravilla y que cuando lo pruebes no vas a querer llevar a la niña de otra manera.

Tiene razón, es algo que me llama mucho la atención y quiero probarlo. He visto a las mamás primerizas salir con el bebé arropadito en su pecho y parece una gozada. Por la tarde, indagando sobre el tema en internet descubro unos cursos de porteo y decido apuntarnos. Sé que a Ana le va a hacer mucha ilusión venir conmigo.

Durante la cena, mi padre saca un tema de conversación que ya comienza a ser recurrente y me pone un poco nerviosa porque sé que tiene razón, pero no se me ocurre cómo resolverlo.

—Dani, hija, ¿has pensado ya en hablarlo con el padre? —me pregunta. Yo me remuevo en mi asiento—. Criar un hijo sola es complicado.

—¡Papá...! no empieces con el mismo tema.

— Es que, hija, el embarazo está ya muy avanzado e imagino que necesitará asimilar la noticia. Tú has tenido más tiempo para hacerlo.

Estoy cansada de esconderle que no tengo ni idea de cómo localizarle, que no es que no quiera hacerlo. Si sigo evitando decírselo va a seguir con el mismo tema eternamente. Así que se lo digo. No me importa lo que piense de mí. Él también fue joven e irresponsable. Yo soy la prueba de ello.

Por su expresión no parece que se lo haya tomado muy mal, pero me he quedado en la gloria al soltarlo. Llevaba un peso encima que no era necesario.

—Mira, papá, si el destino quiere que nos volvamos a encontrar se lo diré. Lo prometo. Mientras... me gustaría, pero realmente no puedo hacer nada.

Es un súper padre, lo está aguantando todo conmigo, le quiero un montón y se lo digo. Ana nos hace una fotografía con el móvil. Analizo la imagen; ya empiezo a tener cara de pan, con los kilos que he empezado a coger, y a él se le nota...no sé... ¿un poco más envejecido? ¿Más abuelo? Pero a ambos se nos ve felices. Me encanta así que la pongo de fondo de escritorio en mi móvil.

El fin de semana de relax, pese al agotador día de compras del sábado, llega a su fin. El domingo, después de comer me despido de ellos con toda la pereza del mundo, pero no quiero llegar tarde a casa y sobre todo pasar varias horas en el atasco de regreso.

Solo un par de semanas más de trabajo y los veré en La Azohía. ¡Qué ganas tengo!

Ha pasado el tiempo casi sin darme cuenta, unos días de locura en los que no puedo pararme a pensar en nada y si no fuera porque la niña no para de moverse ni siquiera sería consciente de que estoy embarazada. Por fin ha llegado el momento de despedirme de pacientes y compañeros. Me marchó del hospital por una larga temporada con el regusto amargo del que deja algo importante, pero con la ilusión de empezar algo nuevo.

Cuando casi estoy en la puerta, me agarran del brazo suavemente, al volverme veo a Juanjo que viene a despedirse. Cuando fui a hacerlo yo, él estaba atendiendo un paciente y no pude, así que le dejé el recado y se lo han dado a tiempo.

Desde la fiesta, hemos vuelto a comer juntos más veces e incluso ido al cine y al teatro. Me gusta estar con él, es muy buen amigo. Sé que le cuesta no esperar nada más, pero se lo he dejado bastante claro y espero que no se haga demasiadas ilusiones conmigo.

—¡Preciosa! Casi no te pillo. —Me agarra por los hombros y me da dos besos—. Pásalo muy bien, descansa mucho, déjate mimar...y mantennos informados de todo.

—Eso haré, *papá* —digo bromeando—. No te preocupes no van a dejar que nos pase nada.

—Muy bien. Yo estaré la primera quincena de septiembre de vacaciones. ¿Puedo llamarte o pasar a verte cuando vuelva? ¿Te parece bien? —me pregunta.

Me da pena. Sé que lo hace porque siempre le he estado evitando y no quiere que salga huyendo como suelo hacer.

—Sí, Juanjo, llámame y quedamos. Voy a tener mucho tiempo libre que llenar. Y una casa entera que montar y pintar ¿Qué tal manejas la brocha?

—Sinceramente no es lo mío, pero soy un experto poniendo cuadros —dice y luego se despide porque le llaman de urgencias por un paciente. Él también está llevando una semana dura. Las urgencias no disminuyen cuando el personal está de vacaciones y los que se quedan trabajan el doble.

Me siento un rato en un banco que hay frente a la puerta. Observo, durante un rato, el ir y venir de la gente que entra y sale de hospital. Sus vidas avanzan. Siento que la mía se ha detenido. Ahora, salgo de allí por un tiempo, cuando regrese las cosas serán distintas, mis prioridades, mis sueños.... Para empezar, ¡unas merecidas vacaciones!

Capítulo 10

Los días en La Azohía los paso fenomenal, la casa de mi padre es preciosa, con casi tantos lujos como su chalet en Madrid, pero con la playa al lado. Tienen idea de pasar largas temporadas aquí cuando se jubilen, porque el clima en invierno es espectacular, así que en la reforma no repararon en gastos.

Hemos tomado la rutina de pasear por la mañana de punta a punta del paseo marítimo desde la playa de San Ginés a la de La Chapineta, o cuando la mañana acompaña, en la otra dirección hacia la Iglesia de Isla Plana. Tras el paseo relajamos los músculos nadando un rato en el mar y cuando la playa empieza a llenarse volvemos a casa a tomar el sol y holgazanear en la piscina hasta la hora de comer. Entre los tres nos organizamos con las comidas. Hoy le toca a papá, así que Ana y yo disfrutamos de un refresco bajo la sombrilla, mientras se hace el arroz. Ella está leyendo un libro y yo he cogido el periódico local que trajo mi padre esta mañana. Es domingo y lleva el típico suplemento en formato revista. Debe de ser de los pocos que siguen leyendo el periódico en papel. Yo, por mi parte, como soy incapaz de manejarlo me conformo con el suplemento. El abuelo siempre se reía de mí porque en cuanto ponía las manos en un periódico éste acababa desdoblado y con las hojas sueltas y mezcladas. Me decía que no pensara en profesiones como arquitectura o ingeniería, que lo mío no eran los planos. El recuerdo me hace sonreír.

Me llama la atención un artículo y lo leo minuciosamente.

Habla de una empresa familiar murciana, Construcciones Cano. Fue fundada por Ángel Cano, ya fallecido y por lo que dice el artículo, muy querido en la región. Sus hijos continuaron con el negocio y lo que empezó siendo una empresa dedicada a las reformas y obras de albañilería, se expandió con el *boom* de la construcción realizando alguna promoción de viviendas. Comenta que ha sido una de las pocas empresas murcianas que ha sobrevivido a la crisis en el sector, incluso llegando a expandirse. Actualmente tienen varios proyectos en la Comunidad de Madrid. El primero, con el que se han dado a conocer en esa comunidad, y por el que les han dedicado el artículo, ha ganado un premio a la mejor vivienda sostenible del año. Me suena la historia...

«¿Podría ser...?», me pregunto.

Busco las imágenes, hay varias, alguna de la vivienda premiada y otra de los hermanos Cano recibiendo el premio, me quedo de piedra, ya que ahí, en esa imagen, sonriente, está él.

Mi padre llega diciendo que la comida esta lista, pero tiene que repetírmelo varias veces porque no le oigo. Estoy impresionada... No pensé que pudiera localizarle nunca más, y menos de esa forma.

—¡Dani!... ¿Hija? Parece que hayas visto un fantasma —dice mi padre mientras llama mi atención tocándome el hombro—. ¿Te encuentras bien?

—¿Eh...? Sí, sí..., estoy bien. No es nada —respondo intentando organizar mis pensamientos—. Es solo que... nada, nada...

—Hija, me estas preocupando. ¿Acabas de sentir alguna contracción o calambre? ¿Estás mareada?

—No, papá. De verdad que estoy bien...es solo que... —consigo decir con un hilo de voz—. Es solo que ... es él.

Señalo la imagen. Mi padre coge la revista y lee el artículo. Luego lo hace Ana. Mientras, yo sigo sumida en mis pensamientos.

—Creo, hija, que el destino, ha vuelto a ponerle en tu camino. Piensa qué quieres hacer; aunque ya sabes cuál es mi opinión, debes hacer lo que tú consideres. Es solo decisión tuya.

Durante la comida estoy muy callada y ellos respetan mi silencio sin agobiarme. Me conocen lo suficiente para saber que en este momento mi cabeza va a mil intentando encontrar una respuesta. Tengo claro que voy a decírselo, pero no sé cómo hacerlo.

Esa tarde salgo a pasear sola por la playa. Necesito organizar mis ideas. Es cierto que ahora sé cómo localizarle, y puedo decirle que va a ser padre, pero no puedo predecir cómo va a reaccionar. Podría exigir derechos sobre su hija e incluso alejarla de mi lado, o no querer saber nada de nosotras. Podría tener su propia familia y mi pequeña tener algún hermanastro, o primos porque recuerdo que eran una familia numerosa. Tengo que pensar en lo que creo que será mejor para ella, no lo más fácil para mí. Observo su imagen en la revista, al lado de su madre, y su hermano. Parece una familia normal, no muy distinta a la mía. Los recuerdos me llevan al momento en que nos conocimos, cuando me contó con ilusión que habían terminado la casa por la que ahora se han llevado el premio, su forma de expresarse. Sentí que era buena persona, razonable... Mi instinto me dice que será bueno para mi hija y, a riesgo de equivocarme, decido seguirlo. Regreso ya bien entrada la noche, pero con las ideas muy claras.

Las vacaciones ya están llegando a su fin, mi padre vuelve a Madrid pasado mañana y yo tenía pesado volver con ellos, pero tengo que hacer algo antes. Retraso mi regreso y cojo un billete de tren para el viernes, dentro de cuatro días. También busco el contacto de Construcciones Cano.

Al día siguiente llamo varias veces, pero no me cogen el teléfono. Deben de estar de vacaciones, aun así, decido intentarlo una vez más y cuando estoy a punto de desistir lo coge una mujer.

—Construcciones Cano. Dígame... —responde una voz agradable.

—Hola, buenos días. —No sé qué decir. No tenía pesado nada, pero de pronto se me ocurre—. Buenos días..., yo..., yo... llamaba porque quería hacer una reforma en mi casa de la playa.

—¿Le importa llamar a partir del 1 de septiembre? Es que ahora nos encontramos de vacaciones y la empresa está cerrada —me explica la mujer. Tengo que conseguir la cita sea como sea. Así que intento sonar convincente

—Ya imagino, pero es que he visto el artículo en el periódico y los quiero a ustedes. Tengo muchas ideas para hacer mi vivienda más sostenible. Tiene mucho potencial y querría contrastarlas con ustedes... —no dejo que me interrumpa y sigo hablando—. El problema es que voy a estar solo un par de días más por la zona porque he de volver al trabajo y no quiero demorarlo más tiempo. ¿Podrían hacerme el favor? ¿Solo un hueco? Los quiero a ustedes cueste lo que cueste... Estoy en La Azohía, la casa es preciosa y sé que les va a gustar mucho trabajar con ella... —La mujer suspira al otro lado de la línea.

—No puedo asegurarle nada. Voy a hablar con mi hijo a ver si pudiera acercarse mañana. La Azohía está cerca de nuestra casa de veraneo por lo que me imagino que no tendrá problema. No obstante, déjeme su teléfono, por favor, la llamaremos dentro de un momento.

«¡Bien! Algo es algo...», pienso.

Le doy mi número y espero impaciente su llamada. Tal y como me ha dicho, al rato me llama y me confirma que su hijo vendrá mañana por la tarde, le facilito la dirección y me despido agradeciéndole mil veces su atención.

El plan está en marcha. Solo espero que el hijo que venga sea él, porque según me comentó aquella noche eran varios hermanos los que se dedicaban al negocio.

Le cuento a mi padre la idea que he tenido, y quiere alargar su estancia para no dejarme sola, pero no le dejo, creo que es algo que tengo que hacer por mí misma. Además, estando en su casa estoy en mi terreno, le prometo que si algo va mal les avisaré inmediatamente.

Esa noche apenas duermo. Por la mañana ellos salen muy temprano, pero yo ya estoy despierta para despedirlos. Están preocupados, aunque si soy sincera también lo estoy yo. ¿Cómo reaccionará?

Ya sola, sigo con la rutina que he tenido hasta ahora, paseo, baño en la playa, tomar el sol en la piscina... Repito continuamente en mi cabeza la conversación que quiero tener con él, pensando en todas las reacciones posibles.

Estoy nerviosísima, tengo muchísimas ganas de verle de nuevo, pero a la vez temo cómo pueda reaccionar. No quiero que considere a la niña ni una carga ni una obligación. Debo ser clara al hablar con él para no darle una impresión equivocada.

Un rato antes de la hora acordada me doy una ducha y me pongo ropa cómoda, esa vez elijo unos pantalones de yoga blancos y una camiseta de lycra de tirantes de color negro. Me miro al espejo, estoy guapa, me siento segura con ese conjunto. Mi barriga se marca inevitablemente, pero creo que, pese a ello, estoy sexy. El bronceado que he cogido estos días me sienta genial, la verdad es que una vez he dejado de trabajar estoy llevando mejor el embarazo. No quiero que me vea y piense que soy una ballena. Llevo el pelo casi tan corto como lo llevaba cuando nos conocimos. No hace mucho que fui a la peluquería, así que pese a la playa y la piscina luce bonito.

Me miro por última vez. Estoy contenta con el resultado final, aunque a lo mejor debería secarme el pelo... Estoy pensado en ello cuando suena la puerta. Ya no me da tiempo, ha llegado el momento.

«Daniela. Sé valiente», me animo. Respiro hondo y bajo.

—Adelante— digo al abrir la puerta de la calle desde el telefonillo.

Mientras él entra yo salgo a recibirle al exterior, he tenido suerte, ya que el hijo que ha venido a la cita profesional es él. Podría reconocerle entre un millón de personas, he soñado con él tantas veces que lo siento como si fuera uno de mis amigos.

Está quizá más guapo que este invierno y le sienta muy bien el tono bronceado. Lleva el pelo un poco más corto y aunque sigue teniéndolo oscuro, le han aparecido algunos reflejos dorados. Perfectamente afeitado, con unos vaqueros desgastados que le quedan perfectos colgando de sus caderas y una camiseta de algodón blanca que se ajusta a su pecho dejando muy poco a la imaginación. Se acerca a mí. Mi cuerpo vuelve a responder como la última vez. Mis piernas se vuelven de mantequilla.

«Son las hormonas...», intento tranquilizarme.

—Buenas tardes—saludo. No sé si me reconocerá. Es obvio que he cambiado bastante.

—Buenas tardes, Daniela—responde—. Sigues preciosa...

Me he quedado bloqueada, creo que hasta tengo la boca abierta. Por suerte él continúa como si nada.

—Soy Leo, ¿me recuerdas? —dice mientras me ofrece la mano. Me mira de arriba abajo, deteniéndose sutilmente en mi cintura. En sus ojos no sé descifrar lo que puede estar pensado.

«Parece que sí me recuerda».

Creo que estoy colorada, me ha dejado sin palabras, tiene una voz que me intimida y lo ha dicho tan seguro que me lo he creído.

«¿De verdad me verá preciosa con esta barriga?».

—Sí, claro que te recuerdo. ¿Quieres tomar algo, Leo? —pregunto, cuándo por fin, puedo articular palabra.

—Preferiría empezar viendo en qué consisten esas reformas que quieres hacer en la casa. Mi hermano vendrá en un rato y si sé qué quieres hacer, podré ayudarte a explicárselo y que él pueda dar forma a tus ideas —dice de forma muy profesional.

—Bueno, es que yo... —«¿Cómo continuo...?». He olvidado el discurso que tenía preparado, así que tendré que improvisar—. Mira Leo..., si te soy sincera esta es la casa de mi padre. La reformó a su gusto hace unos años, y la verdad... Todo esto ha sido una excusa. —Espero ver su reacción, pero no llega. Debe de estar pensando que estoy loca. Mejor si se lo digo de golpe.

—Quería verte porque necesitaba hablar contigo. No me dijiste tu nombre.

—No me lo preguntaste.

—Ya, bueno...el caso es que vi el artículo en el periódico y te reconocí. El destino te ha vuelto a poner en mi camino y creo que es una señal para... Vaya..., no sé ni por dónde empezar ¿Qué te parece si me dejas que te suelte el rollo que tengo preparado y cuando acabe me dices lo que piensas al respecto?

Asiente. Me acomodo en una silla y le indico a él que haga lo mismo. Ya sentados uno frente a otro, empiezo por el principio. Le cuento la historia de mi vida. He decidido que quiero que se dé cuenta de cómo soy y de dónde vengo para que entienda que no quiero endosarle un bebé. Que tengo estabilidad económica, familia y amigos que me pueden ayudar y que si estoy haciendo esto es solo por él y por la niña.

Él ha estado escuchando atento sin interrumpir, como le he pedido. Su cara muestra extrañeza, creo que no entiende por qué le estoy contando quien me crio, cómo falleció mi madre y qué pasó después.

—Ahora qué conoces a rasgos generales quién soy, espero que puedas comprender que puedo encargarme de mi bebé sin ayuda. Tengo un trabajo estable y podría incluso solicitar algún tiempo de excedencia si fuera necesario, ya que tengo ingresos extras y dinero ahorrado para vivir un tiempo holgadamente. —Parece sorprendido. Por eso, aclaro—. Con todo ello lo que quiero decirte es que no estoy buscando un padre para el bebé. No obstante, dado que por mi experiencia personal me hubiera gustado tener un padre durante mi infancia, y puesto que a mi padre le hubiera gustado que mi madre no se lo hubiera ocultado y haber estado ahí para mí.... Quiero darte la oportunidad de estar allí para ella si quieres.

Observo su reacción. Se revuelve en la silla. Está muy sorprendido. Creo que es momento de dejarle hablar a él, se lo indico con un movimiento de cabeza. Se levanta y después de pasearse de un lado a otro del porche nervioso.

—Me ha quedado claro que eres una mujer independiente —dice—, y que seguramente serás una madre maravillosa. Lo que no entiendo es por qué me quieres dar esa oportunidad a mí, apenas nos conocemos.

—Es obvio Leo..., porque eres el padre. Cuando nos conocimos hacía meses que había terminado una relación larga, y no he estado con ningún otro. —Veo que se pasa la mano por el pelo nervioso—. Mira —añado—, sé que no me conoces y que no tienes por qué fiarte de mí. Si quieres hacerte una prueba de paternidad cuando nazca la niña, me parece perfecto. —Inquieto, se pasea de nuevo. Yo estoy empezando a ponerme nerviosa también—. No te estoy obligando a nada. Si no quieres saber nada de ella, no es problema. Tú tienes tu vida y es posible que un bebé no encaje en ella.

—Indudablemente tengo una vida y encajar en ella un bebé requiere cambios. Cambios que estaría dispuesto a hacer. Te lo prometo... —Me coge las manos, como si al hacerlo me fuera a ayudar a asimilar lo que va a decir a continuación—, pero, Daniela, es imposible que yo sea el padre de ese bebé. Hasta donde yo sé, tú y yo no llegamos a más esa noche...

¿Cómo puede decirme eso? Me levanto y me suelto de sus manos. Doy vueltas por el porche organizando mis ideas e intentando buscar las palabras que decirle.

—Leo, no pensaba que fueras así. Prefiero que seas sincero y me digas que no quieres saber nada. Pero, por favor, no me trates de tonta. Recuerda que yo estaba allí. ¡Joder! La imbecilidad de hacerlo sin condón..., eso lo hicimos los dos. Podríamos habernos pegado alguna mierda..., pero no pasó, concebimos un bebé.

Él sigue quieto, mantiene la calma. No entiendo cómo puede decirme eso y seguir mirándome así.

—A ver... Daniela. No te trato de tonta, tranquilízate y hablemos. —Me vuelvo a sentar y él continúa—. Esa noche... recuerdo que estuvimos hablando bastante rato. Creía que tú estabas tan a gusto como yo. Me atraías mucho, Daniela. Pensaba que yo a ti también, pero sentí cómo te asustabas. Fue cuando me dijiste que ibas al baño. En el fondo sabía que si te dejaba ir no volverías, por eso te pedí que lo hicieras. Pero no fue así Daniela... Espere mucho tiempo, incluso cuando era obvio que te habías largado. Lo hice porque deseaba que te arrepintieras y regresaras. Al final me marché... Volví otras veces al mismo sitio, me senté en el mismo lugar, pero no te volví a ver hasta hoy.

Le observo detenidamente.

«Parece sincero, pero ¿cómo es posible?», pienso antes de hablar de nuevo

—Pero luego..., luego nos vimos en el otro pub... —replico—. Sabía que había hecho mal y que me arrepentiría toda la vida. Sí, me atraías. ¡Joder! ¿Cómo no ibas a hacerlo? Solo... mírate. Y no solo tu aspecto. La conversación... Me dio miedo. Arturo me había hecho mucho daño y no quería meterme en una relación seria. Sentí que contigo podría ser así... y hui. —Me da vergüenza reconocerlo y me tapo la cara. Organizo mis ideas y continúo—. Estaba hablando de ello con mis amigas, a punto de coger mis cosas y volver, cuando apareciste con tus hermanos en ese pub. El destino había hecho que estuvieras allí. Me daba otra oportunidad. Cogí fuerzas y me acerqué a ti. Cometí la mayor locura de mi vida y me fui contigo, Leo. ¿Es que no recuerdas esa noche?

Su cara se ensombrece, se tensa y aprieta los puños, da la sensación de que está intentando asimilar algo, controlando su reacción. Cuando lo ha controlado, vuelve a cogerme las manos y me dice muy serio que no era él. Que él se quedó solo, esperándome.

—Tienes un tatuaje —suelto de pronto—, de un tiburón tribal. —Tiene que creerme. Estuve con él... Asiente...—. En el omoplato.

Baja la cabeza con tristeza. Parece como si hubiera descubierto algo que no le gusta y no sabe cómo decírmelo. Se quita la camiseta y se da la vuelta mostrándome la espalda. No hay ningún tatuaje en ella. La visión de su pecho y su espalda desnudas me altera. Toco la zona donde debería

estar ese tiburón. La piel está cálida, pero no hay cicatriz. Luego se da la vuelta y se pone frente a mí, es tan perfecto como lo recordaba, me siento tentada a acariciar su torso, pero me obligo a estar quieta. Él se desabrocha el primer botón del pantalón y me muestra un poco de su cadera, allí donde nace la uve que se pierde entre sus vaqueros. El tiburón está ahí.

—Daniela, es mi hermano Ángel el que lleva el tiburón en la espalda. Esa noche él fue a ese pub con mis otros hermanos. Yo me quedé esperándote. Esa noche estuviste con él.

No puedo entender qué está pasando. Me muero por besarle y acariciarle. Olvidarme del puñetero tiburón. Olvidarme de esa maldita noche y revivirla de nuevo con él. No obstante, tengo que centrarme, no entiendo lo que me está diciendo.

—¿Tu hermano? —consigo decir con un hilo de voz

—Sí. Mi hermano gemelo —me responde en un susurro.

—Perdóname —digo—, necesito un momento. —Y me pierdo en el interior de la vivienda.

Voy a la cocina. Necesito agua, tengo la boca seca.

«¿Cómo pude estar hablando con Leo, desear a Leo y no darme cuenta de que me acostaba con otro? ¿Cómo me puede haber pasado esto?».

Una vez me hidrata la garganta el agua fresca, pienso en la niña. Ya está, qué más da. El padre es Ángel, pues listo. Encontrarme con Leo, volver a hablar con él, ha removido mis recuerdos. He soñado con él muchas noches durante este tiempo. He vuelto a sentir esa conexión, pero debo olvidarla. Cojo fuerzas, aprieto mis puños y después me siento más calmada.

«Mamá ya vuelve. Hará frente a la situación», me digo acariciándome la barriga.

Cuando regreso al porche, Leo no está solo, ha llegado su hermano. No es su gemelo, me suena su cara de aquella noche en el pub y se presenta como Eduardo.

Mi mente vuelve a estar fría. No puedo olvidarme de que estoy embarazada y cuál era mi intención al contactar con ellos. Me siento orgullosa de mí misma.

Leo le cuenta a Eduardo lo que hemos hablado. Me gusta Eduardo, creo que es de mi edad, es muy guapo también, pero de una forma distinta. No tan salvaje como sus hermanos. Es más delgado y alto, viste más formal, sus ojos son oscuros y según me cuentan es el arquitecto del equipo.

Mientras Leo pone en situación a Eduardo, yo me aclaro las ideas. Le observo, ha cambiado, sigue siendo amable y educado, pero ha dejado de ser tierno. No me toca, no me mira directamente. Creo que se siente dolido, lo entiendo, pero eso me va a ayudar a hacer lo que tengo que hacer.

—Chicos, creo que, una vez aclarada la situación, tengo que pedirlos un favor —digo decidida—. Tengo que coger un tren el viernes por la mañana. Eso me da un par de días más aquí. Decídselo a Ángel. Dejadle claro, por favor, que es libre de hacer lo que desee. Si quiere formar parte de la vida de su hija, sin compromiso, que se ponga en contacto conmigo en este tiempo. Puede venir o llamarme. Os daré mi teléfono.

Eduardo lo anota. Leo se mantiene al margen. La situación se ha vuelto fría pese al calor sofocante que siento.

Ya en la puerta, me despido de ellos, no sé si nos volveremos a ver, les pido perdón por la encerrona y cuando voy a cerrar, Eduardo se adelanta y me da un abrazo.

Minutos después recibo un mensaje en mi móvil de un número desconocido.

«No estás sola. Independientemente de lo que haga Ángel, si necesitas algo cuenta conmigo. Éste es mi número. Edu».

Lo memorizo en contactos. Ya veremos qué pasa.

Paso el resto de la tarde al teléfono, primero pongo al día a mi padre y luego a mis amigas.

Intento no pensar mucho en lo ocurrido, limpio la casa, hago la maleta me baño en la piscina, salgo a pasear...

Es jueves por la noche, es tarde, no espero ya que Ángel se ponga en contacto conmigo, no ha llamado ni ha venido. Tengo todo preparado para irme y no mirar atrás. Le he dado la oportunidad de estar en la vida de la niña, mi conciencia está tranquila, de todas formas, tiene mi teléfono si se arrepiente; no merece un pensamiento más.

Estoy lavándome los dientes dispuesta a acostarme y seguir con mi vida; en Madrid me espera un hogar que construir y una vida que disfrutar, cuando el sonido del timbre de la calle me saca de mis pensamientos. Es casi media noche. ¿Será Ángel?

Abro la puerta y me encuentro con Leo, tiene una fea herida en el labio y otra en el pómulo. La sangre ha comenzado a secarse alrededor de ellas, y la zona está hinchándose. Tiene que dolerle. Lleva una camiseta azul claro salpicada de sangre, que no creo que salga después de lavarla. Está despeinado y respira acelerado como si hubiera venido corriendo. Le hago pasar e, inmediatamente, mi instinto de enfermera se pone en marcha. Hago que se siente en una silla de la cocina y busco el botiquín para limpiarle las heridas, y el hielo para bajar la inflamación. Él se deja hacer, mientras yo trabajo, solo me observa sin decir nada.

—¿Qué ha pasado Leo? ¿Te has peleado con Ángel? —Asiente—. No puedes obligarle a querer venir. No puedes hacer que quiera a su hija por la fuerza —le reprendo—. Apenas me conoce. La realidad es que apenas hablamos.

Aprieta los puños, está enfadado.

—Se aprovechó de ti, Daniela. El muy cabrón se aprovechó de ti —sisea—. Él no te conoce. Él no te ve cómo te vi yo. No sabe nada de ti. No se ha molestado en conocerte.

Intento calmarle.

—Si lo miras fríamente, yo también me aproveché de él —razono—. ¿Que lo hice pensando que eras tú? Cierto. Pero no habría cambiado nada. No os pregunté cómo os llamabais. Esa noche decidí cometer una locura y lo hice. No pensé en volver a verle, a veros.

—No va a venir, Daniela. No quiere saber nada de la pequeña. Ha dicho cosas... Cosas horribles... —Siento como le hierve la sangre y vuelve a alterarse de solo pensarlo

—Ya imagino. —Sé que habrá reaccionado mal, pensando que intento endosarle al bebé para sacarle el dinero, o que ni siquiera es suyo—. Leo, si él lo sabe, a mí me queda la conciencia tranquila. Voy a seguir con lo que tenía planeado. Voy a tener a esta niña, la voy a registrar a mi nombre y voy a criarla como me criaron a mí. Con mucho amor. —Me acaricio la barriga. Ella se mueve como si me hubiera entendido.

Ya está más tranquilo, le ofrezco una cerveza y cojo una botella de agua para mí. Nos sentamos en la escalera del porche —mañana salgo temprano y están ya todos los muebles recogidos para pasar el invierno— mirando al horizonte y él comienza a hablar.

—Mis padres se enamoraron. Para mi abuelo, mi padre no era el mejor candidato y quiso oponerse, pero mi madre es mucha mujer. Se llama África. Ella plantó cara a su padre y, al final, acabó casándose, aunque eso supuso la ruptura con su familia. Se fueron a Cartagena sin nada, alquilieron una pequeña habitación y mi padre comenzó a trabajar en la construcción mientras que

mi madre limpiaba viviendas y comercios. Gracias a la forma de ser de mi padre enseguida le hicieron encargado y comenzó a supervisar a otros trabajadores. Pudieron comprar un pequeño apartamento. En aquella época nacimos Ángel y yo. Él lo hizo unos minutos antes, de forma que tuvo el honor de heredar el nombre paterno.

Mi madre siempre dice que él heredó el nombre y yo su forma de ser. Somos gemelos, idénticos físicamente, pero con personalidades muy distintas. Les comenzó a ir bien, mi padre era un emprendedor y aprovechó varias oportunidades que le llevaron a poder fundar su propia empresa de construcción. Recuerdo desde pequeño estar siempre ayudando en alguna reforma. Tanto Ángel como yo sabemos hacer una buena masa desde niños. Mientras unos jugaban con la tierra nosotros lo hacíamos con el cemento. —Sonríe recordando aquella época. Yo le pongo la mano en el hombro. Siento que quiere que conozca a su familia, que pueda contarle a la niña como eran sus abuelos—. La nueva empresa supuso muchos sacrificios, apenas veíamos a mi padre, que trabajaba de sol a sol, y mi madre se quedaba por las noches tras habernos acostado estudiando para poder llevar la contabilidad sin necesidad de un asesor. Luego nacieron Eduardo y bastante más tarde Juan. Ángel y yo no fuimos buenos estudiantes así que pronto empezamos a trabajar en el negocio. Edu y Juan siguieron estudiando, Edu se hizo arquitecto y Juan... está terminando medicina. Mi padre enfermó y falleció hace algunos años, pero no quisimos perder su legado. Eduardo que había estado en el extranjero, regresó cuando nuestro padre enfermó para formar parte del equipo. Ángel se encarga directamente de las obras, Eduardo de los proyectos y diseños, y mi madre y yo de los proveedores y clientes. Yo he conseguido sacarme la carrera de administración y dirección de empresas. Así que formamos un equipo bastante completo y autosuficiente. Sé que si mi padre viera donde hemos llegado estaría muy orgulloso de nosotros. —Me mira; sus preciosos ojos azules están llenos de emoción—. Mis padres nunca nos obligaron a trabajar con ellos. Cada uno ha hecho lo que ha deseado. Si mi madre supiera que va a ser abuela... Ángel no nos deja decírselo. Sabe que tiene tantas ganas de una niña que le obligaría a responsabilizarse de ella.

—No lo hagáis. No quiero obligarle a nada. Yo tomé mi decisión. Podría haber decidido no tenerla, darla en adopción... Lo tuve claro. Es lo que deseo.

—Lo entiendo Daniela. Lo que no puedo creer es que sea mi hermano quien reniegue de esa manera de ella. No nos han educado así. Además, saber que esa noche... podría haber sido distinto. Yo soy distinto... —Se le quiebra la voz.

Lo sé, puedo verlo. Los ojos de Ángel me parecieron más fríos. Ahora sé que no era porque estuviera enfadado, si no que eran dos personas muy distintas.

Es muy tarde cuando se va. Hemos pasado un rato muy agradable, me ha gustado que me hablara de su familia, de los que serían los tíos, y abuelos de mi hija. Podré hablarle a la niña sobre esa luchadora familia cuando llegue el momento.

Cuando nos despedimos se ofrece a llevarme en coche a la estación de tren al día siguiente. No quiero ser un estorbo, pero se empeña tanto que al final cedo.

Me acuesto pensando que es una persona maravillosa y por un momento, deseo que hubiera sido él el padre de la niña. Me gustaría que ella se le parezca un poco.

Por la mañana, pasa a recogerme a la hora acordada. Me subo en su coche. Es un modelo nuevo, un Lexus híbrido precioso. Les debe ir muy bien el negocio si se mueven con estos coches. Durante el trayecto charlamos de temas triviales mientras la radio ambienta los silencios, muy

frecuentes. Escucho por primera vez una canción preciosa, y él al notar que dejo de hablar y presto atención, sube el volumen del equipo de música. La voz melódica y clara de Ed Sheeran inunda el habitáculo. Ambos nos sumimos en nuestros pensamientos, nos dejamos llevar por la historia de amor de una chica perfecta.

Llegamos con tiempo a la estación y aunque le digo que no es necesario que se baje, aparca el coche y me invita a desayunar. Dice que el almuerzo es una de las comidas más importantes del día y más si tengo que alimentar a un bebé.

—Daniela, he estado pensado y me gustaría mantener el contacto contigo, ¿puedo llamarte? — me pregunta.

—Claro. Te mantendré informado de cómo se desarrolla todo y cuando nazca tu sobrina te puedo mandar alguna foto de ella.

Creo que no esperaba esa respuesta, porque sus ojos parecen ensombrecerse.

Avisan por la megafonía de la estación que mi tren va a salir ya. Me acompaña y cuando voy a subirme se acerca mucho a mí, casi demasiado y me acaricia suavemente la mejilla con una mano.

—Cuídate. Y, también... a la pequeña. —Me apoya la otra en la cintura mientras me lo dice.

Se ha despedido de las dos.

—Desearía qué hubieras sido tú —susurro antes de darme la vuelta para subirme al vagón. Es un pensamiento que he dicho en voz alta sin darme cuenta.

Se acerca lentamente y me besa en los labios con ternura.

—Yo también lo desearía —responde bajito, y vuelve a besarme. En realidad, no es un beso sino una ligera caricia con sus labios en los míos. Son suaves, calientes... Mi cuerpo reacciona.

«Pero ¿qué estoy haciendo?».

Me separo y le digo adiós con la mano antes de correr en busca de mi asiento para hundirme en él y tranquilizarme. El tren arranca y lo veo parado en el andén en el mismo lugar en que lo dejé. Vuelvo a Madrid. Tengo que pensar en la pequeña, ahora no puedo pensar en mí.

Capítulo 11

Se me hace raro estar en casa sin trabajar, levantarme sin hora, desayunar sin prisa, poder echar una siesta si me apetece... para algunos los pequeños placeres de la vida, pero para mí, acostumbrada a unos horarios variables, turnos dobles y mucha vida social..., me asusta parar o más bien ralentizar el ritmo, aunque menos mal que tengo tantas cosas que hacer este mes que espero no tener tiempo para aburrirme.

La señora Juana ya me ha dejado las llaves de su casa, está todo limpio y lleno de comida congelada. ¡Qué mujer tan maravillosa! Espero que le vaya muy bien en la residencia y sea feliz, ya que es lo que ella ha decidido. Va a estar lejos de su hogar, pero cerca de su familia junto a esos nietos a los que adora.

Ayer pasé tiempo en mi nueva casa, ya he decidido qué habitación usaré yo y cual prepararé para la niña y empecé a vaciar los muebles que han dejado para que me resulte más fácil moverlos luego. Sol ha quedado en ayudarme a hacerlo después de que le prometiera que no cogería peso. Lo que no pueda hacer sola lo dejaré para otro rato.

Es temprano cuando empiezo hoy porque quiero aprovechar la mañana para ir llevando muebles a la habitación que no voy a usar. Es una habitación grande, pero poco luminosa. En casa de Sol es la que ocupo yo, pero en su caso la vivienda hace esquina en el edificio y la ventana de la habitación da al exterior a la calle lateral, tiene menos luz que la principal, pero bastante más que la de esta casa.

Decido pasar de nuevo la escoba y la fregona antes de empezar a acumular cosas allí. Los objetos más voluminosos debería ponerlos al fondo, pero son justo los más pesados. Observo los muebles del salón. Me ha dejado el aparador, la mesa del comedor con sus seis sillas y un mueble bajo para la tele. Son muebles muy grandes de madera maciza con estilo rústico, así que a excepción de las sillas es imposible que los mueva yo sola. Esta parte tendrá que esperar a la tarde.

Decepcionada por no poder adelantar algo yo sola, voy al dormitorio. Bien, dos camas de ochenta o noventa separadas, dos mesillas de noche y una butaca pequeña en una esquina.

En primer lugar, tanteo el peso de los colchones, éstos los tengo que dejar en la entrada para bajar a la calle y que los recoja el transporte de enseres del ayuntamiento. Son bastante ligeros al ser de muelles y los puedo arrastrar fácilmente. Poco a poco voy sacando todos los objetos del dormitorio.

Al final de la mañana estoy sedienta y sudorosa, pero satisfecha porque me siento útil. He sido capaz, sin ayuda, de dejar diáfanas las dos habitaciones, limpiarlas e incluso retirar las cortinas. Tras darme una ducha miro el móvil, que entretenida como he estado, lo he tenido abandonado. Contesto a los mensajes que me han enviado las chicas y veo uno de un número desconocido.

«¡Hola preciosa! No te di mi número. Espero que por Madrid no haga mucho calor. ¿En qué mes estas de embarazo? He estado leyendo y ¡Madre mía! No tenía ni idea de que os pasaban tantas

cosas. Cuéntame cómo vas, por favor. Un abrazo, Leo».

Me sorprende mucho. Sonrío imaginándomelo buscando información sobre embarazos entre obra y obra. Le respondo de inmediato.

«YO: Guardo tu número, Leo. Empezamos el octavo mes. Si todo va bien para finales de octubre tendré a la pequeña en brazos. Estoy descansando mucho, no te preocupes. Un abrazo».

«LEO: Hay muchas molestias asociadas a ese mes de embarazo. Espero que no tengas dolores ni acidez. Anda mucho, si puedes. Y descansa. No cojas peso. Creo que es normal que notes contracciones. No te asustes».

«¡Qué majo! Está preocupado», pienso.

«YO: Gracias por los consejos, papi. Te dejo que la niña reclama comer. Tranquilo. Como pocas cantidades de forma frecuente para evitar la acidez. Paseo dos veces al día cuando no aprieta el calor y solo puedo dormir si lo hago acompañada...».

Su respuesta no tarda mucho. Aparece el mensaje escribiendo y puntos suspensivos, luego se quita y vuelve a aparecer. Sé que está dudando qué responder a mi insinuación. Al final se decide y aparece su mensaje

«LEO: ¿Acompañada?».

«YO: Imposible dormir sin mi compañero el cojín de lactancia. Ponte a trabajar ☺».

Me responde unas cuantas caritas llorando de risa.

Cuando llega Sol, viene con Marta y Antonio. Me ayudan a llevar los muebles y cosas que no quiero a la habitación de los trastos o la basura. Hemos dejado la casa vacía y en agradecimiento por su ayuda les invito a cenar unas tapitas en el bar de abajo. La verdad es que nos lo hemos ganado.

Con la casa ya diáfana pretendo darle un cambio pintando las paredes, con algunos toques de color, pero me encuentro más cansada de lo que pensaba. Además, no creo que inhalar los vapores de las pinturas sea bueno para el bebé. Ellos están liados y no van a poder ayudarme, y no quiero abusar más de lo justo y necesario. Con el pensamiento de contratar algún pintor, agotada, me quedo dormida.

Lo primero que hago al levantarme, mientras desayuno, es buscar empresas de pintura. Llamo a varias, pero ninguna puede hacerlo tan rápido. Están a tope de trabajo y me dan un plazo muy largo, me pasa lo mismo con otras dos. Decepcionada, me tumbo en el sofá. Necesito pintar ya, si quiero tener montados los muebles y la casa decentada para cuando llegue la niña.

«No sé qué hacer —pienso mientras con las manos froto mi cara—. ¿Qué hago?».

Tras unos minutos relajada sobre el cómodo sofá, en silencio con mis pensamientos, la inspiración llega...

«¡Eduardo...! Ellos se dedican a las reformas. Trabaja en Madrid y lo mismo puede ponerme en contacto con alguna empresa de pintura y hacerme un hueco... —Me incorporo orgullosa—. Estoy desesperada, la casa no es muy grande y quiero hacer algo sencillo, no creo que sea un problema».

Para mi tranquilidad, parece que se alegra de recibir mi llamada, dice que lo mejor es verlo y queda en pasarse por la tarde con muestras de colores.

Contenta por haber resuelto la crisis del proyecto «Nido» decido dar un paseo y entrar en alguna tienda de decoración.

Conforme se acerca la hora de la visita de Eduardo me comienzo a poner nerviosa, apenas lo conozco, empiezo a dudar de si he hecho bien en implicarle en esto. Ellos están liados con su trabajo y lo he puesto en un compromiso. Adelanto mi paseo de la tarde en un intento de tranquilizarme con algo de ejercicio físico, pero es en vano, ya que mi mente no para de dar vueltas.

Por fin llega el momento y con la naturalidad de dos personas que se conocen de siempre, me saluda con dos besos y un abrazo, y trae además un peluche precioso para la pequeña. De pronto tengo la impresión de que he hecho lo correcto y me relajo.

—No tenías que haber traído nada —digo con un mohín.

—Lo vi el otro día y no pude resistirme a comprarlo. Vas a tener que dejar que mime a mi sobrina si quieres que te ayude —bromea.

—Bueno, si te pones así... —respondo mientras encojo los hombros haciendo otra mueca y sonrío.

Enseguida nos ponemos al trabajo, primero vemos mi casa y luego pasamos a la de Sol, dónde me enseña muestras y me da algunas ideas. Le comento qué tipo de muebles quiero montar y hace algún boceto rápido para que me haga una idea. Quiero algo práctico, más bien moderno y minimalista, fácil de limpiar y mantener. Una vez tenemos claros los colores hace una llamada de teléfono, mientras yo preparo un refrigerio.

—Los pintores vendrán pasado mañana. Van a tenerlo listo enseguida. Con la casa vacía como está y todo despejado, no deben tardar más de dos días —dice entrando en la cocina—. La próxima semana podremos empezar con los muebles.

No puedo evitar pegar un saltito y abrazarle. Me siento feliz. Él me lo devuelve estrechándome con familiaridad como si fuera mi hermano. Justo en ese momento Sol aparece también en la cocina presenciando la escena.

Nos mira con una ceja arqueada y sé que se pregunta: «¿Quién es ese tío bueno al que estas abrazando en mi cocina? Y, sobre todo, ¿por qué no le conozco?»

Antes de que haga esas preguntas en voz alta, procedo a realizar las presentaciones.

—Edu, ella es Sol. Es mi amiga, la que amablemente me ha prestado una habitación en su piso.

—Sol, él es Edu. El hermano de... —bajo la mirada a mi tripa, dando a entender sin palabras el hermano de quién es.

—Encantada, Eduardo —responde Sol, y luego me mira—. ¿Y le estabas abrazando por...? —pregunta con retintín.

¡Jo, Sol! ¡Qué indiscreta es siempre! No podía simplemente obviarlo. Creo que acabo de ponerme roja como la grana. Seguro que concentrar tanta sangre en mi cara no es bueno para el embarazo.

Eduardo estalla en carcajadas por mi expresión, y Sol le sigue. Al final me uno a ellos. ¡Qué remedio!

—Bien..., creo que Daniela solo me abrazaba cómo agradecimiento a las gestiones que he realizado para que pinten su casa en tiempo récord. Algo bueno tiene que tener que la familia

trabaje en el sector de la construcción, ¿no? Yo también estoy encantado de conocerte Sol. Tienes una casa preciosa —dice Eduardo, mientras pasa la mirada observando atentamente a mi amiga. Parece que con lo de preciosa no se refería precisamente a la casa.

Si no fuera imposible, juraría que ella se ha puesto nerviosa.

Edu se queda a cenar con nosotras. Me hace algunas preguntas para conocer mis gustos y queda en volver al día siguiente con algún boceto para la habitación de la niña. Parece que le hace ilusión ayudarme a diseñarla, tiene muy buenas ideas, mucho gusto y sobre todo es muy práctico así que, por supuesto, acepto.

Mientras recogemos la cocina, una vez se ha marchado Eduardo, Sol saca de nuevo el tema.

—Tu cuñado es genial —comenta.

—No es mi cuñado, Sol —respondo con gesto cansado—. El tío de la niña sí, pero mi cuñado no —quiero dejarlo claro.

—¿Crees que le importará hacer algún trabajillo en mi habitación? —Me guiña el ojo. Sé que no se refiere a la decoración.

—Siempre con lo mismo. ¡Estás muy necesitada! Pareces ser tú la que tienes las hormonas alteradas...

—¡Buff! ¿Es que todos los de esa familia están tan buenos? —Clava los ojos en el techo y se lleva las manos al corazón.

—Todos, no lo sé. Pero sí los que conozco... —Hago como que me quito los sudores.

Somos unas teatreras, pero es que es cierto que los genes de la familia Cano son espectaculares. Al final ambas nos reímos de nuestras tonterías como siempre. Me encantan estos ratos de complicidad con ella.

Ya en la cama estoy mirando muebles de IKEA en el iPad cuando me suena el teléfono móvil. Sorprendida veo que es Leo. No he hablado con él desde que me besó, aunque sí nos hemos mensajado mucho. Dudo en sí cogerlo o no, y después de unos segundos, al final lo hago.

Hablamos durante bastante tiempo, empieza preguntándome cómo estoy y qué estaba haciendo. Cuando le cuento que estaba mirando muebles para el salón, me da algunas ideas y acabamos hablando de su día y sus proyectos.

Cuando cuelgo no puedo evitar sonreír como una tonta. Me hace sentir especial que se preocupe por nosotras y que me cuente sus cosas como si realmente le importáramos. Esta noche dormimos genial.

Al día siguiente por la tarde, como teníamos previsto, Edu llega con los bocetos de la habitación de la niña. Son ideas preciosas. Jamás se me habría ocurrido hacer algo así. Elijo el que más me gusta y él me dice que se va a encargar de todo y que quiere que sea sorpresa, así que me obliga a darle mi palabra de que no entraré en esa habitación hasta que me lo permita. No me queda otro remedio que aceptar. Estos Cano pueden ser muy insistentes y dominantes. Aún recuerdo cuando Leo ayer me hizo prometerle que hoy saldría a andar un rato también por la mañana y es lo primero que he hecho al levantarme, como si realmente él fuera a enterarse si no lo hubiera hecho.

Salimos a tomar un helado y me acompaña en mi paseo de la tarde, es muy agradable estar con él, me gusta como habla de su trabajo con ilusión, igual que hace Leo. Se nota que les encanta. Habla de su vida, ahora no tiene pareja, tengo que recordar decírselo a Sol, está muy unido a sus

hermanos y quiere a su madre con locura. Por cómo hablan de ella debe de ser una mujer impresionante.

Le doy las llaves de mi piso para que los pintores puedan entrar y trabajar sin que yo tenga que preocuparme. Así podré ir a mirar muebles con mi padre tranquilamente, después de la visita de control que tengo programada al día siguiente.

Por la noche recibo la llamada de Leo de nuevo, y como hicimos ayer, hablamos de nuestro día y terminamos contándonos anécdotas de cuando éramos pequeños. Me pregunta qué siento cuando la niña se mueve dentro de mí y yo intento explicárselo. La verdad es que es una sensación rara. Se nos pasa el tiempo volando, hasta que se despide de mí como siempre, pidiéndome que me cuide y a la niña también. Cómo va siendo habitual, volvemos a dormir genial.

Como tenía previsto, madrugo porque tengo que hacerme unos análisis, así que no llego a ver a los pintores. Después de desayunar, voy dando un paseo hasta la clínica donde he quedado con mi padre, seguramente sea la última ecografía. Tengo que ir preparándolo todo, tendría que apuntarme a las clases de preparación al parto, pero me da pereza, aunque queda un poco más de mes y medio para salir de cuentas.

Les he enviado a Leo y Edu desde el teléfono una foto de la ecografía, la cara de la pequeña se veía perfecta, con su naricilla chata y sus ojitos cerrados, tenía el puñito metido en la boca y ha sido tan real que todos nos hemos emocionado. No he podido evitar compartirlo con ellos.

Siguiendo el plan pasamos el día en IKEA, comprando los muebles que me llevarán la próxima semana, ya veré a quién lio para que me ayude a montarlos. Como Sol trabaja y mañana tengo que ir al taller de porteo con Ana decido quedarme a dormir en Torreldones.

Se está convirtiendo en rutina charlar un rato con Leo antes de acostarme. Me estoy acostumbrando a sus llamadas, y pese a la distancia que nos separa le siento muy cerca.

El taller de porteo es muy interesante y salgo de allí con un fular precioso de color lila que me regala Ana, estoy deseando usarlo con la pequeña. Nos han dicho que debemos aprovecharlo desde el primer día y que es casi tan bueno para el bebé como para nuestra recuperación.

Por la tarde nos reímos mucho ensayando con un muñeco e intentando enseñar el nudo más fácil al abuelo. Pero no hay forma. Estamos riéndonos animadamente de la situación cuando suena mi móvil. Edu.

—¿Qué tal preciosa? Los pintores ya han terminado. Tienes la casa lista para llenarla de muebles y vida.

—¡Ya! Pero si ni me he enterado. Menuda rapidez. Iba a coger el tren dentro de un rato. Si quieres cuando llegue te llamo y te cuento mi impresión.

—¿Dónde estás? —me pregunta.

—En casa de mi padre en Torreldones. Me vine ayer porque esta mañana tenía que hacer cosas aquí.

—Me pilla cerca. Si quieres paso a recogerte y te llevo. Quiero ver tu impresión en persona.

Así que le doy la dirección de mi padre y en menos de media hora está aquí. Mi padre no le deja irse, le enseña la casa, Edu parece muy interesado en ella y le sugiere mejoras que le entusiasman. Me parece que acaba de ganar un cliente.

Finalmente nos quedamos a cenar y la charla es muy amena. La verdad es que Edu es un chico genial y mi padre le trata como si fuera un amigo, aunque sabe perfectamente que es el tío de la niña.

Regresamos en su coche que es muy distinto al de Leo, es un modelo deportivo precioso, que tiene pinta de costar un dineral.

—Tu padre es un tipo muy agradable. Me ha gustado conocer a tu familia —me dice mientras fija la vista en la carretera—. Cuando dijiste que tenías amigos y familia que te iban a ayudar, no sabía que fuera tan cierto. Es verdad que no vas a tener problemas para salir adelante con la pequeña, porque no estás sola.

Sonrío, pero no le respondo. Sé que me ve porque sonrío conmigo.

—Apenas nos conocemos, pero... —continúa—, me gustaría que me tuvieras en cuenta. Me refiero a que tengo muy claro que quiero ser parte activa en vuestra vida, pese a lo que haya decidido mi hermano Ángel. ¿Lo pensarás?

¡Dios!, ¿qué me pasa con esta familia? Me muero por las llamadas de Leo, y ahora Edu..., Me emociono. Las puñeteras hormonas me tienen desesperada. Ahora se me saltan las lágrimas, me ha parecido tan bonito y valiente lo que ha dicho. Mi bebé no va a tener un padre, pero va a tener dos tíos maravillosos. Estoy cada vez más segura de ello.

—No tengo nada que pensar, Edu. Eres el tío de la niña y sé que te va a querer un montón.

Busca mi mano en la oscuridad del coche y me la aprieta. No creo que tenga las hormonas alteradas, pero con su gesto me muestra que también está emocionado.

Al entrar en casa el olor a recién pintado se aprecia enseguida, pese a que han dejado las ventanas abiertas. Me tapo la boca sobrecogida, impresionada, ha dado un cambio enorme. Parece... parece nueva. Limpia. Moderna. Los muebles que hemos comprado esta mañana van a lucir espectaculares.

—¡Edu! ¡Es preciosa! —digo mientras le doy un fuerte abrazo.

—Verdad, pequeña. Te dije que tenía mucho potencial. Y ya verás cómo se ve con la luz del día. Con estos colores y jugando como hemos hecho con distintos tonos según las paredes ha ganado mucha luminosidad, ya verás.

—No podría haberlo hecho sin ti. Muchas gracias —digo tan emocionada que no puedo contener las lágrimas que brotan de mis ojos sin control.

Él intenta consolarme nervioso. Está claro, que no está acostumbrado a tratar con una embarazada alterada. Al final me calmo, le pido perdón y me río feliz. Edu suspira sin entender nada, pero me abraza y me hace sentir a gusto y segura.

Rompo el momento, cuando me noto más calmada, diciéndole que los muebles llegan la semana que viene y se ofrece a venir a ayudarme a montarlos. Ya he liado a uno.

Mañana se va a Murcia, pero la próxima semana regresa, así que nos despedimos, y una vez más vuelvo a agradecerle lo que está haciendo por nosotras. Le pido también que me pase la factura de los pintores, va a ser el dinero mejor invertido en mucho tiempo.

Esa noche soy yo la que llama a Leo, quiero contarle cómo ha quedado la casa. Dejó sonar varios tonos, pero no lo coge y cuando estoy a punto de cortar, descuelgan la línea.

—¿Diga? —responde una voz femenina. ¿Me habré confundido? Compruebo el número y es el correcto. Estoy a punto de colgar, pero decido no hacerlo. Él es libre de estar con quien quiera y no quiero que se note que me ha caído como un jarro de agua fría esa maldita voz. Así que consigo decir.

—Buenas, ¿puedo hablar con Leo?

—Pues... es que está en la ducha. Pero si me dices quién eres le doy el recado. —Es voz de una chica joven, por supuesto no es su madre.

—No te preocupes. Le llamaré mañana en horario de trabajo.

«A fin de cuentas le llamaba para hablar de pintura ¿no?», pienso.

Cuelgo de muy mala leche, no sé por qué he reaccionado así.

«¿Me he puesto celosa?».

Ando por la casa maldiciendo lo imbécil que soy cuando aparece Sol.

—Chica, ¿qué te pasa? Andas renegando como si te hubieran puesto una multa.

—¡Nada! —respondo con el ceño fruncido.

—Sí, claro. Nada. ¡Que nos conocemos guapa! Anda dime que pasa, que no es bueno para la niña que te aguantas el mal rollo. Desahógate conmigo, que para eso estamos.

—¡Qué soy imbécil, Sol! ¡Qué me estaba haciendo ilusiones con Leo...! Me llama todas las noches y hablamos un montón. Creo que he malinterpretado sus llamadas. ¿Quién va a querer a una gorda como yo? ¡Con un bebé en camino! —Me dejo caer en el sofá. Me tapo la cara. Noto como Sol se sienta a mi lado y apoya la mano en mi hombro. Yo continúo mi monólogo, mientras las lágrimas recorren mi rostro—. Es tan...tan agradable hablar con él..., que a veces pienso que hay algo más. Además... Me besó... ¡Joder! ¿Qué coño significó eso? Siempre me dice que me cuide, que cuide de la niña... Parece que se preocupa por nosotras..., pero creo que estoy equivocada. Estoy embarazada de su hermano. Él es el tío de la niña. Es tan complicado todo, Sol.

—Sí, es complicado, cariño. Pero tú tienes que pensar en ti. En la niña. En tu nueva vida. Si él va a estar en ella, lo dirá el tiempo. Tiene que estar confundido también. ¿No crees?

—Hoy le he llamado yo. Quería contarle lo bonita que está quedando mi casa. Me lo ha cogido una mujer, Sol... Una mujer que estaba con él mientras él se duchaba.

—¡Ay! Mi niña. Piensa que hubiera sido peor que estuviera con él en la ducha, ¿no? —Me abraza dándome consuelo—. ¿Un helado? —me ofrece unos minutos después, cuando parece que me estoy calmando un poco—. Necesitamos helado...toneladas de helado. —Se levanta y decidida va a la cocina a por él.

Es nuestra solución cuando no tenemos palabras de ánimo. Una tarrina o dos después siempre vemos el problema de otra manera.

Capítulo 12

*E*sa noche, Leo no me llama. Estará muy ocupado con la propietaria de esa melosa voz.

«¡Qué le den! ¡Para qué necesito yo más complicaciones!», pienso.

Me he pasado la noche dando vueltas, sin apenas pegar ojo, así que me levanto más tarde sacrificando mi paseo matutino. Sigo remoloneando en la cama cuando recibo su llamada, pero no lo cojo. He decidido mantener las distancias con él, ya que es un arma de doble filo, porque por lo que sea no consigo verle como al tío de la niña como me pasa con Edu. No es nada mío y tiene derecho a acostarse con quién le dé la gana y no tendría que molestarme, pero lo hace y mucho. Me hierva la sangre imaginarlo con otra. Y realmente, ¿qué sé de él? Solo lo que ha querido contarme, que básicamente ha sido de su familia, su niñez y su trabajo, pero ¿estoy segura de que no tiene pareja? No tengo ni idea.

Lo intenta más tarde, pero sigo sin cogérselo.

«¿Es qué cree que estoy esperando su maldita llamada?».

Obviamente sí, claro. Espero su llamada, y me muero por oír su voz, que me diga que era su prima, que no tiene pareja y que solo piensa en mí. Pero en mi mundo eso no pasa. Mis relaciones siempre han sido un desastre.

Al final, opta por enviarme un mensaje, que me niego a leer. Estoy demasiado ocupada para esto.

Los días siguientes sigue llamándome y enviando mensajes, pero no se lo cojo. Finalmente decido responder a su último mensaje diciéndole que estoy ocupada organizando cosas pero que estoy bien, a ver si se relaja y me deja en paz.

El lunes recibo llamada de Edu, que sigue en Murcia. Llama para decirme que mañana van a ir a montar los muebles de la habitación de la niña, que no me asuste si oigo gente en mi casa y que por favor mantenga mi promesa de no pasar ya que quiere darme un sorpresa.

Nada más colgar con él recibo llamada de Leo, que por supuesto no cojo. Sé que estoy siendo irracional ya que no tengo nada con él, y no tendría que tratarle así. Es un hombre muy atractivo y es normal que tenga pareja, líos o montones de mujeres. ¡Joder!, pero no me gusta.

Un rato después Edu vuelve a llamarme. Lo cojo pensando que hay cambio de planes con respecto a los muebles de la niña y me llama para decírmelo, pero no es Edu.

—¡Hola! Por fin puedo hablar contigo —dice Leo. Menuda encerrona me ha hecho. A ver cómo salgo de ella.

—¡Hombre! ¡Hola! —saludo como si no hubiera recibido ninguna de las mil llamadas que me ha hecho estos días atrás. Menuda actriz estoy hecha—. ¿Qué tal estás?

—Para eso te llamaba yo, pero no me coges el teléfono. ¿Qué te pasa? ¿Te he hecho algo?

—¿Tú? ¿A mí? ¿Qué me vas a hacer? He estado muy ocupada, simplemente ha sido eso.

—Ok. —No parece muy convencido—. ¿Cómo estás?

—Bien—suelto escueta.

Me hace varias preguntas y respondo en la misma línea. Cansado, al final desiste y nos despedimos.

Me siento imbécil, la verdad es que he sido yo la que ha malinterpretado sus intenciones, es ilógico que quiera algo con la madre del hijo de su hermano. Es joven, guapo y tiene la vida por delante. Mi futuro son biberones y pañales durante al menos dos años. Y luego, si consigo volver a tener vida social, será con cuentagotas por lo menos hasta dentro de veinte años más. Tengo que asumir que es probable que esté sola mucho tiempo, creo que voy a tener que comprarme un amigo de plástico y tirar de imaginación. ¿Pasaré algo si lo hago embarazada? Mis hormonas están disparadas y me ayudaría bastante a relajarme.

Lo comento con las chicas esa noche durante la cena y después de decidir que es inocuo, y reírse un rato a mi costa deciden que me lo regalan como madrinas de la niña. Lo piden por internet en ese momento, así que ya no tengo marcha atrás, pronto mi pareja será de silicona y con batería de litio. ¡Para lo que hemos quedado!

El miércoles llegan los muebles, no he entrado en la habitación de la pequeña, le prometí a Edu que esperaría a que él estuviera delante y es lo menos que puedo hacer con lo bien que se está portando conmigo.

Al final, vendrán las chicas y Edu a montarlos, por lo que en el súper de abajo compro bebidas y algo para picar. Me siento fatal porque el dueño obliga a su hijo acompañarme a casa cargando las bolsas como hacían con doña Juana, y solo porque estoy, obviamente, muy embarazada. Tras ayudarlo a dejarlas en la cocina y darle al chaval una propinilla, cuando se despide de mí dice «Gracias, señora». Creo que no respondo, no puedo evitar sentir una punzada de horror.

«¿En qué momento he pasado de ser una chica a ser una señora? ¿Cómo ha ocurrido eso?».

Sin darle más vueltas, porque me deprime, y sintiéndome bastante impaciente decido comenzar a montar las cosas pequeñas que no requieren esfuerzo y así voy adelantando.

Por la tarde llegan todos, trabajamos como un equipo y nos está cundiendo mucho. Nos reímos porque a veces no tenemos ni idea de dónde narices conectar el tornillo *stronjol*.

Estamos en plena discusión sobre las instrucciones cuando llaman a la puerta.

«¿Quién será?».

Abro sorprendida porque toda la gente que espero está ya dentro. Resulta ser Juanjo con un peluche gigante y una tableta de chocolate suizo, ha regresado de vacaciones y se excusa diciendo que no pudo resistirse a comprar ese oso gigante a la niña, ante mi cara de «no puede ser». Está moreno y se le ve descansado, las vacaciones le han sentado fenomenal. Le abrazo porque es cierto que en este tiempo le he echado de menos y le hago pasar con la promesa de ponerle al día de los cambios de mi vida si se queda a ayudarnos.

Las chicas están locas y no hacen más que hacer comentarios lascivos a Edu y Juanjo, pero ellos los encajan muy bien, saben manejarlas. Se nos pasa el tiempo volando, los muebles ya están casi listos, queda algún cajón que puedo montar yo sola y alguna puerta que ajustar, nada importante. Entre todos, la cosa ha ido muy rápida.

Nos tiramos en los sofás recién instalados, entre bromas de si son seguros y van a aguantar sin caerse al suelo, ya que los han montado Marta y Eva. Aguantan la prueba de carga que les hacemos y Eva, que siempre está pensando en lo mismo, concluye que tras el test realizado el sofá

es apto para un buen polvo. No sé dónde meterme y huyo a la cocina mientras todos bromean y realizan alguna prueba más.

Después de dar buena cuenta de la tortilla de patatas, la ensalada, los saladitos y las demás viandas que he puesto y nos hemos ganado con el sudor de nuestra frente, Edu se levanta y me tiende la mano diciendo.

—Bueno, preciosa... Ha llegado el momento de la sorpresa. Tengo que irme porque he quedado con Leo y no quiero hacerle esperar más. ¿Te apetece verlo?

—¿Con Leo? ¿Es que está en Madrid...?

—Sí. Viene varios días todas las semanas. Estamos teniendo mucho trabajo aquí. La verdad es que casi pasa más tiempo aquí que allí. ¿Quieres verlo ya?

¿A Leo? Me muero por verle, pienso, pero sé que se refiere a la habitación de la niña. Además, ¿si pasa tanto tiempo en Madrid, ¿Por qué no ha venido?

Eso me deja más claro que pese a las conversaciones que hemos mantenido él solo me ve como la madre de su sobrina. Tengo que empezar a asumirlo.

He debido de quedarme callada demasiado tiempo, porque Sol me saca de mis pensamientos levantándose también y diciendo.

—Claro. Yo me muero de ganas. Vamos a ver qué has montado.

Nos dirigimos a la puerta cerrada de la habitación. Yo llevo el oso que ha traído Juanjo con idea de aprovechar y dejarlo colocado. Además, estoy tan nerviosa que me sirve para disimular ya que no sé qué hacer con mis manos.

Se ponen tras de mí, Edu es el único que está a mi lado. Es el encargado de abrir la puerta mientras dice: ¡¡Ta...chan!!

La puerta se abre lentamente y va dejando paso a la habitación más perfecta que hubiera podido soñar. Es preciosa, no se parece a nada que hubiera imaginado, pese a haber visto los bocetos, es diferente, parece sacada de un catálogo de muebles de bebés, hay dos paredes pintadas en malva muy clarito, en una de ellas está colocada la cuna, una de esas evolutivas de color blanco, que sirven como cuna al principio y luego quitando la valla se hacen mini cama y más tarde cambiando de posición los muebles se transforma en cama. Hay pintadas en blanco unas mariposas de distintos tamaños que parecen volar por la pared hacia el techo. En una de las paredes blancas está el cambiador con las mismas mariposas pintadas en malva. La ropa de cama hace juego con el protector del cambiador y el estor de la ventana. También hay una lamparita colgada en la pared. Y debajo, un sillón que parece muy cómodo, pensado para darle de comer o leerle cuentos.

Estoy impresionada. Es la habitación de mi niña. El peluche se me escurre de las manos y solo atino a decir llorando como una magdalena que es la habitación más bonita del mundo. Abrazo a Edu, lloro, lloro y lloro, diciéndole lo maravilloso que es. Los demás entran y empiezan a alabar el trabajo que han realizado. Los detalles tan prácticos y bonitos que yo aún no he llegado a descubrir porque no consigo calmarme. Estoy tan emocionada.

Edu aguanta el tirón con una gran sonrisa, susurrándome que me calme y abrazándome. Creo que la habitación ha causado la impresión que él quería. Sabe que me ha encantado.

Por fin alguien dice que es tardísimo y empiezan a irse, primero Eva y Marta que lo hacen juntas. Sol tiene que trabajar y Edu se ofrece a acercarla ya que le queda de camino al lugar donde ha quedado con Leo. Juanjo se queda un rato más ayudándome a ajustar las puertas de los muebles del salón y a traer algunas cajas de cosas que tengo apiladas en un rincón de la casa de Sol.

Cuando dejamos la última caja en el suelo, Juanjo no puede más y me hace la pregunta que seguro lleva toda la tarde queriendo hacerme.

—Y este Edu, ¿quién es? Te lo pregunto porque no tiene pinta de ser solo el decorador.

Sonrío. Tiene razón. Le explico lo que ha pasado con Ángel, Leo y Edu. Lo que he descubierto desde la última vez que nos vimos, que la niña por el momento va a crecer sin un padre, pero con dos tíos geniales que se preocupan por nosotras.

Un rato después, y tras renegar bastante de la reacción de Ángel, se va porque al día siguiente empieza a trabajar. Quedamos en volver a vernos y prometo mantenerle informado de cómo me va todo.

Sola, miro a mi alrededor. Mi nueva casa, llena de cajas sin abrir que poco a poco tendré que ir colocando.

Vuelvo a entrar en la habitación de la niña, enciendo la lamparita y observo todo con detalle. Me siento en el cómodo sillón en el que sé que pasaré muchísimas horas. Queda un poco más de un mes para que llegue. Estoy inquieta. Su padre no va a estar, pero tiene unos tíos maravillosos, y no solo Leo y Edu, también Juanjo, Sol, Eva, Marta y Toni. Y unos abuelos que están deseando mimarla. Y otra abuela que según sus hijos ha deseado toda su vida una niña y que si la conociera la querría tanto que sería capaz de todo, porque es una luchadora, y obligaría a su padre a responsabilizarse de ella y a quererla, lo que no está bien, pero en fin... Sé que va a ser muy feliz. Me voy a asegurar de ello.

Estoy nerviosa y no puedo relajarme así que decido ponerme a sacar cosas de las cajas que Juanjo me ha ayudado a traer. Tendré que empezar a colocarlas, pero antes debería pasar un trapo por los muebles para quitar el polvo y las huellas que hemos dejado, así que decido ponerme a ello. Pongo música bajita para trabajar, esta vez me decanto por el violín de David Garret. Estoy limpiando la parte alta de los muebles del salón cuando suena mi móvil, lo saco de mi bolsillo y lo cojo despreocupada.

—¡Hola! —respondo con alegría pensando que es mi padre.

Hay un ligero silencio.

—Buenas, ¿qué haces? —Es Leo. No lo esperaba, se supone que estaba con su hermano.

—Limpiando —digo mientras sujeto el móvil entre el cuello y el hombro y sigo pasando el trapo.

—¿Estás sola? —me pregunta. Parece un poco serio

—Sí, hace un rato que se fueron todos.

—¿Todos? —insiste como si estuviera molesto.

—Sí. Marta, Eva, Sol, Edu y Juanjo han estado ayudándome a montar los muebles. Pero eso tú ya lo sabes porque has estado con Edu, ¿verdad? —suelto con todas mis ganas. No sé a cuento de qué viene su tono, yo también puedo estar enfadada, está viajando a Madrid de forma frecuente y no me ha dicho nada.

Con el enfado que tengo, sin darme cuenta, pongo el pie muy en el borde de la silla a la que me he subido y pierdo el equilibrio.

—¡Ayyyy! —caigo al suelo. Llego a poder apoyar la mano para amortiguar la caída, pero me doy un buen golpe. El móvil ha salido disparado al otro extremo de la habitación. Oigo la voz de Leo preguntando qué ha pasado, pero estoy demasiado dolorida para responderle o recoger el móvil. Necesito un momento para hacer control de daños si es que los tengo.

Menudo golpe más tonto. Parece que no tengo nada, aunque me duele bastante la muñeca, he debido de torcérmele al apoyar en ella todo mi peso. Estoy incorporándome cuando alguien entra como una exhalación en mi casa. Noto como unas manos me sujetan, estoy un poco aturdida.

—¡Daniela!, ¡Dani! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Te duele algo? —Leo esta histérico. Me

palpa los brazos y piernas buscando alguna lesión.

—¿Leo? Pero... ¿cómo...?

«¿Cómo coño ha entrado? ¿Cómo ha llegado tan rápido?».

—Tengo tus llaves. Estaba abajo —me suelta cortante—. ¿Te duele algo? ¿Qué ha pasado? —vuelve a preguntar.

—Estaba subida en la silla, limpiando la parte de arriba del mueble y he perdido el equilibrio. Me he caído sobre esta mano.

—¿Y la niña...? ¿Te has golpeado la barriga?

—No sé... —«Mmm..., puede que sí»—. Ha sido todo muy rápido. Creo que he caído de lado, pero puede que sí me haya golpeado un poco la barriga.

—Vamos al médico. ¿Dime a dónde te llevo? Tienen que mirarte a ver si estáis bien.

Le digo que no es nada, solo ha sido un susto, seguramente ponerme un poco de hielo en la mano es suficiente, pero no me hace caso, se obceca en llevarme a urgencias. Al final decido llamar a mi padre, y que él me diga que hacer.

Como esperaba mi padre me regaña, me dice que soy una negligente y que cómo se me ocurre subirme a una silla. También se pone nervioso, así que quedamos en la clínica para que me haga una ecografía y comprobemos que todo va bien.

Leo me lleva hasta allí conduciendo como un loco sin apenas hablar y cuando lo hace es para regañarme. Me dice que si estoy loca, que si no puedo pedir ayuda, que cómo se me ocurre ponerme en peligro de esa manera.

No sé por qué estoy aguantando tremendo rapapolvo, le tendría que haber enviado a la mierda hace un rato, pero en el fondo entiendo que se esté comportando así. Está preocupado y es la única forma en que un controlador como él sabe gestionarlo. Además, en el fondo, tiene toda la razón.

Cuando llegamos a la clínica, Ana y mi padre ya están allí con caras de preocupación.

—Hija ¿cómo te encuentras? —pregunta mi padre.

—Bien, papá. Seguro que no es nada. Ha sido una caída aparatosa, pero llevo mucho airbag —intento bromear. Todos están demasiado serios y me siento muy culpable. Espero que no haya pasado nada, no me lo perdonaría.

Más calmado mi padre se fija en Leo, le tiende la mano y se presenta.

—Soy Pedro, el padre de Dani. ¿Y tú eres...?

—Leo, el padre de la niña —dice él muy serio.

—Me alegro de conocerte chico —le comunica mi padre, mientras se dan un apretón de manos — Verás cómo no te arrepientes de querer disfrutar de la vida de tu hija. —Mi padre sonrío de medio lado.

«Un momento..., ¿por qué se ha presentado como el padre de la niña? ¿En qué narices está pensando?».

Mi padre sabe que el padre se llama Ángel, pero le está siguiendo el rollo.

— Bueno chicos, vamos a ver cómo está vuestra pequeña —dice mientras nos guía a su consulta.

Me hace una ecografía y todo está bien, la niña tiene un latido fuerte y está activa, no parece que haya hematomas internos. Para ella ha debido de ser cómo un estornudo, nos dice mi padre más tranquilo.

Leo mira atentamente el monitor mientras me coge la mano. Es cómo siempre me he imaginado que vería a mi bebé con mi marido. El típico cliché que yo no voy a cumplir.

Tengo que reconocer que es muy agradable compartir un momento tan especial de esa manera.

Las palabras de mi padre rompen la magia y me bajan de las nubes.

—Recuerda que tienes que hacer el curso de preparación al parto. No lo demores más hija. Tienes que empezar a ser más responsable.

—Nos apuntaremos —asegura Leo sin darme tiempo a responder—. ¿Cuándo empieza el próximo?

—Creo que hay uno intensivo la próxima semana por las tardes —se apresura a responder mi padre, antes de que yo pueda replicar—. Os apuntaré mañana.

Nos despedimos. Aguanto de nuevo la regañina y prometo que no voy a volver a hacer algo así. En el coche de vuelta a casa no puedo evitar preguntar a Leo

— ¿En qué estabas pensando cuando le has dicho a mi padre que eras el padre de la niña? Él sabe que Ángel es el padre. Le conté la historia completa.

—No lo sé. Me ha salido así. ¿Qué más da? —responde quitándole importancia

—¡Hombre! No sé qué habrá pensado, pero no tienes que responsabilizarte de un error que tú no has cometido.

—¡La niña no es un error! Es un milagro —me corrige molesto.

—Cierto, la niña no es un error. Me he explicado mal. El error es hacerlo sin condón, sí. No sé si tú vas por el mundo prescindiendo de él, como hicimos nosotros. —Pienso en la chica que me cogió el teléfono. Pienso en las mujeres que habrán pasado por su cama y siento como hierve mi sangre—. ¿Qué hacías en mi calle? ¿Qué hacías con mis llaves? —le empiezo a gritar, dejando salir parte de lo que siento.

—Tengo tus llaves porque atendí a los pintores cuando estuvieron en tu casa. Las tengo porque ayudé a montar los muebles de la habitación de la niña. Hice la cama, coloqué el estor... Lo preparé todo para que Edu te diera la sorpresa. —Parece que él también está enfadado.

Fue él. Ha participado junto con Edu en todo y no me ha dicho nada. Si lo hubiera sabido, quizá... «Quizás nada. Daniela —me reprende—. Solo es un tío tan genial como su hermano».

—Muchas gracias. Ha sido una sorpresa preciosa. Ha quedado muy bonita —reconozco fríamente. No puedo evitarlo, pese a que realmente sí le estoy muy agradecida, no consigo que se note en mis palabras. Estoy demasiado dolida porque no entiendo por qué ha decidido mantenerse al margen—. Estáis tratándonos demasiado bien.

Gruñe. No sé por qué está tan enfadado, ya que ha sido su decisión hacerlo de ese modo. Llegamos a casa de Sol y entra conmigo.

—Ve a la ducha, cuando salgas te pondrás hielo en la muñeca y comerás algo —me dice, o bueno, mejor dicho, me ordena.

Lo hago. Creo que es mejor no llevarle la contraria. Además, es cierto que necesito una ducha, me duele la mano y estoy hambrienta. No tiene sentido hacerme la orgullosa y negarme. Estoy demasiado cansada.

Cuando termino de ducharme, veo que ha preparado unos sencillos sándwiches que tienen muy buena pinta.

Le doy las gracias cuando me tiende un plato y un vaso de agua, lo tomamos sentados en la mesa de la cocina. Tengo tanta hambre que me lo como todo sin hablar, de todas formas no sé qué decirle, es todo tan raro y él parece todavía bastante alterado por lo sucedido. El silencio entre nosotros no es incómodo, así que decido darle tiempo para que se calme un poco. Creo que al igual que la mía su mente es ahora una batidora en la que se mezclan multitud de preguntas sin respuesta y sentimientos encontrados.

Cuando terminamos, aún en silencio, se levanta y recoge los platos metiéndolos en el

lavaplatos. Se mueve por nuestra cocina con total naturalidad. Por mi parte me limito a observar sus movimientos. Finalmente, saca una bolsa de guisantes congelados de nuestro frigorífico y la pone sobre mi muñeca, con suavidad. Las palabras que dice a continuación no son tan suaves.

—Diez minutos. —Lo dice de forma tajante—. Vamos a sentarnos.

Observó la expresión de su rostro, sigue teniendo esa arruguita en la frente que se le forma cuando frunce el ceño. Lleva ahí desde esta tarde. O ¿no? Creo que apareció cuando hablé con él aquel día en La Azohía. Siento tanto enfadarle de esa manera...

Cuando me acomodo en el sofá con la bolsa congelada en mi muñeca, me parece como si hiciera una eternidad que no descanso. El día ha sido muy intenso.

Él se coloca a mi lado y me hace poner los pies sobre su regazo. Coge uno entre las manos y comienza a masajearlo, podría acostumbrarme a esto. La repetición metódica de los movimientos de sus manos sobre mis pies doloridos ejerce un efecto calmante sobre él y obviamente sobre mí.

—¿Vas a decirme qué hacías tan cerca de mi casa cuando me has llamado? —pregunto suavemente.

De nuevo, silencio, parece como si se resistiera a responder, como si en su interior estuviera luchando por seguir enfadado o ceder. Finalmente suspira y acaba respondiendo a mi pregunta.

—Muchas veces, cuando lo he hecho estaba dentro del coche aparcado en tu calle. Ésta ha sido solo una de ellas. —No me mira, sigue concentrado el masaje.

—Leo, hay algo que no entiendo. Hemos estado hablando mucho por teléfono. Parece que has estado ayudando a Edu en todo lo relacionado con mi casa y la habitación de la niña ¿Por qué no me has dicho nada nunca? Te lo hubiera agradecido. Os estáis portando muy bien conmigo. Sé que vais a ser unos tíos geniales. La pequeña tiene mucha suerte.

Se revuelve incómodo. Cambia de postura y me coge el otro pie. Tiene unas manos suaves y calientes. Esta vez tarda unos minutos en responder, creo que lo que ha tardado en aclarar un poco sus ideas.

—Es complicado, Daniela. Creo que es porque no me encuentro cómodo haciendo de «tío». Eduardo sí, por eso le he cedido a él ese título... He venido muchas veces a tu casa. No he sido capaz de subir. Me resulta muy difícil estar cerca de ti, Daniela. Siento que las cosas tendrían que ser de otra manera. He intentado alejarme. He intentado olvidarlo, pero, de verdad, me es imposible. Estoy cansado de luchar. —Parece derrotado.

Le entiendo. Yo también siento que todo debería ser distinto, que sería más fácil que hubiéramos estado juntos esa noche. Si yo no hubiera huido de él, si no me hubiera lanzado en brazos de su hermano, Leo sería un padre maravilloso. Me gustaría poder volver a ese momento y cambiarlo. Pero entre nosotros todo son «y si...».

—No pasa nada Leo. No tienes que ejercer de tío si te resulta difícil. Imagino que cada vez que me ves te sientes engañado. Te eximo de toda responsabilidad. Puedes olvidarnos y seguir con tu vida. No quiero que recuerdes cada vez que me mires que hui de ti y me fui con él. Pero si te sirve de consuelo, yo no sabía que erais dos. En mi interior toda la noche estuve contigo.

Ha dejado de masajearme los pies. Se acerca más a mí, casi puedo sentir el calor que desprende su cuerpo. Me acaricia la cara con el dorso de la mano. Tan cerca puedo ver claramente la expresión de sus ojos. Parece... ¿frustrado? ¿Atormentado? Niega ligeramente con la cabeza y me dice en un susurro.

— No me has entendido. No me refería a olvidar lo que pasó. Lo que no puedo olvidar es que no me siento el tío de la pequeña, siento que debo protegeros a ambas y velar para que estéis bien.

No sé qué decirle. Creo que está luchando por no besarme. Si se acerca más voy a hacerlo yo.

Mi cuerpo lo reclama, necesito sus caricias, probar si sus carnosos labios son tan suaves como parecen... Necesito... Necesito poner aire de por medio.

Me levanto bruscamente. La bolsa de guisantes cae al suelo. Me excuso diciendo que la niña está machacando mi vejiga.

He vuelto a huir.

Cuando salgo del baño se ha ido.

«Ha sido lo mejor», pienso.

Capítulo 13

No puedo dormir. Solo puedo pensar en lo que acaba de pasar hace un rato.

«¿Realmente ha querido decirme lo que he entendido?».

No puedo creerlo. Estoy enamorada de él. Lo sé. Pero también sé que es el mayor error que he cometido en mi vida.

«¿Huir aquel día o huir hace un momento?».

No. El error es hacerme ilusiones. Lo nuestro es demasiado complicado. Ahora se siente responsable. Si esa noche no nos hubiéramos conocido no habría acabado en la cama con su hermano y no estaría embarazada. ¿Quiere cuidarnos y protegernos por eso? Pero cuando nazca la niña..., él no es su padre. No podemos cambiar ese hecho. ¿Y si Ángel cambia de opinión? ¿Y si decide actuar cómo padre? Si dejo entrar a Leo en nuestra vida... Si le dejo estar con nosotras ¿qué pasaría? ¿Qué voy a explicar a la niña cuando crezca? Es todo demasiado complicado.

El sonido de mi móvil me saca de mis pensamientos. Es un mensaje.

«LEO: Bdiás, preciosa. Dime el horario de las clases de preparación al parto. Quiero organizarme para ir contigo como le dije a tu padre. Pasa un buen día. Bsos».

Ainss, qué complicado es todo. Me muero por dejarle entrar en mi vida, pero sé que si lo hago estaré cometiendo un grandísimo error.

Necesito hablar con Sol. Tiene que estar a punto de llegar. Me levanto para prepararle café e intentar que me escuche antes de acostarse. Espero que su noche de guardia haya sido poco ajetreada porque necesito su opinión.

Cuando llega estoy esperándola con un humeante café cargado y unas tostadas recién hechas. Le pongo al día de lo ocurrido ayer y le cuento todas mis dudas.

—Sí que es complicado, Dani. Pero ya huiste una vez de él y te arrepientes de hacerlo. No lo hagas de nuevo. Si luego no sale bien por lo menos lo has intentado. Sal de dudas. No puede saber si va a ser un error o no si no lo cometes.

—Ya, Sol, pero ahora tengo que pensar en ella. No en mí. Realmente, ¿merece la pena liarla de esta manera?

—¿Merece la pena ser feliz? A ver... Piensa que hasta que la niña sea consciente de todo habrá pasado tiempo. Inténtalo. Déjale cuidaros. Si la cosa sale bien, ya decidirás qué decirle. No es su padre, pero eso no significa que no pueda quererla como si lo fuera. Tienes que vivir la vida. Disfruta, eres joven. Porque vayas a ser madre no significa que tengas que dejar de sentir ni que tengas que renunciar a nada. Sé que le quieres, permítete hacerlo. Olvídate de lo de Arturo, olvida todas las inseguridades que ese inútil metió en tu cabeza. Busca la felicidad. Tienes todo el derecho. Todas tenemos derecho.

Paso la mañana colocando cosas en mi nueva casa mientras el consejo de Sol retumba en mi cabeza. Preparo también la maleta para el hospital, me falta alguna cosa, pero aún tengo tiempo, a partir del lunes tengo que empezar a ir a monitores y también, a las clases de preparación al parto. Estamos en la recta final.

Ya le he enviado a Leo un mensaje con el lugar y la hora. Le he dicho que nos veremos allí si quiere, no pude evitar añadir que no era necesario si tenía otras cosas que hacer, y que no se preocupara. Una última puerta de escape, ya que me cuesta seguir el consejo de Sol.

Por la tarde estamos tiradas en el sofá viendo una película aprovechando la tarde libre de Sol cuando me llama Edu al móvil. Cojo el teléfono y saludo.

—Buenas, tito Edu —digo en broma. Con él me resulta muy fácil ser yo misma.

—Hola, Dani. ¿Estás ocupada? —Parece serio. Es raro porque siempre suele ser muy alegre.

—¿Ha pasado algo? —pregunto nerviosa.

—Sí, pero no te preocupes. —Hace una pausa y yo me desespero ¿Qué habrá pasado?

Sol, observa mi reacción y para la película. Me mira atenta intentando descifrar que ha hecho que me muestre tan alterada.

—Mira te llamo porque hoy están todos aquí, en mi casa. Tenemos la inauguración de un trabajo mañana por la noche, y Ángel y mi madre han venido para asistir. El tema es que Leo ha estado hablando con Ángel, y han vuelto a discutir. Han empezado a gritarse y al final mi madre se ha enterado de todo. Quiere verte Dani, y está siendo muy insistente. ¿Te importa si la llevo a tu casa? O, si prefieres, ¿quedamos en algún sitio?

«¿Su madre?».

Me ha dejado helada. No sé si estoy preparada para darle explicaciones...

«¿Qué va a pensar de mí?».

Ante mi silencio, Eduardo continúa hablando.

—No te preocupes Dani, de verdad. Quiere verte porque está feliz por ser abuela. No creo que se meta mucho en lo que hagamos el resto. Ha quedado claro con la discusión que hemos tenido que la niña es una Cano y como tal, vamos a estar ahí por ella, aunque Ángel no esté de acuerdo.

Me han hablado tanto de África que tengo curiosidad. Las palabras de Eduardo me tranquilizan y le digo que vengan a mi casa. Así podrá ver la habitación que entre sus hijos han preparado a la pequeña. Va a sentirse muy orgullosa.

Ya no puedo continuar viendo la película, no paro quieta porque estoy nerviosísima. Finalmente desistimos y Sol me ayuda a prepararme un discurso para la abuela dejando claro que no les necesito que soy autosuficiente, pero que son la familia de la niña y pienso tenerles en cuenta. Aunque he de dejarle claro que la niña es mía y yo soy la que decide. Tengo que pensar en su protección. Me estoy arriesgando mucho ya que no los conozco y no sé qué esperar.

Me he arreglado intentando no parecer tan embarazada, pero a estas alturas es inevitable. Doy vueltas en casa recogiendo aquí y allá hasta que llega la hora acordada y puntual suena el telefonillo. A la par llega un mensaje a mi móvil.

«EDU: Sube sola. Creo que es lo mejor. Tranquila y suerte. Seguro que le encantas. Bsos».

Cuando abro solo está África como me decía Edu. Educadamente, la invito a pasar. Es una mujer muy guapa y elegante. Debe de tener apenas unos cincuenta años. Me sorprende lo joven

que es, no la había imaginado así. Cuando analizo su rostro no puedo evitar sonreír, está clarísimo de quién han sacado sus ojos los gemelos.

—¿Quiere tomar algo? —consigo decir.

Sonríe. Parece encantadora

—Algún refresco, si tienes, gracias. ¿Cuándo sales de cuentas?

—Siéntese —la invito mientras voy a la cocina. Y desde allí respondo—. Para finales de octubre. Ya solo me queda el tramo final y estoy deseando tenerla en mis brazos, aunque como es normal me siento un poco asustada.

Dejo los refrescos en la mesita del centro y tomo asiento frente a ella en el sofá. Noto como me observa y me siento un poco intimidada, tiene esa mirada que en Ángel es fría y en Leo cálida, pero en su caso no sé distinguir. Parece una mirada de alguien que ha tenido que sufrir mucho, alguien fuerte, sabia... No sé por qué me siento segura y poco a poco mis nervios se diluyen.

—Todos mis hijos se han adelantado. Nacieron un par de semanas antes y fue una bendición, porque cuando ya estaba harta llegaban.

—Cuatro hijos. Fue una valiente —le aseguro.

—Tutéame, cariño. Ángel mi marido quería una morenita, pero no pudo ser. —Suspira recordándole, debieron de quererse mucho—. Tu pequeña le habría hecho muy feliz.

Tras charlar un rato y escuchar retazos de su vida, que por alguna razón me parecen cercanos, me pide que le hable de mí. Las palabras salen fácilmente, le cuento la mía, tal y como se la conté en su día a sus hijos, pero esta vez, cuando hablo de mi madre, de mis abuelos, noto como me emociono. Viéndola a ella tan feliz por el nacimiento de su nieta, no puedo evitar pensar: «¿Y si... mi madre estuviera aquí? ¿Si pudiera verla?».

África nota el cambio sutil que han tenido mis palabras y cómo se acumulan las lágrimas en mis ojos que intento contener.

—Enséñame la habitación, por favor —me pide cambiando de tema.

No sabe cuánto se lo agradezco, ¿o sí? De cualquier modo, me levanto recompuesta y con otra emoción en mis ojos, la de enseñarle algo tan bonito que sé que va hacerla sentir tremendamente orgullosa.

Le enseño la habitación que han preparado sus hijos. No me defrauda. En sus ojos se ve el orgullo y ahora es ella la que contiene las lágrimas. Menudas dos estamos hechas.

—Han sido maravillosos. Se están portando muy bien conmigo —insisto mientras nos volvemos a sentar.

Me da confianza y no sé cómo me encuentro hablando de aquella noche, de la tontería que cometí y de la verdadera razón por la que los busqué. Le dejo claro que no soy una persona que se deje llevar y que estoy segura de la paternidad de Ángel porque no he estado con nadie más. Le digo que respeto su decisión al respecto, le cuento la opinión de mi padre sobre lo que hizo mi madre y cómo me han tratado Eduardo y Leo, a qué me dedico y las ideas que tengo para cuidar de la niña una vez nazca.

Me resulta muy fácil contarle todo y desahogarme. Ella me escucha atentamente.

—Eduardo me ha ayudado muchísimo con esta casa. Se ha preocupado porque no nos falte de nada y esté todo listo a tiempo. Va a ser un tío estupendo... Y Leo..., y Leo... —No consigo encontrar las palabras para definir a Leo

—Leo... sería un padre maravilloso, ¿verdad? —me sorprende África mientras posa su mano en la mía. Ha dicho lo que yo pienso y no me atrevo a decir. Asiento y una lágrima recorre mi mejilla. «Por qué la vida tiene que ser tan complicada», pienso.

—Leo se parece muchísimo a mi marido, Ángel. Tiene el mismo sentido de la responsabilidad. Es muy noble. Adora a la familia y lo daría todo por nosotros —explica África—. Hoy han discutido. Son muy distintos, aunque físicamente sean iguales. Cuando he llegado, asustada por los gritos y los golpes, Leo le echaba en cara a Ángel que esa noche se aprovechara de ti. Le decía que no hacía falta que se ocupara de nada, que él iba a responsabilizarse de todo, que tú habías pasado la noche con Ángel pensando que era él, y que, si se habían cambiado durante su juventud su identidad para hacer exámenes y otras cosas, no tenía nada de malo que trataran ese momento de igual manera. Tiene decidido ejercer de padre, siente que es el padre de tu niña. ¿Lo entiendes? Ángel es muy desconfiado y piensa que quieres aprovecharte de él. —Voy a interrumpirla, pero me detiene—. Sé que no. Sabemos que no. Estoy segura de que Ángel se dará cuenta con el tiempo, cuando te dé una oportunidad y te conozca. No es la primera vez que le pasa algo así, aunque la vez anterior fue una mentira y sufrió mucho. Creo que es la razón por la que ha reaccionado de este modo ahora.

Ambas nos quedamos unos minutos en silencio, sumidas en nuestros propios pensamientos.

—¿Vas a dejarnos estar en tu vida? ¿Compartir con nosotros este milagro? —me pregunta al fin.

—Sí —contesto sin dudar—, pero la niña es mía —aclaro con firmeza—. La registraré a mi nombre, aunque dejaré que estéis presentes en su vida, que os conozca como su familia paterna.

Asiente conforme. Ha sido madre y entiende mi postura.

Pasamos la tarde hablando. Me encanta escuchar historias de su marido. Debió de ser una persona muy especial y me hubiera gustado muchísimo poder conocerle.

Capítulo 14

*E*l sábado Juanjo me llama para vernos e ir al cine. Pero mi vida es demasiado complicada para eso ahora y luego lo será más. Quedo con él para comer el lunes cuando salga de monitorización antes de las clases de preparación al parto

Cuando cuelgo veo que tengo un mensaje de África. Me envía una foto de sus cuatro hijos juntos en la inauguración. Son cuatro hombres muy guapos. Amplio la imagen y comparo a los gemelos, viéndolos juntos sí se aprecian las diferencias entre ambos, los dos son altos y morenos, pero Ángel es un poco más corpulento, su piel se ve más curtida, además, lleva el pelo bastante más corto que Leo. Van vestidos de forma elegante, pero se nota que no se sienten cómodos con ella. Edu, por el contrario, tiene un porte más refinado como si hubiera nacido para llevar un traje de tres piezas, que además le queda como un guante. Más alto y delgado que ellos, llama la atención entre los cuatro, su piel es de un tono más claro al igual que su pelo castaño y en su caso cortado a la moda. Juan, el pequeño, el que aún no conozco, es una versión joven de Ángel y Leo, tiene el pelo negro como ellos, pero mucho más corto, casi rapado. Lleva, además unas gafas de montura negra que le hacen parecer un cerebritito. Es el único que no va vestido de traje, parece más bien que regresa de haber estado en la biblioteca y se los ha encontrado antes de salir a la fiesta.

Puedo imaginar cómo África les ha convencido a todos para posar para la fotografía. Son una familia preciosa, y me alegra haberles conocido.

Respondo con varias caritas con corazones en los ojos ya que no sé muy bien qué decirle. Lo que sí hago es enviarle la imagen de la última ecografía. Sé que le va a gustar.

Me responde con el mismo emoticono que había utilizado yo y a continuación, me pide que elija un color porque quiere tejerle un conjunto a la pequeña.

No recibo más mensaje o llamadas, lo que queda de fin de semana me dedico a organizar cosas. Tengo tanto trabajo que hacer aún en casa...

En la monitorización del lunes no hay actividad extraña, aún no hay señales de inicio del parto, lo que es normal, ya que acabo de empezar la semana treinta y seis. La enfermera me dice que para adelantar mucho sexo y mucho andar.

«Tendré que matarme a andar porque lo otro está complicado».

Ya está comenzando a refrescar, el otoño ha llegado y el abrigo no sobra. Como apenas me lo puedo cerrar he tomado prestado un largo fular de Sol para disimularlo. Camino despacio mientras lo ajusto en mi cuello y me dirijo al restaurante dónde he quedado con Juanjo.

No nos vemos desde la noche en la que tuve esta tonta caída. ¿Quizás pudo hacerse una idea equivocada de nuestra relación ese día? No creo, pero, no obstante, voy dispuesta a aclarar la situación con él, si noto alguna duda por su parte.

No sé si con Leo llegaré a algo, pero lo que sí tengo claro es que considero a Juanjo un buen amigo y no me gustaría perderle.

—Hola, Dani —me saluda en la puerta del restaurante. Abre la puerta y me anima a pasar mientras apoya su mano en mi cintura. Me dejo guiar por él hasta nuestra mesa.

Mientras comemos charlamos; como siempre la conversación con él es amena. Me cuenta cotilleos del hospital, me habla de algunos pacientes crónicos que tenemos y me dice que echan de menos mi alegría por allí. Los compañeros me envían recuerdos. Al escucharle me entra un poquito de nostalgia, pero la peque se mueve y enseguida se me olvida. Yo ahora tengo otra cosa en qué pensar.

En algún momento de nuestra conversación apoya su mano sobre la mía, me pongo rígida, tengo que frenar esto sin hacerle daño.

—Mira, Juanjo —le digo mientras retiro suavemente mi mano de su agarre—. Tengo que ser sincera contigo, te considero un gran amigo y no quiero que tengas unas expectativas equivocadas con respecto a... —He mantenido la mirada en mi plato mientras hablo, me resulta muy difícil decirle esto. Pero cuando le miro a los ojos, le veo sonreír. Arqueó una ceja intrigada.

—He metido la pata, ¿verdad? —Noto que estoy poniéndome un poco colorada.

—Dani, no te preocupes. Tengo claro desde hace mucho que somos amigos y que es muy difícil que lleguemos a algo más. La verdad es que me gusta ser tu amigo. —Vuelve a sonreír. Y yo le devuelvo la sonrisa—. Además, estoy empezando a ver a alguien. No sé si llegaremos a algo, pero por el momento estoy dejándome llevar.

—Me alegro muchísimo. Te mereces ser feliz. ¿Y se puede saber quién es ella? —pregunto curiosa.

—Te lo diré si funciona. Por el momento prefiero mantenerlo en secreto.

—Entonces, eso significa que la conozco ¿verdad? —Hago un movimiento cómplice con las cejas que nos hace reír.

—Podría ser. —Es la única y misteriosa respuesta que obtengo de él.

Tiene un descanso largo así que me acompaña dando un paseo al lugar donde se imparte el curso, en la puerta ya está esperando Leo cuando llegamos.

—Hola —saludo.

—Hola —responde fríamente mientras repasa a Juanjo con la mirada.

—Él es Juanjo, un compañero del hospital —Empiezo a hacer las presentaciones. Pero Leo se adelanta.

—Encantado. Yo soy Leo, el padre de la niña. —Me siento como si me hubiera meado encima marcando su territorio.

«¿Por qué tiene que hacer eso?».

Juanjo me mira interrogante, imagino que no entiende la reacción de Leo, le abrazo al despedirme y le susurro que esté tranquilo. Se aleja diciéndome que me llamará. Sonrío al verle marchar. No sé con quién está, pero me encantaría que saliera bien, es un buen hombre, estoy segura de ello. De pronto recuerdo lo que acaba de hacer Leo, así que cambio mi expresión soñadora y le miro muy seria.

—A ver... ¿qué bicho te ha picado? ¿Por qué tenías que hacer eso otra vez? —le increpo.

—¿Quién es? —sisea enfadado, aunque no tiene derecho a ello.

—Ya te lo he dicho. Es Juanjo. Es médico de urgencias en el hospital donde trabajo. Somos amigos.

—¿Solo amigos? Él estaba el otro día también en tu casa.

—Mira, Leo... Yo tengo mi vida. Es solo un amigo, pero si fuera algo más, sería MI problema, ¿entiendes? Además, yo no te pregunto con quién éstas cuando te duchas, ¿verdad? —le suelto,

pese a que no quería hacerlo porque ya no aguanto más.

Creía que era un problema ya zanjado en mi mente, pero se ve que seguía allí latente esperando a encontrar el momento de salir y hacerme quedar mal.

Me mira extrañado.

—¿A qué te refieres?

—A la chica que me cogió el teléfono el otro día mientras estabas en la ducha. Esa que muy diligente quiso cogerme el recado. —No puedo ocultar más que me sentó fatal, aunque sé que es demasiado obvio que estoy celosa.

—¿Por eso te enfadaste? No sabía qué te había pasado para que no quisieras hablar conmigo. — Parece divertirme mi reacción—. No me dijo nada. No sabía que hubieras llamado en ese momento.

—Pues sí. Llame en «ese» momento. Mira, soy consciente de que tú tienes tu vida, obviamente, sexualmente activa. Pero tienes que respetar si yo quiero tener la mía. Voy a permitir que estés en nuestra vida. Pero ha sido tu decisión. Nadie te está obligando ni atando. No puedes esperar que yo deje de... —No encuentro la palabra— sentir —termino diciendo al final erróneamente. Los celos me pueden y he subido la voz.

«¿Sentir? ¿De verdad he dicho eso? ¿no había una palabra que demostrara más claramente mis celos?».

—No fue nadie —me dice mientras se acerca a mí y me coloca un mechón de pelo que no está en su sitio. Me pierdo en la profundidad de sus ojos azules que parecen más oscuros que nunca. La arruguita en su frente se ha disimulado, ya no parece tan enfadado—. Solo un vano intento de huir de mis sentimientos, Daniela. Fue un error que no voy a volver a cometer. Te lo prometo.

—No tienes que prometerme nada. Si quieres darte un homenaje, hazlo. Seguro que no te faltan candidatas. —Decido terminar la conversación entrando en el edificio. Ya me he expuesto suficiente—. Vamos a llegar tarde.

El primer día es un poco aburrido. Todos nos presentamos y nos explican en qué va a consistir y qué temas se van a tratar cada día. Observo a las parejas, todos padres primerizos que parecen muy enamorados y emocionados por la llegada de sus bebés. No puedo soportar tanta mermelada y me siento con una chica que ha venido con una amiga. Leo me sigue.

Al salir quiere llevarme a casa. Ha traído el coche, pero me niego porque tengo que andar. Le digo que en monitores me han dicho que, para adelantar, mucho andar. Omito la otra parte, ya que no creo que sea importante. No parece muy conforme, pero al final cede. Soy consciente de que no se lo estoy poniendo fácil.

Cuando llego a casa estoy cansada. Me deshago del abrigo, del fular y de los zapatos, que me están matando. Sobre la mesa del comedor hay un paquete. Ha debido recogerlo Sol antes de irse a trabajar, está a mi nombre, debe ser el regalo de las chicas. Creo que voy a estrenarlo a ver si mi libido se normaliza y dejo de estar tan irascible. Preparo una cita perfecta con mi amigo con batería de litio. Un baño relajante, música suave, velas y la batería cargada.

Me sumerjo en el agua tibia de la bañera, cierro los ojos e intento poner en marcha mi imaginación. Pienso en un torso tonificado y moreno, unos abdominales marcados, esa uve que indica el camino a un miembro duro y erecto que promete hacerme disfrutar. Un tiburón tatuado en la cadera. *Sexy*. Sus manos que me acarician. Me toco simulando que es él. Imagino sus ojos

azules mirándome con deseo. Paso el vibrador por mi clítoris. Imagino que lo hago para él, que Leo observa cada uno de mis movimientos, excitado, mientras se acaricia preparándose para mí. Introduzco la punta del vibrador en mi interior lentamente, la suave vibración del aparato reverbera poniéndome a mil. Sé que me observa disfrutar, sé que se muere por penetrarme. Y yo quiero que lo haga, pero hoy solo le toca mirar cómo lo hago yo. Cómo me doy placer pensando en él. Imagino su boca cerca de mis pezones excitados, casi me duelen de lo duros que se han puesto al pensar en su proximidad. Le siento tan cerca que si quisiera solo alargando la lengua los podría acariciar lentamente, casi soy capaz de percibir su aliento sobre ellos. Estoy preparada para él. Introduzco el aparato pensando que son sus dedos acariciándome, lo muevo, aumento la velocidad simulando sus embestidas. Tengo el clítoris hinchado, lo noto al acariciarlo con mi otra mano. Percibo como mi respiración se acelera, cómo se forma una tormenta de placer en mi interior que pronto va a estallar. Estoy a punto, arqueo mi cuerpo... estiro mis piernas...y tenso mis pies.

«¡Dios, sí! ... ¡Sííí!».

«¡Joder! Yo sola he conseguido alcanzar un orgasmo de la leche.»

Me siento relajada, no sé cuánto tiempo ha pasado, pero ha debido de ser un rato porque el agua ha comenzado a enfriarse, hacía mucho que no me dejaba llevar así. Me parece que mi amigo y yo vamos a repetir más veces. ¡Menudo invento!

Mañana cuando tenga que pasar la tarde con Leo, seguro que estoy más tranquila. Tengo que reconocer que me sigue atrayendo como el primer día.

Cuando salgo de baño calmada veo que tengo un mensaje en el móvil.

«LEO: Siento haber reaccionado así esta tarde. No quiero ser el padre de la niña, quiero ser la persona que te ayude a relajarte al final del día. Cuando te he visto con él me he puesto celoso. Cuídate. Mañana nos vemos».

«Si el supiera lo que me ha ayudado a relajarme», pienso sonriendo y me voy a la cama en calma. Esa noche descanso como un bebé.

Capítulo 15

*P*or la mañana salgo de compras con Sol y ambas nos volvemos locas escogiendo ropa para la enana; no voy a tener días para ponerle tantos modelitos, pero no podemos resistirnos ¡Es tan bonita la ropa de bebé! Después de comer con Eva y Marta, regresamos a casa a cambiarnos y dejar las compras.

Cuando llego a las clases de preparación al parto, Leo ya está esperando en la puerta, como ayer. Está distraído mirando su móvil, lo que me permite observarle con tranquilidad. Sigue llamando mi atención como el primer día, hoy con un pantalón oscuro y camisa blanca, pero da igual que se ponga, tiene un algo, que no es su ropa, su aspecto o su olor, es algo más profundo que me atrae como un imán.

Al entrar la profesora nos indica que no sentemos descalzos y nos pongamos cómodos ya que la clase de hoy va a ser principalmente teórica. Observo el aula buscando una zona libre lo suficientemente cómoda para poder apoyar la espalda. Con la mañana de compras que llevo estoy muerta y mi cuerpo necesita un descanso.

Notó como Leo me guía a una esquina en la que ha colocado varios cojines y me ayuda a sentarme sobre ellos y descalzarme, me dejo llevar. Tan cansada como me siento, sus atenciones son una tentación tan grande que no puedo resistirme. Me gusta cómo se ocupa de mí, la sensación de tener a alguien protegiéndonos a ambas.

Mientras escuchamos a la profesora hablar del proceso del parto, Leo de forma despreocupada, comienza a darme un agradable masaje en los pies, los tengo hinchados de estar todo el día de pie. No es la primera vez que lo hace, parece que le relaja hacerlo al igual que a mí que lo haga, me permito cerrar los ojos y disfrutar de su cercanía y su contacto, las palabras de la profesora pasan a ser un bla, bla, bla de fondo en mi mente, que da más importancia a mi respiración, las caricias de Leo y su aroma. Creo que no he llegado a dormirme, aunque cuando la profesora enciende las luces de nuevo dando por finalizada la clase, me siento atontada, mis ojos tardan unos segundos en acomodarse a la luz y al hacerlo puedo ver a Leo observarme mientras se calza sus zapatos.

—¿Cansada? —me dice con una sonrisa.

Yo asiento mientras intento buscar mis zapatillas y ponérmelas. Al igual que hizo al llegar, se ocupa de ayudarme a calzarme y a levantarme del mullido nido que me ha fabricado. Mis músculos y mis pies se resienten al encontrarse de nuevo levantada. Me siento agotada.

Una vez en la calle me propone acercarme a casa, lo que es una gran tentación, pero lo rechazo porque tengo que andar, no es lo mismo hacerlo de tiendas que pasear por la calle, y el aire fresco me vendrá bien.

—¿Estás segura? Hoy pareces muy cansada

—Sí, no te preocupes, es un corto paseo y necesito despejarme. La clase ha sido... intensa.

—Bien, pero lleva cuidado ¿ok? —Me mira fijamente mientras me acaricia la mejilla con la mano. Yo solo atino a asentir como una tonta. Si me volviera a preguntar ahora, me iría con él al

fin del mundo, ya que de nuevo me he perdido en la profundidad de sus ojos.

Tardo unos minutos en reaccionar, pero finalmente lo hago y tras un escueto hasta mañana salgo disparada de allí. Su cercanía me bloquea y... por tercera o cuarta vez, creo, he vuelto a huir.

Ya en casa, agotada, me pongo cómoda y ceno algo ligero, tengo que tomármelo con más calma mañana.

Después de una larga noche de descanso reparador, me levanto muy activa y me dedico a poner lavadoras y preparar el armario de la niña. Ya tengo todo lo necesario para su llegada. Me encanta sentarme en su habitación y pensar.

La clase de hoy es más práctica, nos enseñan posturas para soportar las contracciones del parto, cómo tenemos que respirar y cómo empujar. Nuestras parejas tienen que participar ayudándonos, pensaba que me iba a resultar incómodo hacerlo con Leo, pero nos compenetramos muy bien. La verdad es que disfruto mucho y nos reímos de las caras que pongo. Si alguien nos viera no pensaría que no somos pareja.

Al acabar no me pregunta si me acerca a casa, no ha traído el coche. Viene preparado para acompañarme en mi paseo de regreso, así que no puedo evitarlo y decido dejarle hacerlo.

Está relajado y ya no se muestra irritado. Me cuenta que su madre no para de tejer porque quiere hacer varias cosas a la niña, dice que está muy ilusionada y que Ángel está más tranquilo. Ha decidido que no puede luchar contra todos ellos y lo soporta.

Al pasar por la pastelería se me van los ojos detrás de unas trufas que hay en el escaparate, como me ha pasado todas las tardes. Le falta un minuto para entrar y comprarme una. No sé en qué momento me coge la mano, me gusta pasear así con él, creo que podría acostumbrarme, es tan atento y cariñoso.

«¿Me estaré volviendo a equivocar?».

Mi historia con Arturo me hace dudar, son muy distintos, pero con él me confundí tanto... Se me escapa un suspiro al que Leo responde apretándome la mano, me mira con ternura y me regala una sonrisa.

Cuando llegamos a mi portal, se despide de mi hasta el día siguiente dándome un suave beso en la frente y se va, creo que me quedo parada unos minutos hasta que mis pies reaccionan y me llevan al interior. Me he quedado con ganas de más.

Más tarde me llega un mensaje suyo.

«LEO: Me ha encantado pasear contigo. Déjame invitarte a cenar mañana, por favor».

Yo estoy con las manos pringadas de huevo y es Sol la que lo lee y responde. Por supuesto diciéndole que sí.

Estoy tan confundida, quiero dejarme llevar, pero me da miedo, es tan perfecto y yo...

«¿Qué tengo que ofrecer? ¿Cómo puede ser así? ¿Cómo puede querer cargar con las dos?».

El jueves al terminar las clases me lleva a cenar a un italiano que conoce y que no está lejos de mi casa. Parece que ha ido varias veces allí porque habla un rato con el dueño nos tratan muy bien, nos preparan una mesa retirada en la que podemos charlar tranquilamente.

—Pensaba que me ibas a decir que no —confiesa—. Me ha sorprendido tu respuesta.

—Si te soy sincera no te respondí yo. Lo hizo Sol.

—Entonces le enviaré mañana bombones para agradecérselo. ¿Por qué huyes de mí siempre, Daniela?

—Siento que conectamos. Siento que nuestra historia puede funcionar... Pero lo mismo sentía con Arturo. Tengo miedo de volver a confundirme. Ahora no puedo cometer errores. No puedo pensar solo en mí.

—Dame una oportunidad para demostrarte que soy distinto, Daniela —me suplica mientras alarga su brazo buscando mi mano—. Entiendo que quieras ser prudente. Yo también siento que conectamos, que puede funcionar. Iremos todo lo despacio que necesites, pero no huyas otra vez, por favor. —Siento una ligera caricia en el dorso de la mano.

Una descarga recorre mi columna. Su contacto..., mi cuerpo siempre reacciona así a él. Saltan chispas. El camarero llega con los platos que hemos pedido, Leo me suelta la mano y ayuda a hacer sitio en la mesa para ponerlos. La interrupción me ayuda a enfriarme un poco y sobre todo a centrarme.

Decido sacar un tema neutro así que le hablo de la decoración de mi casa nueva. Le comento que odio elegir lámparas y que, seguramente, aunque no pegan nada, deje las de Juana por pereza. No se puede creer que sea capaz de algo así, por lo que se ofrece a ayudarme.

Ya en los postres, no puedo evitarlo más. Hay una pregunta que lleva rondando toda la cena por mi mente.

—No te entiendo, Leo. Seguro que puedes estar con quién desees. ¿Por qué conmigo?

—Eres tú desde esa noche —responde. No parece tener que pensar, y lo hace de forma casi inmediata, como si la respuesta fuera tan obvia para él como debería serlo para mí—. No pude dejar de pensar en ti Daniela. Cuando te vi de nuevo volví a sentir lo mismo que la primera vez. Algo me dice que tienes que ser tú.

—Pero ahora ya no soy solo yo... Ahora somos nosotras. Es demasiada responsabilidad.

—Me da igual. Aunque el bebé que llevas dentro no tuviera nada que ver con mi familia o esa noche. Ahora sé que sentiría lo mismo. Lo he pensado mucho y estoy seguro de ello. No me importa. Tengo treinta y tres años, muchos hombres de mi edad ya son padres. Sé que estoy preparado.

—Eso son palabras mayores, Leo. Esto no es un juego. No puedes entrar en nuestra vida y luego marcharte. Criar un bebé es complicado. Puede que no funcione.

—No lo sabremos si no lo intentamos, ¿no? Si no funciona lo resolveremos.

Terminamos de cenar y volvemos dando un paseo. Me gusta sentir su mano cogiendo la mía. Hace frío y está caliente.

En la puerta del portal le invito a subir, duda unos segundos, pero al final acepta. Creo que Sol también salía esta noche. Efectivamente, la casa está vacía.

—Me voy a poner cómoda. No aguanto más esta ropa y estos zapatos. Coge lo que quieras de la nevera. Siéntete como si estuvieras en tu casa —grito mientras desaparezco hacia mi habitación.

Mientras me desnudo recibo un mensaje, es su madre y quiere que comamos juntas mañana. Acepto.

Tras cambiarme, regreso al salón, él ha tomado asiento en el sofá y tiene una botellita de agua fría en la mano, me siento junto a él, me tiende la botella y no dudo en tomar un trago y devolvérsela.

—El restaurante estaba muy bien. No lo conocía —comento—. Parece que has ido muchas veces.

—No tantas. —Sabe que es lo que realmente quiero saber, pero me hace sufrir un poco—. Solo las suficientes para que me conozcan.

—¿Llevas allí a tus citas? —Sonríe. Es muy obvio que ese pensamiento me altera.

—¿Celosa?

—La verdad es que nunca lo he sido. Hasta ahora. —Pongo los ojos en blanco.

—Mira Daniela, no te voy a engañar, no he sido un santo. Por mi vida han pasado muchas mujeres. Pero no suelo llevarlas a cenar ni paseaba con ellas de la mano. Nunca he necesitado eso hasta ahora. En el restaurante me conocen porque nos encargamos de la reforma. Fueron nuestros segundos clientes en Madrid. Son vecinos de mi amigo Sergio, les gustó nuestro trabajo con su casa y nos contrataron —explica—. No había ido nunca a cenar, pero tenía ganas de hacerlo.

No puedo evitar bostezar, estoy cansadísima, he vuelto a esa fase en la que me falta energía al final del día. Sol tiene la teoría de que es por lo poco que me va a dejar dormir la pequeña, para que vaya haciendo acopio de las horas de sueño que luego voy a necesitar.

—Venga, a la cama —dice—. Estás hecha polvo.

Me dejo guiar, me ayuda a tumbarme y me masajea los pies mientras el sueño puede conmigo. Noto que se levanta para irse, pero le agarro la mano y le pido que se quede. Me ha gustado mucho su compañía y no quiero que se acabe, me siento especial y segura a su lado.

Lo hace, me acurruco contra su pecho y duermo plácidamente, creo que nunca me he sentido tan protegida.

El sol de la mañana entra por la ventana.

«¿Ayer no bajé la persiana?».

Me desperezo. Estoy desorientada. Siento un cuerpo fuerte y cálido que me rodea.

«¿Qué paso anoche?».

Lentamente me incorporo, observo a Leo dormido a mi lado con el torso desnudo, siento el impulso de acariciarlo, aunque finalmente decido levantarme para evitar hacerlo. Es temprano y él tendrá que ir a trabajar. Recuerdo que le pedí que se quedara, pero no pensé que lo haría hasta por la mañana. Empiezo a prepararle el desayuno.

Pensaba que Sol vendría a dormir. Pero no ha llegado aún.

«¿Dónde estará? Bueno, ya me contará luego».

Leo aparece en la cocina atraído por el olor del café recién hecho, llevando solo unos calzoncillos muy sexys. Ha debido dormir así.

«¡Qué desperdicio! Qué pena no haberle pillado sin este barrigón».

El tiburón se asoma por encima de la goma de sus slips de Calvin Klein, está muy muy atractivo. Noto como me sube la temperatura, me acaloro, mi respiración se acelera... —¡Malditas hormonas!—, y se me escurre el cartón de leche que tengo en la mano derramándose por el suelo.

—¡Tú te crees que puedes llegar así! —grito nerviosa—. ¡Que no soy de piedra! No juegues con las hormonas de una embarazada ¿Te parece bonito? —Me abanico con la servilleta.

Él se ríe. El muy capullo sabe qué efecto tiene sobre las mujeres.

—Y tú, ¿crees que no tienes ningún efecto sobre mí? —me dice acercándose a mí—. Esa camiseta ajustada está volviéndome loco desde ayer

«¡Ya! Claro, ¿qué atracción puede suponer una gorda embarazada como yo?».

Pongo los ojos en blanco haciéndole ver que no le creo y me vuelvo para buscar el paño para limpiar el desastre que ha provocado.

Me agarra desde atrás, me besa el cuello.

—¿Sigues sin creerme? —me susurra al oído mientras se aprieta contra mí para que note lo duro que está.

«¡Coño! Pues va a ser verdad», pienso.

Me deja temblando, mucho más acalorada, y riendo dice que se va a la ducha. Yo también

necesito una ducha fría. ¡Madre de mi vida!

Conseguimos vestirnos si caer en tentaciones. Leo llega tarde a una reunión y hoy voy a comer con su madre y quiero pasar antes por la peluquería. ¿A saber cuándo podré volver?

A la comida, África viene acompañada por Edu. Me alegra verle, ya que desde hace tiempo no tengo oportunidad de hablar con él. África me entrega con ilusión un jersey precioso y unas polainas que ha hecho a mano para la niña.

—Voy a meterlas en la maleta y se lo pondré para sacarla del hospital —digo, dándole un beso en la mejilla—. Es precioso. Muchas gracias.

—Y..., ¿has decidido ya el nombre? —pregunta Edu

— ¡Qué va! Tengo varios pensados, pero creo que hasta que no la tenga en mis brazos no lo decidiré. Mientras se llama Enana. —Reímos.

La comida es muy agradable. Tengo un hambre voraz y doy buena cuenta de ella. África comenta que tengo un apetito terrible, pero que me estoy conservando muy bien.

—Tienes un embarazo de los que yo llamo de «garbanzo» —explica—. Ojalá los míos hubieran sido así.

—¿De garbanzo? —pregunto encantada. La verdad es que he cogido muy poco peso y si no fuera por la barriga no parecería que estoy embarazada.

—Los embarazos de garbanzo son los que no cambian apenas la figura de la madre. Tienes un garbancito en la barriga que crece al tamaño de una naranja y luego cuando nace todo a su sitio. Los míos, hija, no fueron así.

Me río.

—Qué ocurrencias tienes, mamá —dice Edu—. Con lo guapa que eres..., no has perdido nada con los años.

—Zalamero —responde su madre.

Ya estamos con los cafés cuando aparece Leo. Se ha cambiado, pero como siempre esta guapísimo. Lleva un jersey azul que realza el color de sus ojos. Después de besar y saludar a su madre, nos sorprende dándome un beso en la mejilla y sentándose a mi lado.

—¿Cómo has pasado la mañana, preciosa?

África y Edu se miran. Creo que tanta familiaridad les asombra, casi tanto como a mí. Pero hemos dormido juntos ¿Qué esperaba? Esa complicidad ha sido muy grata. Así que decido que no me voy a quejar.

—He traído algunas lámparas para que elijas. Si quieres luego te las dejo montadas. —Leo, al ver la ceja arqueada de su hermano. Les aclara que ayer le comenté que lo que más odiaba era elegir las lámparas de techo, por eso en casa tenía aún las lámparas de Juana, que no pegaban nada con mi moderna decoración—. Así, que me ofrecí a traer algunos modelos que creo que pueden ir bien para que elija el que más le gusta. —Edu, asiente divertido. Pienso que le sorprende ver a su hermano jugando a las casitas.

Los chicos van a pagar y nosotras aprovechamos para ir al aseo. África me comenta que se vuelve a Murcia, pero que cuando se acerque la fecha del parto le gustaría estar en Madrid si yo se lo permito, es una mujer maravillosa, hasta el momento no se ha metido en ninguna de mis decisiones y todo le parece bien, así que por supuesto me agradaría que estuviera para el nacimiento de la niña. No puedo evitar darle un cariñoso abrazo.

—Te veo muy bien con Leo —comenta—. ¿Vais a intentarlo?

—No lo sé, África. Creo que me estoy dejando llevar a ver dónde llegamos. Tienes unos hijos fantásticos, pero él... él es especial. Es tan atento y cariñoso conmigo —me sincero.

—Nunca lo había visto así, hija —suspira—. Espero de corazón que vaya todo bien, me encantaría tenerte de nuera.

Volvemos a abrazarnos. Cierto es que tener una suegra como ella sería un lujo.

La última clase es divertida. Ya todos hemos cogido confianza y nos reímos y bromeamos de cómo los futuros papás cambian los pañales a los muñecos sin romperles el cuello. Algunos van a tomar algo, pero llevo todo el día fuera y le pido a Leo que me lleve a casa. Viajamos en su coche porque vamos a ver las lámparas que me ha traído.

Ya en casa, hablamos de cuál queda mejor y elijo tres. Una para mi dormitorio y dos para el salón, son muy sencillas, pero van a quedar espectaculares. Leo baja a dejar el resto en su coche y a subir las herramientas para instalarlas. Mientras, paso a casa de Sol para decirle que estamos al lado.

—¿Sol? ¿Éstas en casa? —pregunto en alto mientras enciendo alguna luz.

—Sí..., ya salgo, estaba en la ducha —explica mientras sale de su habitación

—Leo y yo estamos en mi casa. Ha traído unas lámparas y me las va a montar. ¿Quieres venirte?

—No, guapa. He quedado para salir.

—¿Con el mismo con quién pasaste la noche? —pregunto interesada.

—Sí..., ya te contaré. —No quiere decírmelo ahora, pero respeto su decisión y no pregunto más.

—Vaya, vaya...me dejas intrigada. Me quedaré a dormir en mi casa, así tendrás la tuya libre por si quieres tener intimidad. —Le guiño un ojo mientras entro en mi habitación a recoger algunas cosas que necesitaré.

—¿Y tú con Leo? —pregunta ella.

—Parece que vamos a intentarlo, Sol. Estamos dejándonos llevar, aunque no sé dónde llegaremos. El caso es que con él me siento bien.

—¡Ahhh! ¡El amor, *mon amour!*

—Ya me contarás tú de tu chico secreto —advierdo mientras salgo de casa.

Leo llega cargado con las herramientas, la verdad es que no me apetece nada que se ponga a montar las lámparas e imagino que a él tampoco. Es viernes, y lleva toda la semana trabajando.

—¿Qué te parece si lo dejamos para mañana? ¿Te apetece pizza y peli? —sugiero.

—Yo me encargo de la pizza y tú de la peli. —Parece animado—. ¿Carbonara?

—Vale. Ponte cómodo que ahora vuelvo. —Voy a por mí portátil. Lo enlazaré con la tele para ver alguna peli de mi cuenta de Netflix.

Cuando llego ya ha encargado la pizza. Al decidir qué voy a dormir allí he encendido la calefacción y la casa se ha caldeado enseguida. Está descalzo y se ha quedado en manga corta, es una tentación para la vista como le sientan esos vaqueros desgastados, creo que no me cansaría nunca de mirarle. Debo ser muy descarada porque sonrío y me pregunta.

—¿Te gusta lo que ves?

Creo que no hay tono de rojo que pueda describir mi cara en este momento.

—Me encanta como pasas de comerme con la mirada toda atrevida —me dice con una carcajada—, a mostrarte vergonzosa en unos segundos. Me vuelves loco, preciosa.

—Buff...Buff —resoplo, ya estoy acalorada otra vez—. Te encanta hacerme esto, ¿verdad?

Vuelve a reír. Tengo que salir de aquí.

—Voy a ponerme cómoda. Ve conectando el PC a la tele y piensa que te apetece ver.

Me ducho y al salir me pongo una camiseta ajustada sin sujetador y unos pantalones sueltos de yoga. Pese al embarazo me siento guapa.

«Ahora va a sufrir él», pienso mientras me miro al espejo contenta con mi imagen.

La pizza ha llegado ya, así que podemos empezar con el plan. Al final, la cena vuela mientras vemos los *Goonies*. ¡No me puedo creer que haya crecido sin ver esa película!

—Si no los has visto no has sido niño —digo riendo.

Cuando acaba voy a llevar los restos de la cena a la cocina, ya mañana los tiraremos. Al volver le encuentro parado en medio del salón observándome, ahora es él el descarado. Le devuelvo su frase.

—¿Te gusta lo que ves?

—No te haces una idea. —Vuelvo a poner los ojos en blanco, porque no sé qué ve en mí—. ¿Por qué no me crees? Eres una mujer preciosa... —Se acerca mientras sigue hablando—. Tienes unos ojos verdes enormes, que cuando te dejas llevar brillan de deseo. Tus labios son jugosos y rosados... —Encierra mi cara entre sus manos y pasa el pulgar por mi boca, que yo entreabro—. Deseo probarlos. Tu cuerpo...perfecto, suave. —Mueve las manos, bajando por mi cuello, mis hombros, siguiendo mi silueta hasta mi cadera—. Me excitas, Daniela. No sabes cuánto...

Sé lo que va a pasar, no puedo contenerme, no quiero hacerlo. Tengo al hombre perfecto delante de mí, seguramente tan excitado como yo. Voy a dejar que suceda. Si no lo hago puede que muera de deseo.

«¿Se puede morir de deseo? Seguro que sí. La gente muere de hambre, de sed...esto es una necesidad también».

Me acerco más a él, tengo que ponerme de puntillas, porque aun descalzo es bastante más alto que yo y le beso suavemente en la boca. Él me responde, separa los labios y deja entrar a mi lengua en busca de la suavidad de la suya.

Mis manos se pierden debajo de su camiseta sintiendo el calor de su cuerpo. Es fuerte, suave y cálido. Él sujeta mi cara con las manos y me besa con ternura. Tengo la sensación de que lleva deseándome mucho más tiempo que yo.

Juguetona, desabrocho el primer botón de sus vaqueros. Me susurra que si continúo no sabe si podrá parar, se ha estado conteniendo demasiado tiempo, pero yo también me he reprimido, ahora lo sé. He deseado esto desde el primer momento, cuando nos conocimos en aquella discoteca. Todo este tiempo lo he deseado a él. Todo este tiempo he soñado con él.

Sus manos bajan perezosas por mi costado, coge el bajo de la camiseta y tira hacia arriba sacándomela por la cabeza. Mis pechos llenos y desnudos quedan a su merced. Lentamente sube las manos, los abarca, acaricia y masajea. Rozando los pezones oscurecidos y enhiestos con los pulgares. Cuando creo que mis piernas van a ceder dejándome caer, Leo desliza el dedo índice por el valle entre mis pechos, descendiendo hasta mi ombligo rozando ligeramente mi abultado vientre. Me avergüenzo de mi cuerpo, no es el que me hubiera gustado mostrarle. Se arrodilla y me agarra por las caderas atrayéndome a él.

—Preciosa. Eres preciosa... —susurra, y besa mi tripa. Todas mis dudas se disipan. Sus palabras y sus actos han hecho que mis miedos se evaporen.

Aprovechando mi posición, soy yo la que le saco la camiseta ahora. Se incorpora y me abraza. La sensación de sentir el calor de su pecho, el roce de su suave piel en mis sensibles pezones provoca una descarga entre mis muslos. Soy de pronto consciente de que estoy empapada. Le ayudo a terminar de quitarse el pantalón. Lleva uno de esos *slips* que tanto me ponen y su erección pugna por salir de ellos.

Me coge de la mano y lentamente me lleva a la cama, me ayuda a tenderme suavemente sobre ella mientras se deshace de mis pantalones. Yazco desnuda sobre la cama para él, ya no me avergüenzo. Su forma de mirarme y de acariciarme, hacen que me sienta especial. Solo puedo pensar en la deliciosa sensación que me provoca su boca al besar mi cuerpo..., mi pecho..., mi cuello..., mi vientre...

De pronto soy consciente de que su mano ha comenzado a jugar entre mis muslos, acariciando los pliegues de mi sexo.

—Estas excitada y preciosa —me susurra con voz ronca por el deseo.

Intento moverme y acariciarle. Paso suavemente la mano por encima del *slip*, ahí donde permanece recluso su abultado pene. Noto cómo retiene el aire.

—Te deseo tanto que no sé si voy a poder aguantar sin correrme. Si sigues por ahí voy a hacérmelo encima —me advierte mientras me aparta la mano.

—Quítatelos. Te necesito dentro. —Empiezo a estar desesperada. Mi sexo palpita por sentirle.

Se desnuda. Se pone de rodillas entre mis piernas, pero lo suficientemente alejado para poder separarlas y tener una visión completa de mí. Al hacerlo la punta de su pene ha rozado el interior de mi muslo dejando un trazo húmedo en él.

Vuelve a acariciarme con el dedo índice. Esta vez lo desliza por mi vientre pasando por mi pubis hasta mi sexo siguiendo la línea alba que ya está muy marcada. Me abre para él, para ver lo preparada que estoy para recibirle. Sé que puede ver claramente el brillo de mi excitación. Lentamente introduce un dedo, luego otro y comienza a moverlos. Dentro, fuera, dentro, fuera con un ritmo acompasado y armónico que me está volviendo loca. Me arqueo.

No sé si voy a poder soportarlo, es tan placentero que noto que mi orgasmo comienza a formarse. Posa su boca allí donde entran y salen sus dedos, y con su lengua prueba el fruto de mi excitación. Susurra algo, pero no puedo oírlo porque solo soy capaz de escuchar mis propios latidos, que retumban en mi cabeza. Me lame hasta llegar al clítoris, juega con él, lo mordisquea, y no deja de meter y sacar sus dedos suavemente. No aguanto más, ha sido una larga espera hasta llegar justo a este momento, a este lugar, con él. Estallo. Grito de placer, me arqueo y me retuerzo.

Mi cuerpo ha quedado inerte, mi mente vacía. Estoy sumida en un momento tántrico, de placer total. Necesito unos minutos para recuperarme de lo que me ha hecho sentir. Mi respiración es aún entrecortada y mis sentidos poco a poco vuelven a pertenecerme. Él no ha terminado, aunque yo bien podría darle la vuelta y dormir plácidamente porque estoy saciada. Pero quiero que se sienta como yo. Quiero darle el mismo placer que él me ha regalado.

Me muevo perezosa, mientras vuelvo a ser dueña de mis músculos. Le agarro su miembro erecto, que está durísimo y húmedo, y parece que va a estallar. Comienzo a masturbarle despacio, suave, observando los cambios de su respiración. Nunca lo he hecho sin sentirme obligada, pero en este momento, lo deseo, deseo probarlo. Me pongo de rodillas y le beso la punta. Lamo las gotitas del líquido preseminal que comienza a chorrear. Me gusta, sabe a limpio y salado. Lo introduzco todo en mi boca y le acaricio los testículos con la mano. Él se tensa y deja de respirar. Lentamente empiezo a moverme siguiendo un ritmo suave, acariciando con mis labios toda su longitud, noto su mano sujetando mi cabeza que guía mis movimientos al ritmo que le gusta.

—¡Oh! Jodeer..., Daniela. Vas a hacer que me corra... ¡Oh, sí! ¡Jodeer, sí!

No paro, quiero que se corra en mi boca, quiero saborear hasta la última gota. Deseo que lo haga, me avisa de que está a punto e intenta apartarse, pero no le dejo, sigo, no voy a parar. Cuando es consciente de ello, pese a su aviso, desiste. Sujeta mi cabeza con ambas manos para inmovilizarme y domina la situación embistiendo mi boca.

Suelta un alarido y notó como un chorro de semen caliente me llena la boca, mientras su pene palpita vaciándose en mi interior. Le limpio, lamo hasta la última gota y me tumbo a su lado, esperando a que recupere la respiración. Me siento orgullosa. Creo que he conseguido satisfacerle tanto como él a mí. Soy feliz, me he dejado llevar y la sensación ha sido la leche.

Me quedo dormida mientras él acaricia mi espalda trazando pequeños círculos. No hablamos, ambos estamos relajados y satisfechos, las palabras sobran, ha sido mucho mejor que mi pareja con batería de litio, ha sido mucho mejor la realidad que mi imaginación.

Es de día cuando abro los ojos. Leo está ahí apoyado sobre la almohada mirándome dormir. Le sonrío somnolienta.

—Buenos días, preciosa —dice, mientras se inclina para darme un tierno beso sobre la frente.
— ¿Tienes hambre?

—Si la tengo, pero como no quieras ir a cazar a casa de Sol, la nevera está vacía. Quedan los restos de pizza de ayer y algún refresco. Recuerda que aún no vivo aquí.

—Eso va a haber que cambiarlo. Voy a ver que cazo. No te muevas.

Sale de la cama, se pone los vaqueros y las deportivas y desaparece. No puedo cumplir mi promesa. La enana se está cebando con mi vejiga y tengo que levantarme. Pero cuando regresa, ya estoy dentro de nuevo, esperándole diligentemente.

Ha conseguido que Sol le proporcione café caliente, leche con cacao y bizcochos. Desayunamos en la cama. Hoy no pienso salir.

—¿Estas bien? No te hice daño ¿verdad? —me pregunta tras dar un sorbo a su café.

—Qué tonto eres... —le riño mientras aparto el desayuno y comienzo a desabrocharle el vaquero—. En la cama no se puede estar vestido, ¿sabes?

—Vamos a resolverlo... —Se desnuda y entra conmigo.

Comenzamos a besarnos, a mordisquearnos..., enseguida vuelve a estar casi tan duro como anoche y yo tan mojada. Entre risas se pone sobre mí, teniendo mucho cuidado de no aplastarme.

—¿Crees que... pasará algo si...? —me pregunta tímidamente.

—Te aseguro que embarazada no me voy a quedar —bromeo—, así que aprovechemos la situación —lo animo mientras guio su dura erección a mi interior. No termina de entrar. Se queda quieto con la punta en mi entrada. Me está matando. Mi cuerpo palpita por sentirle.

—No hare daño a la pequeña, ¿verdad?

—Más daño me vas a hacer a mí si me dejas así. —Me muevo incitándole a penetrarme.

Y lo hace. Lentamente, sin dejarse llevar, se desliza mientras me mira a los ojos. Los suyos azules brillan con la luz del día. Veo en ellos... ¿Amor? Sí, es eso. Sé que lo siente como yo, aunque aún no nos hemos atrevido a expresarlo. Lo que está pasando no puede ser otra cosa. Estamos haciendo el amor. No es sexo, no es follar, no es una noche loca. Son nuestros sentimientos expresados de la forma más bonita del mundo, uniendo nuestros cuerpos y nuestras almas. Convirtiéndonos en uno solo.

Comienza a moverse lento, entra, sale de mí, despacio, sintiendo el contacto de nuestros cuerpos. Noto como se abre paso en mi interior. ¡Dios, qué sensación! Aumenta en ritmo. Jadeamos. Nos complementamos a la perfección y juntos alcanzamos el clímax. He sentido las pulsaciones de su pene expulsando todo su semen dentro de mi cuerpo.

Me abraza fuerte, esperando a que ambos normalicemos nuestra respiración.

—Nunca había hecho esto Daniela. Jamás. Y ha sido la mejor sensación de mi vida.

—Yo tampoco. —Y lo digo en serio porque nunca antes había llegado hasta ese punto de compenetración con alguien. Hemos hecho literalmente el amor.

Salimos de la cama solo para ducharnos y pedir comida china. Una vez abierta la caja de pandora va a ser difícil cerrarla.

Pasamos el sábado igual que lo empezamos, en la cama, amándonos. Las lámparas sin instalar, las cajas sin abrir y los teléfonos olvidados en algún lugar del salón.

Es domingo y no tengo ganas de salir de casa. No quiero volver a la realidad. Me gustaría que el tiempo pudiera detenerse y permanecer aquí, con él, así, para siempre. Pero mis padres me esperan para comer y la nevera está vacía. No podemos seguir alimentándonos de comida a domicilio. Además, es imposible mantener el ritmo que hemos llevado desde ayer. Tenemos que recuperar fuerzas. Ambos.

Decidimos que vamos a ir juntos a casa de mi padre, haremos algo de compra y pasaremos por la casa de Edu para que Leo pueda recoger sus cosas y alojarse en la mía los días que vaya a estar en Madrid. Me gusta la idea. Juntos en mi casa nueva.

Pedro y Ana nos acogen muy bien. O eso me ha parecido, aunque cuando regreso de dejar unas cosas en la cocina, no puedo evitar escuchar a mi padre leyéndole la cartilla a Leo.

—No se preocupe, señor —responde— Pienso cuidarlas y asegurarme de que ni yo ni nadie les hace daño.

— Eso espero chico. Sé que el padre de la pequeña es tu hermano, pero si tú has decidido que quieres estar a su lado en esto, debes saber que no es un juego. No es una relación que puedas empezar para probar y luego si no sale bien olvidarlas. Si no lo tienes claro, es mejor que te mantengas al margen.

—No he tenido nada más claro en mi vida. Sé que va a salir bien. Confíe en mí —dice Leo convencido

—Lo hago. Me parece un buen chico, pero si le fallas... Te buscaré —advierte mi padre medio en broma, medio en serio.

La cosa se está poniendo difícil, así que entro haciendo ruido para que terminen su conversación y bromeando abrazo a mi padre diciéndole que está muy serio, que tiene que sonreír más. Ambos lo hacen.

Tras hacer la compra para llenar la nevera y poder comenzar a vivir en mi casa, nos acercamos a la de Edu.

Leo abre la puerta; no parece haber nadie. Pasamos y me deja en el salón mientras se dirige a por sus cosas a la habitación que suele ocupar. Es una casa bonita y práctica, muy masculina. Estoy observando la decoración cuando aparece Edu, completamente desnudo, y sin verme se dirige a la cocina.

—¡Dios mío! ¡Edu! —grito tapándome los ojos. Ya he visto a tres de cuatro como África los trajo al mundo. Solo me falta el pequeño Juan.

—¡Coño! Dani..., ¿pero ¿qué haces aquí? —suelta sorprendido.

Corriendo por mi grito llega Leo, que riendo le lanza un cojín a su hermano pidiéndole que se tape.

—Tío, no has puesto la llave. Pensaba que no estabas. Solo hemos venido a por mis cosas —le dice Leo—. Ya nos vamos y te dejamos «solo».

No debe estar solo, porque una voz femenina le reclama desde la habitación. Analiza mi reacción un poco tenso, pero como le sonrío pícaro parece relajarse.

—Anda ve —lo animo—. Y no cometas locuras que luego mira lo que pasa... —Me señalo la barriga.

Leo se da prisa, su expresión se ha ensombrecido, parece serio y me da la sensación de que mira a su hermano ¿decepcionado? Salimos de allí enseguida. Ha sido una situación un poco tensa. Edu también está potente. Tengo que decírselo a Sol.

Ya en casa, paso a la de Sol para decirle que me quedaré en la mía mientras esté Leo en Madrid. Además, quiero contarle las novedades, mientras él va colocando las cosas que hemos comprado.

Ella sale de la ducha cuando entro en casa.

—Hola —digo muy efusiva— Tengo que contarte... ¿Qué te pasa? —Me detengo porque la veo triste, parece tener los ojos rojos de llorar—. ¿Quieres contármelo? —Ella niega con la cabeza.

Sol es muy reservada. Y prefiere asimilar las cosas sola. Siempre lo ha hecho así. Cuando se encuentre preparada me lo dirá.

— Te iba a contar que Leo está conmigo y que tenía pensado dormir en mi casa estos días que él esté en Madrid..., pero si me necesitas me quedo.

«Seguro que a él no le importa y si lo hace tiene que entenderlo».

—Por fin te dejaste llevar... —suelta Sol finalmente—. Me alegro mucho Daniela. Leo parece un buen hombre. —Me sonrío, pero su sonrisa no le llega a los ojos.

Estoy en una nube, lo es, es maravilloso.

—No sé dónde nos llevará esto —digo con prudencia—, pero siguiendo el consejo de una amiga..., si no me dejo llevar no lo sabré ¿verdad?

Sol asiente.

—Anda ve. Disfruta con él, te lo has ganado. —Vuelve a sonreír—. Y ten cuidado con lo que haces no te vayas a quedar preñada —añade.

—Descuida, lo haré —replico riendo mientras la abrazo—. Estoy al lado si me necesitas. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asiente.

—No te preocupes. Me voy a trabajar. Hugo se ha puesto malo y alguien tenía que cubrir su turno. Lo voy a hacer yo. Creo que me vendrá bien tener la mente ocupada.

Pese a sus palabras no puedo evitar preocuparme, siento que mi alegre amiga está rota y no me voy conforme.

«¿Por qué la vida tiene que ser así? ¿Es que nunca vamos a poder ser felices ambas? —pienso mientras observo la tristeza de su rostro—. No se merece esto, es la mejor persona que conozco. Yo tengo un hombre maravilloso esperándome, parece que por fin todo empieza a encajar en mi vida, pero Sol...».

Le doy un fuerte abrazo, uno de esos que transmite todo lo que siento y que sin palabras le dice que estaré con ella cuando me necesite, cuando se encuentre preparada. Noto como ella me aprieta y hunde el rostro en mi cuello; cuando nos separamos veo resolución en su mirada, va a luchar contra lo que sea que le haya pasado, va a hacerle frente y como siempre saldrá adelante, y yo estaré con ella para lo que necesite.

Regreso a casa cabizbaja, Leo se ha duchado y está haciendo la cena. ¡Este chico vale para todo! Se ha percatado de que le estoy observando y me sonrío.

«¡Buff! Desearía que Sol encontrara a alguien así, desearía que lo nuestro saliera bien».

—Anda, cámbiate que la cena estará lista en un minuto —me insta mientras hecha un huevo en la

sartén.

Durante la cena estoy pensativa, y él respeta mi mutismo, sin invadirme ni exigir nada. El silencio a su lado no es incómodo, como me ocurría con Arturo, en su caso era sinónimo de enfado o lo que era más frecuente, desprecio. Me encuentro cómoda sumida en mis pensamientos, sintiendo su cercanía y apoyo, con el roce de su mano sobre mi mano, con su tierna mirada sobre mi rostro, analizando mi expresión como si quisiera adentrarse en mi mente, simplemente para quedarse ahí junto a mí.

En la tele comienza a sonar la canción *Perfect* de Ed Sheeran, la misma que sonaba aquel día en su coche, y la que tantas veces he escuchado desde ese momento porque me acercaba a él. Ahora está aquí, a mi lado, muy cerca, y no solo físicamente. Le miro directamente a los ojos y me sumerjo en su intenso azul, acorto la distancia física que nos separa y le beso. No puedo creer que algo así me esté pasando a mí, no puedo creer que un hombre como él haya decidido que quiere estar a mi lado pese a todo lo que nos ha ocurrido. Me siento tan afortunada, tanto que no puedo evitar que una lágrima solitaria recorra mi rostro, una lágrima de felicidad que él recoge suavemente con el dorso de su dedo. En su rostro se aprecia la duda por el origen de esa salada gota, pero yo sonrío, no puedo evitarlo ¡Soy feliz!

Hacemos el amor lentamente, con nuestra canción de fondo mientras las sobras de la cena han quedado olvidadas en la mesa del salón.

Capítulo 16

No sé cuánto tiempo ha pasado. Aún es de noche cuando noto algo húmedo entre mis piernas. Me incorporo de golpe y de forma instintiva corro al baño.

«¿Qué me está pasando?».

Ya allí, de pie junto al inodoro, noto cómo gran cantidad de agua escurre por mis muslos.

«¡No puede ser! Todavía no. ¡Quedan dos semanas!».

Leo me ha seguido asustado por mi reacción. Le miro con cara de pánico, está adormilado y no sabe qué está pasando. Desde mi posición puedo ver los números retroiluminados de mi despertador, son las cuatro de la madrugada.

—Acabo de romper aguas. —Consigo decirle, y sus ojos se abren como platos. Ha tenido el mismo efecto que si le hubiera echado un jarro de agua helada.

—¿Qué? ¿Ya? —Corre hasta el dormitorio y comienza a buscar su ropa; se viste a toda velocidad.

Está tan nervioso que no atina para ponerse el pantalón. Y solo le oigo renegar en voz baja porque no da pie con bola.

«Vale, Daniela. Ha llegado el momento. Mantén la calma —me digo a mi misma, ya que visto lo visto Leo no va a ser de gran ayuda—. Solo has roto aguas. No hay aún ninguna contracción, así que hay tiempo».

Se lo explico a Leo, procuro que se calme y le digo que intente dormir un poco más. Mientras, voy a ducharme y a terminar de meter algunas cosas que necesitaremos en la maleta. Quiere llamar a mi padre, pero me niego ya que es probable que falten varias horas para que pueda comenzar el parto y no pienso pasarlas encerrada en el hospital.

Leo no se separa de mí, permanece pendiente mientras me ducho, me hace preguntas que yo intento responder para mantenerle tranquilo. Mientras él se ducha permanezco activa preparándole el desayuno y la bolsa que tengo que llevar al hospital. Tengo sentimientos encontrados y me resulta extraño, por un lado, estoy preocupada, ya que se ha adelantado todo, solo espero que vaya bien y que la niña tenga buen tamaño, al menos el suficiente para no tener que pasar sus primeras horas en una incubadora. Por otro ilusionada, por fin voy a conocerla. Tantos meses sintiéndola en mi interior y estoy a pocas horas de tenerla en mis brazos.

He comenzado a sentir contracciones, pero no le digo nada a Leo. Sin prisa y manteniendo la calma le propongo ir saliendo para el hospital, como si aún tuviéramos muuucho tiempo. De forma disimulada voy controlando los tiempos entre contracciones, que cada vez son más frecuentes, pero no digo nada; Leo conduce y no quiero ponerle más nervioso.

Desde el coche avisamos a mi padre y a Bárbara. Esta última habla con la matrona que me está atendiendo y le da algunas indicaciones mientras llega. Ya allí, me llevan a monitorización. El parto ha comenzado, ya viene. Las contracciones comienzan a ser más fuertes y dolorosas, pero aún no estoy dilatada. Me esperan por delante varias horas de agónica espera.

Leo se mantiene a mi lado, sin atosigarme, mientras sigue los consejos que nos dieron en las clases de preparación al parto que tenemos tan recientes.

Solo se separa de mí cuando llegan mi padre y Bárbara, y sale para avisar a Sol y a su familia de que todo está en marcha.

La mañana está muy avanzada cuando llegan mis amigas, y Leo se va a comer algo junto con mi padre, yo he perdido la noción del tiempo, el rítmico pitido del monitor y el cansancio acumulado me tienen exhausta, y si no fuera por el agudo dolor cíclico de las contracciones estaría dormida.

Quería que Sol pasase conmigo al paritorio, pero se fue a trabajar y es a la única a la que no han podido localizar. Así que cuando llega el momento de la verdad es Leo el que me acompaña.

Escolta mi camilla dándome la mano durante el recorrido a la sala de partos, su expresión es la de un hombre aterrorizado, pero tengo que preocuparme ahora por nosotras, así que tiene que apañarse solo.

Todo el personal del paritorio es muy amable. Yo no he querido ponerme la epidural, por lo que me he convertido en una bruja. El dolor es insoportable y ni las respiraciones que me han enseñado sirven para calmarlo. Leo está conmigo, me sujeta la mano y me susurra palabras de ánimo al oído. Ya no está asustado, ha sido sorprendente el cambio que ha dado al entrar en la sala, ha sido como si su instinto protector nos priorizada también a nosotras, olvidándose de sus miedos, de sus necesidades y de sí mismo.

Por fin, después de varios empujones, nace mi hija. Bárbara le cede a Leo el honor de cortar el cordón, tras lo cual la matrona envuelve a la pequeña en una gasa y se la pone en los brazos.

Soy consciente de todo lo que sucede a mi alrededor, pero el parto ha sido agotador y me siento exánime, pero cuando Leo me la acerca, con la emoción en los ojos de un padre primerizo y me dice que es preciosa, que es la niña más bonita que ha visto nunca, la felicidad que experimento me da fuerzas. La matrona me separa la bata de hospital y le ayuda a colocar a la niña sobre mi pecho.

Ver la cara de mi hija, sus grandes ojos azules muy abiertos observando el mundo por primera vez me emociona. Lágrimas de felicidad abandonan mis ojos, echo de menos a mi madre, me gustaría que pudiera conocerla.

Leo me besa la frente y me habla bajito. Me dice que he sido muy valiente y que voy a ser la mejor madre del mundo.

«¡Dios! Este hombre, que se ha colado en mi vida sin esperarlo, me sorprende, creo que a cada momento que vivimos me enamoro un poquito más de él si cabe».

La matrona retira a la niña para seguir con el protocolo y siento un gran vacío, mientras le realizan las pruebas.

La niña está perfectamente sana, ha pesado dos kilos y medio. Me preguntan cómo voy a llamarla para hacer el certificado de nacimiento y de pronto, estoy convencida, sé cuál va a ser su nombre, así que digo sin pensarlo.

—Ángela. Mi pequeña se llama Ángela. —Leo me mira emocionado, sabe que le pongo ese nombre por su padre. Me han hablado todos tanto de él que me parece que es el mejor regalo que puedo hacer a esa familia que tan bien se está portando conmigo. Además, es un nombre que siempre me ha gustado.

Mientras terminan conmigo, han limpiado y vestido a Ángela, ponen a la niña de nuevo sobre mi pecho y nos suben a planta.

Al salir del ascensor todos están allí. Mi padre abrazado a Ana, las chicas, Edu, África y un chico más joven que no conozco que imagino que es el tío Juan. Nuestra familia.

Para no agobiarnos no pasan todos juntos a la habitación. Primero lo hace mi padre con Ana, mientras Leo se queda fuera hablando con su familia y mis amigas.

—Es perfecta, hija. Me ha dicho Bárbara que todo ha ido muy bien y que has sido una campeona. —dice mi padre con lágrimas en los ojos.

—Sí, papá..., pero la próxima vez... no me dejéis hacerlos sin epidural, por favor. —Reímos.

—Es tan pequeñita y perfecta. Parece un milagro —añade Ana acariciando su manita.

Un abrazo conjunto y lágrimas de felicidad.

Las siguientes en pasar son mis amigas. Llevan una tarta gigante hecha de pañales, cremas, y otros artículos que vamos a necesitar. Otro abrazo. Van a ser unas tías geniales. Me sabe a poco el rato en que están con nosotras, pero lo acortan para que África pueda ver a su nieta, seguro que ya nos cansaremos de celebrarlo juntas.

La abuela es una mujer tan maravillosa que durante el tiempo que han pasado juntos en la sala de espera se ha ganado a todos.

—Hija..., no sabes lo dichosos que nos has hecho. No podremos agradecerte nunca lo suficiente que te hayas acordado de mi Ángel en este momento. —Las lágrimas se deslizan por sus mejillas. Sé que le está echando muchísimo de menos porque me pasa lo mismo con mi madre—. Sé que él velara desde el cielo porque no os pase nada a ninguna de las dos y seáis muy felices. Es preciosa, tan «peloncica» y con esos grandes ojos claros.

No dice azules, dice claros, pero yo sé que la pequeña Ángela va a tener los preciosos ojos azules de su padre... y su tío.

Traen mi cena, que saboreo como si fuera la primera comida de mi vida, mientras la pequeña descansa en su cunita. En este momento están con nosotras Leo, y sus hermanos Edu y Juan. Tres grandullones que miran embobados a la niña con una gran sonrisa en las caras.

—¿Cómo puede ser tan perfecta? ¿Tan chiquitina? —pregunta Edu, sorprendido como todos por la perfección de la naturaleza. El milagro de la vida.

Juan, estudiante de medicina lo ve desde un modo más científico, entendiendo a la perfección los complejos procesos que se suceden desde la concepción hasta el nacimiento. En mi caso, debería ser así, pero viendo a mi pequeña, no puedo parar de pensar en «magia».

Leo no ha parado de estar pendiente de nosotras, ajustando mis almohadas, recolocando las manoplas de Ángela que se deslizan con sus movimientos dejando al aire sus manitas, acercándome el agua, el cepillo del pelo... Todo lo que he ido necesitando por mis limitados movimientos, ya que en mi mano izquierda aún llevo la vía que han utilizado para suministrarme los fármacos y que no me retirarán hasta pasadas unas horas cuando hayan comprobado que no hay fiebre y estoy fuera de peligro.

Todavía no puedo levantarme, pero necesito ir al aseo y cambiarme la compresa que siento empapada. Estoy decidiendo cómo hacerlo cuando el abuelo Pedro se asoma para avisar de que han decidido salir a tomar algo y volverán mañana. Se despide de nosotras con un beso en la frente para la nieta y su hija, orgulloso abuelo y padre. Tras él van pasando poco a poco todos los que han querido estar con nosotras en este momento mágico.

—Ve con ellos, Leo —digo mientras deslizo la mano por su brazo —. Nosotras estaremos bien y tú necesitas descansar un rato y comer algo.

—¿Seguro? —pregunta no muy convencido.

—Sí, no te preocupes, si necesito algo llamo a las enfermeras. Cena tranquilo

No lo hemos hablado, pero todo el mundo ha dado por hecho que se quedará conmigo a pasar la noche en el hospital. Yo misma, incluí su neceser y su ropa de recambio en la maleta que trajimos. Pareció lo más natural, aunque ahora, no estoy segura, nuestra relación es tan reciente.

—Muy bien, preciosa. ¿Quieres que te traiga algo?

—Mmm... No —digo, pero no muy convencida. En realidad, necesito la cuña, gasas limpias y ayuda para usarlo todo. También que me ayuden a coger a Ángela para intentar darle de comer.

Lanzo una mirada suplicante a Sol que se encuentra tras él, deseando que me entienda, aunque ella no estará esta noche conmigo, solo Leo...

—¿Te vas a quedar esta noche con ellas, Leo? —pregunta Sol y él asiente con determinación. Su instinto protector está al máximo desde hace unas horas—. Bien, pues antes de irnos te voy a enseñar unas cosas que te vendrán bien.

Y con resolución, Sol comienza a darle a Leo las pautas para ayudarme a usar la cuña, cambiarme las compresas, e incluso cambiar el pañal de la pequeña y limpiar sus primeras deposiciones que serán horriblemente pringosas. Él procede con naturalidad, haciendo lo que ella le va indicando sin miedo ni dudas.

—Te quiero, amiga. No sabes cuánto —susurro a Sol cuando se despide de mi hasta mañana, mientras Leo espera para dejar a Ángela en mis brazos.

—Yo también, valiente. Has sido una campeona, y ahora descansa que te lo mereces y disfruta de este fantástico hombre y esta hija que el destino ha puesto en tu vida.

Percibo un brillo triste en su mirada, el anhelo del que ha rozado por un instante sus sueños, y la tristeza del que los ha perdido.

—No te hundas —la animo—. Nadie se lo merece. Estoy segura de que el destino tiene previsto algo bueno para ti.

Nos abrazamos con fuerza y aunque lo esconde noto sus ojos llorosos cuando se retira y se despide saliendo rápido de la habitación.

—No tardo, ¿vale? — Se despide Leo tras darme un suave beso en los labios y acariciar la cabecita de Ángela con ternura. Por fin solas.

Estoy cansada, traer al mundo esta niña ha sido un duro trabajo y la efusividad del comienzo está diluyéndose dando paso a la necesidad de descanso. Ángela está tranquila, con la cabecita apoyada en mi pecho muy cerca del corazón, el mismo que ha estado escuchando mientras crecía en mi interior, un sonido conocido y seguro. Algo a que aferrarse tras el drástico cambio que hemos sufrido. Soy madre. ¿Quién lo iba a decir?

Tras unos minutos en esa posición deleitándome al observar a mi hija, sus muecas y sus sonrisas, intento acercarla a mi pecho, que siento hinchado y preparado para alimentarla. Tenemos que aprender ambas y con paciencia, intento una y otra vez que se enganche y empiece a succionar. Finalmente lo conseguimos, aunque aún no soy consciente de si está comiendo o no, y ello, como a todas las madres primerizas, me genera un poco de ansiedad.

Ha pasado un rato y la niña se ha quedado dormida. Es lógico que también esté agotada, ya que el esfuerzo no ha sido solo mío.

Llaman suavemente a la puerta de la habitación.

—Adelante —digo. Y me sorprende. Ahí parado tímidamente en la puerta está Ángel. Le recuerdo más arrogante y seguro. Pero el hombre que tengo delante es un hombre avergonzado. Ahora que lo veo, me doy cuenta de todas las diferencias que tiene con su hermano—. Hola, Ángel.

—¿Puedo pasar, Daniela?

Asiento con un gesto de cabeza.

Pasa y mira a la niña. Veo un brillo de felicidad en sus ojos. Es su padre. Aunque Leo haya ejercido como tal, no puedo negarle que esta niña es suya.

—Es muy bonita. —Asiento de nuevo. ¡Qué voy a decir! Soy su orgullosa madre.

—Tiene vuestros ojos —comento finalmente.

Se acerca a nosotras y se queda plantado ahí observándonos sin saber muy bien qué decir. Justo en ese momento llega Leo con una sonrisa y un bocadillo de jamón.

—Adivina lo que te traigo... —Se queda mudo al ver a su hermano. Su expresión se transforma de inmediato y frunce el ceño. Sé que no le ha gustado encontrarle aquí. Antes de que pueda decir nada, Ángel levanta ambas manos indicando que viene en son de paz.

—No quiero interponerme entre vosotros. Sé que lo que hice aquella noche no estuvo bien, pero no puedo cambiarlo. He recapacitado y quiero formar parte de la vida de la pequeña. Si Daniela me deja —. Leo va a hablar, pero Ángel le interrumpe, —no me importa si es en calidad de «tío». Solo quiero estar ahí para ella. —Asiento dando mí conformidad.

Acaba de cederle la paternidad a Leo, han enterrado el hacha de guerra y ambos se abrazan. África me dijo que su hijo era bueno, que solo necesitaba más tiempo. Espero llegar a conocer a Ángela así algún día.

Capítulo 17

La maternidad es agotadora. Me parece que llevo una eternidad sin dormir. Ángela reclama el pecho cada poco, y cuando no es hambre es cambio de pañal. Me paso cada minuto de mi tiempo pendiente de ella. Leo ha estado con nosotras unos días, pero ha tenido que volver a Murcia a resolver unos asuntos. Mi padre, Ana y las chicas se turnan para pasar diariamente por mi casa y asegurarse de que me estoy alimentando y ocuparse de la pequeña el tiempo justo para darme una ducha.

Intento llevar un horario, pero es imposible. Duermo cuando ella duerme y como cuando puedo, pero al menos intentamos dar un paseíto todos los días.

Dicen que el primer mes de un bebé se sabe cómo va a ser el resto. Pues bien, si eso es cierto, Ángela va a comer mucho y dormir poco. Tengo que mentalizarme.

Nuestros días pasan entre vacunas, revisiones, pañales y biberones. Leo viene siempre que puede. Es un amor con la pequeña, parece que haya nacido para cuidarla. Es el único que consigue calmarla cuando llora sin razón. He llegado a pensar que está celosa y reclama su atención. Porque no falla..., cuando mamá está recibiendo mimos... es cuando más llora la niña.

Puedo quejarme, puedo renegar, puedo añorar los viejos tiempos..., pero cuando ella me mira con esos ojazos, coge mi dedo con su manita y me sonrío, siento que lo puedo soportar todo por ella. Merece la pena cada sufrimiento por mi pequeña Ángela. Paso las horas muertas sentada con ella en brazos mirándola, o paseándola en el fular, besando y oliendo su cabecita.

Leo tiene razón, siempre que llega después de unos días sin vernos, lo primero que hace es olerla... dice que le encanta su olor natural, a bebé.

Por fin empezamos a llevar unos horarios más normales. Hemos establecido una rutina y nos estamos adaptando bien la una a la otra...bueno, más bien yo a ella. Pero estoy consiguiendo que duerma más por las noches, lo que hace que me anime a tener un poco de vida social, así que envío mensaje a las chicas invitándolas a casa.

Leo dejó la nevera llena la última vez que estuvo aquí y tengo bebida suficiente. Pidiendo unas pizzas podemos pasar un rato juntas sin que me suponga mucho engorro.

Como es de esperar, no me decepcionan, y esa tarde se presentan en casa. Necesito unas risas. Necesito que me pongan al día. Llevo un mes concentrada en Ángela y no he tenido tiempo para ellas. Sol sigue un poco triste, lo sé, aunque, continúa siendo reservada y no me cuenta nada.

Marta ha venido muy poco por aquí, y apenas me ha llamado. He imaginado que estaba liada y no he querido darle importancia. Y Eva, seguro que sigue con sus rolletes.

Cuando llegan lo que me encuentro me impresiona.

«¿Seguro que son ellas?».

Marta siempre tan fresca como una lechuga, de fresca nada. Tiene unas ojeras que le llegan a los pies y la piel pálida. Eva, la eterna positiva cuyo lema es el *carpe diem*, parece deprimida, y Sol,

sus ojos verdes han dejado de brillar felices haciendo más alarde de su verdadero nombre que nunca. «¿Cuándo ha pasado esto? ¿Por qué no lo he visto llegar?».

—Chicas... ¿Qué os pasa? ¿No parecéis vosotras? ¿Dónde está vuestra alegría? Cualquiera diría que no estáis durmiendo por las noches..., la que tendría que estar hecha polvo soy yo. Vosotras sois libres..., no tenéis un *gremlin* en casa que exige comer cada tres horas. ¿O sí?

Cambio los refrescos por una botella de vino, la vamos a necesitar.

—Pizza y vino. Buen plan —enumera Sol mientras se sienta en el sofá intentando parecer animada.

Marta ha cogido a Ángela y le hace carantoñas. La pequeña es una zalamera y le encanta la fiesta.

—Te sienta muy bien, un bebé en los brazos, Marta —bromea Eva.

Marta enmudece y mira a otro lado.

—¿Marta? ¿Tienes algo que contarnos? —pregunta Sol. La verdad es que su reacción al comentario de Eva, ha sido cuanto menos rara. Como no responde. Decido servir el vino.

—¿Vino?

—Hasta arriba —dice Eva mientras me tiende su copa, indicando que se la llene. Sol le imita.

Como estoy dando el pecho, yo beberé agua, aunque me da la sensación que no voy a ser la única.

—¿Vino?, Marta —repito. Ella niega colorada. Lo sabía. Está embarazadísima.

«Pero, ¿cuál es el problema?»

Eva y Sol, al darse cuenta, han saltado sobre ella y están abrazándola entusiasmadas. Quiero hacer lo mismo, pero por su expresión, creo que hay algún problema. Me siento en la mesa de centro delante de Marta. Apoyo las manos en sus rodillas y la miro.

—¿Por qué no eres feliz? ¿Qué problema hay? ¿Es Toni?

—Es complicado. Soy feliz. Creo que sí. Pero estoy asustada. —Mira a Ángela y sonrío con timidez—. Un bebé lo cambia todo, ¿verdad? —Yo asiento—. Toni y yo habíamos hablado de esperar un tiempo. Aún somos jóvenes. Queríamos conseguir ahorrar para mudarnos a un chalet. Y una vez conseguido lanzarnos a formar una familia. Ahora, nos va a ser imposible. Ya no podré doblar turnos, y los gastos, la guardería... Vamos a tener que olvidarnos del chalet. Nuestro piso es pequeño para los tres. Es un estudio chicas.

Sol y Eva asienten, pero no dicen nada. Creo que en esto la que más experiencia tiene soy yo, así que me toca hablar.

—La vida es complicada, Marta. Es así, siempre lo ha sido. No siempre se consiguen las cosas por el orden que se quiere, te lo digo por experiencia. Pero no por eso tienen que ser malo. Puede ser mejor, te lo prometo. —Acompaño mis palabras con una caricia en los piecitos de mi niña, y ella tan dispuesta, hace un gorjeo llamando nuestra atención. En el momento justo.

Reímos. Lloramos. Volvemos a reír. La pizza se enfría y el vino se calienta. Pero la vida es así, no puede planificarse. Hay simplemente que vivirla. Cuando nos calmamos, Sol pregunta que ha dicho Toni. Ninguna puede creer que no sea el hombre más feliz del mundo por la noticia, aunque suponga un cambio de planes.

—No se lo he dicho aún —confiesa Marta avergonzada—. No he sido capaz. No sé cómo hacerlo. Tengo miedo de su reacción.

—¡Ay, Dios! ¡Pero estás tonta! Es Toni. Tu Toni —dice Eva. —Has terminado de cenar. Ahora mismo regresas a casa. Sol ve pidiendo un taxi. —Y lo hace de forma inmediata—. Dani, trae un pañal y un par de patucos de Ángela. —Me levanto y lo hago. A saber para que los quiere.

Eva parece orgullosa de su plan. Le da los patucos y los pañales a Marta.

—Ahora mismo coges ese taxi, vas a casa y le das esto a Toni diciéndole que es lo que os espera dentro de ocho meses —dice—. Si conozco a Toni, que le conozco, estoy segura de que no vais a salir de la habitación en varios días.

Marta, no lo duda. Va a hacerlo tal y como lo ha planeado Eva.

—Ya nos cuentas cuando te deje salir de la habitación cómo ha ido, ¿vale? —bromea Sol desde el marco de la puerta. Marta asiente nerviosa con ganas de llegar a su casa y abraza a su Toni.

Nos hemos quedado las tres solas. A ver qué les pasa a estas dos. Me siento cogiendo un trozo de pizza después de acostar a Ángela.

—A ver... —las animó—. Y vosotras ¿Qué os contáis?

Las dos se miran y beben un largo sorbo de su copa de vino, relleno las copas, para hacerlas hablar va a ser necesaria más cantidad.

Recordamos viejas batallitas y comienzan a animarse. Vamos a abrir la segunda botella, cuando suena un mensaje en mi móvil. Por la hora, es de Leo, seguro. Sol, hace un gesto con la cabeza indicándome que vaya a hablar con mi amorcito, pero en sus ojos vuelvo a ver su tristeza.

«¿Por qué no me lo cuenta?».

—Leo puede esperar —aseguro—. ¿Qué te ha pasado Sol? —Sabe que voy a exigir respuestas y por cómo se han mirado, sé que Eva lo sabe. Ella suspira.

—Mal de amores, cariño. Solo que conocí un hombre maravilloso, por el que me dejé llevar, siguiendo mis propios consejos. Esos mismos que te di a ti. Pero resultó que mi príncipe, no era tal. Resultó ser, un maldito capullo. Fin de la historia.

—¿Quién es? —No hago más que pensar que si no me lo ha dicho es porque se alguien de mi entorno.

«¿Quién puede ser?».

—Creo que voy a dejar el trabajo —suelta de pronto Eva, captando toda nuestra atención.

— ¡¿Qué?! —gritamos al unísono.

Eva trabaja en uno de los hospitales más prestigiosos del país. Lo hace en oncología con las más modernas técnicas de tratamiento. Luchó mucho por llegar allí. No tiene sentido que quiera dejarlo. Tienen uno de los mayores índices de efectividad, casi milagroso, y no solo por las técnicas que usan, también por el trato que dan a los pacientes. Son un equipo bien engranado. Su jefe tiene la idea de que el cáncer no solo se trata con medicación, también con el trato al paciente, desde los celadores a los médicos y familiares. Todo el personal pone su granito de arena para la recuperación del paciente.

—Es que cada día me cuesta más. Ya da igual cuantos se salven. Muchos regresan y tienen que volver a empezar. Simplemente no puedo con ello. Cada vez que perdemos a alguien, cae como una losa sobre mí, y cada vez me cuesta más ver el lado positivo y salir a flote. Vivir mi vida al máximo ya no es suficiente, ¿y la suya? ¿Por qué tiene que ser tan injusta la vida?

Puedo entender sus palabras, siempre me ha parecido que su trabajo era muy complicado y nunca entendí como podía sobrellevarlo. Es Sol la que habla.

—¿Lo has hablado con Lucas? —Lucas es su jefe— Quizás si se lo comentas, pueda ayudarte. Lleva toda su vida luchando con ello, seguro que tiene alguna solución o consejo para que vuelvas a ser tú.

—No lo he hablado con él aún ¿Qué creéis que me va a decir? ¿Qué solución hay?

—¿Podrías cambiar un tiempo de trabajo? Aunque sea dentro del departamento de Lucas, seguro que hay trabajos de enfermería más agradecidos y aburridos que el que tú haces. Un tiempo en

ellos y seguro que echas de menos tu puesto. Podría servir para que vuelvas con las ilusiones renovadas —propongo—. ¿Podría ser? ¿No? —busco su aprobación.

—¿Sabéis? Tenéis razón. Luché mucho por ese puesto y tengo confianza con Lucas suficiente para poder hablar con él del tema. Podría intentarlo. ¿Qué puedo perder? Si no funciona siempre puedo dejarlo. Gracias por vuestro apoyo, chicas.

En ese momento, Ángela decide que tiene hambre y reclama mi atención. Me levanto dispuesta a atenderla y las chicas diligentemente recogen los restos de la cena. Es tarde, se despiden prometiendo volver otro día mientras yo sigo haciendo de mamá-vaca.

Sentada en el sillón de la habitación de Ángela dándole el pecho, el mismo sillón que instalaron para nosotros Leo y Edu, no puedo evitar pensar en esta noche. Todas las cosas que hemos vivido juntas, la universidad, chicos, fiestas, bodas, desgracias como la muerte de mi madre o la de la abuela de Eva... Pero las hemos vivido y superado juntas. Nos hacemos mayores y las cosas que nos preocupaban han cambiado. Todas hemos evolucionado, pero lo importante es que aún podemos apoyarnos y ayudarnos.

Observo que Ángela se ha quedado dormida comiendo, eso significa que pronto me despertará de nuevo. ¡Qué le voy a hacer!

Antes de acostarme miro el teléfono, efectivamente tengo varios mensajes de Leo.

«LEO: Bnoches preciosa. ¿q tal están mis chicas?».

«LEO: Imagino q estas liada. Esta pequeña no te deja. Mañana estaré allí. Tengo muchísimas ganas de achucharos. Bsos».

«LEO: Os echo de menos. Lo sabes ¿verdad?».

«YO: Bnoches Leo. Siento no haberte respondido antes. He estado cenando con las chicas y he tenido que realizar mucho refuerzo positivo. Mañana te cuento cuando nos veamos. Nosotros también te echamos de menos. Bsos».

«YO: Cuidado con la carretera. Bnoches».

Está finalizando noviembre, el frío ya ha llegado y aunque seguimos saliendo a la calle abrigadas cada vez me da más pereza. Leo ha finalizado su último proyecto en Madrid y no tendrán trabajo aquí hasta que llegue la primavera y mejore el tiempo. Durante el invierno aprovechan para avanzar con los proyectos que llevan en Murcia, dado que el clima es más cálido. Vamos a echarle muchísimo de menos.

Hoy hemos acabado pronto de cenar, Leo está acostando a Ángela y yo he aprovechado para darme una ducha relajante. He acabado la cuarentena, he estado en la revisión con Bárbara y tengo vía libre para volver a disfrutar. Si la pequeña nos deja voy a proponérselo. Salgo del baño justo cuando él entorna suavemente la puerta de la habitación donde duerme Ángela. Me he puesto un camisón con transparencias que me regalaron las chicas en mi cumpleaños y que no he podido estrenar aún. Cuando me ve, su sonrisa se amplía y pone los ojos como platos.

«Pillado», pienso.

La vuelta a la actividad sexual después de un parto es algo extraño, pero nos echábamos tanto de menos que disfrutamos ambos. Nos quedamos charlando, abrazados y calentitos en la cama esperando a que la pequeña reclame su última toma del día.

—Daniela, he estado pensando y tengo que proponerte algo —dice Leo muy serio—. Ángela cambia por momentos. Es una pasada lo que crece de un día para otro. Y cada vez me cuesta más

separarme de vosotras... Sabes que hemos acabado aquí y tengo que volver a casa... Podría venir los fines de semana, pero... ¿por qué no os venís a mi casa a pasar el invierno? —Antes de que pueda responder continúa—. Piénsatelo, por favor. No es mala idea. Tú no tienes que trabajar hasta finales de febrero, para esa época nosotros seguro que empezamos algo en Madrid de lo que yo pueda encargarme. Mis hermanos no van a poner problemas. Además, el invierno allí es más suave y podréis disfrutar de más días de sol y paseos... Y lo mejor es que estaremos juntos.

Sé que tiene razón, pero el irme supone dejar a mi padre y mis amigas aquí. Sabe lo que estoy pensando.

—Tus amigas y tus padres pueden venir. Hay puentes, está la navidad... Seguro que podrían tomarse unas mini vacaciones. Y si no, podemos venir nosotros a verlos.

Ángela llora, y me levanto a darle de comer. No le he dado ninguna respuesta, pero le beso y le digo que me lo pensaré. Sonríe porque sabe que casi me tiene convencida. A mí también me resulta demasiado difícil alejarme de él.

Capítulo 18

*E*sta semana he estado pensando en la propuesta de Leo. Lo he hablado con Sol y mi padre y animada por ellos y por el frío asqueroso de Madrid que se te mete en los huesos, he aceptado. Así que aquí nos encontramos Ángela y yo, sentadas en el asiento trasero del coche de Leo camino a Murcia, seguidos por Ángel que lleva en la furgoneta todas las cosas que la pequeña va a necesitar.

—La casa os va a encantar. Está en el centro, por lo que podrás llegar andando a cualquier sitio. La zona comercial y el puerto están a pocos minutos. También podrás usar mi gimnasio para ponerte en forma si quieres, mientras la niña juega o duerme. —Leo está entusiasmado por recibirnos en su casa y no para de contarme cosas de Cartagena durante todo el viaje.

Viajar con niños es terrible, tenemos que parar mil veces, para darle de comer y para cambiarle el pañal. Al final Ángel desiste y decide dejar de pararse para ir preparando las cosas en casa de Leo para que cuando lleguemos la pequeña pueda descansar. Hemos sufrido la novatada de los primerizos. Tendríamos que haber salido de noche, de forma que Ángela habría ido durmiendo sin enterarse.

Por fin, después de lo que parecen mil horas llegamos a su casa agotados. La casa es espectacular y me la enseña después de acomodar a la pequeña en su cuna.

Es un ático con unas vistas preciosas de la ciudad, decorado con mucho gusto, muy moderno y minimalista. Se nota que es el piso de un hombre soltero. No le falta ningún lujo, pantalla de televisión gigante, impresionante equipo de sonido, una habitación transformada en gimnasio y estoy segura de que bajo el mueble de la tele se esconden varias videoconsolas de distintas marcas y modelos. La cocina, el baño y su dormitorio con vestidor también son espectaculares.

Estoy impresionada, teniendo este pedazo de casa ha estado viviendo en mi mini piso de alquiler sin quejarse.

Entro en el baño, necesito urgentemente una ducha relajante que me quite el cansancio del largo viaje, y desentumezca mis músculos.

«¿He hecho bien al venir?», me pregunto.

Al salir de la cabina, me parece escuchar música bajita, asomo la cabeza aún envuelta en la toalla observando la habitación y lo que veo me deja pasmada.

La habitación de Leo está en penumbra. La única iluminación es la que producen varias velas estratégicamente ubicadas aquí y allá. La música que suena es nuestra canción. Siempre que la escucho, da igual en qué versión, me recuerda a él.

Leo está en el centro de la habitación, lleva puesto solo los pantalones de su pijama, mostrando su imponente torso y ese tiburón que me vuelve loca. Extiende los brazos hacia mí, y con la mirada me suplica que me acerque. Mis pasos me llevan lentamente a él. Me rodea con sus brazos, siento su cálida piel y bailamos, dejando que la letra nos transporte a esa historia de amor. No hay

césped bajo nuestros pies descalzos, pero sí bailamos en la oscuridad, sí me envuelve con sus brazos y sí me siento enamorada.

Comienza otra canción lenta, pero no alcanzo a recordar de quién, Leo ha levantado mi barbilla con su mano para acercar mi boca a la suya y ha comenzado a besarme. Sus besos, sus manos por mi cuerpo, la toalla cae al suelo, sus pantalones también... Por fin me siento yo, no hay un bebé dentro, no siento miedo por ser la primera vez después del parto. Yo, Daniela, una mujer, no solo una madre, una mujer que se derrite en sus manos.

«Sí he hecho bien. Estoy segura de ello»

Pasamos el fin de semana juntos en casa. Ángela se ha adaptado bien, no extraña la cuna, y mantiene sus horarios. Leo aprovecha para enseñarnos la ciudad. Es cierto que desde su casa hay múltiples paseos muy agradables, nos muestra dónde vive la abuela, y dónde lo hace Ángel, pero disfrutamos del fin de semana sin visitas. Da la sensación de que Leo quiere atesorar estos momentos, está siendo egoísta porque sabe que a partir del lunes tendrá que compartírnos con su trabajo, con su familia, con sus obligaciones...

Es asombrosa la rapidez con la que la niña y yo hemos invadido el ático de Leo. Hay cosas de la pequeña por todos sitios, biberones, chupetes, la bañera, la mini cuna, la mantita de juegos, la hamaquita, la trona, mordedores, peluches, sonajeros... Yo intento tener todo recogido cuando él llega por la tarde. Sé que siendo tan ordenado tiene que molestarle todo este desastre, pero la verdad es que es un sol y no se queja.

Mientras Leo trabaja, nosotras intentamos buscar una rutina. Salimos de paseo, hacemos la compra, cocinamos, hacemos gimnasia, vemos la tele... Toda la familia Cano está muy ocupada, pero intentan hacernos un hueco en sus apretadas agendas. Sé que Leo intenta llegar pronto para estar con nosotras, aunque a veces le sea imposible.

Los martes junto a su madre se reúne con el abogado y suelen acabar muy tarde. Son los días que Ángel aprovecha para venir. Como él dice «Los rollos de picapleitos son cosa de ellos».

Aunque los fines de semana, cuando solemos comer en el piso de África o vamos a la casa que tienen en Mazarrón, coincidimos con Ángel que, delante de Leo mantiene las distancias con la pequeña. Imagino que para no incomodarle.

Pero los martes, los martes son su tarde, sin Leo delante, Ángel se dedica a disfrutar de la pequeña como todo un padrazo. Nos acompaña en nuestro paseo, si hace bueno, llevándola con el fular de porteo. Y si hace aire, cosa que pasa de forma frecuente, nos recoge en su coche, y nos lleva al centro comercial. Se ha comprado una sillita de coche para poder hacerlo. Allí merendamos y se ocupa paciente de ella mientras yo miro escaparates y compro alguna cosa.

Pasando tiempo con Ángel descubro que es mucho más sensible de lo que aparenta. No tiene nada que ver con el hombre rudo que intenta vender. En el fondo me recuerda mucho a Eduardo. Habla de su niñez como sus hermanos, de su padre lo hace con adoración y de su madre con amor. Es el mayor de los Cano y por esa razón, se siente responsable del legado de su padre, lucha cada día por levantar la empresa como mejor sabe, desde abajo. Construyendo y dejando a sus hermanos que planifiquen. Pero es él el que está a pie de obra, levantando de la nada los muros de los diseños de Eduardo, con los materiales que consigue Leo haciendo realidad los sueños de sus clientes. Son casas que construye con sus manos, en las que viven familias y de las que habla con orgullo.

Le gusta hablar del futuro, de cómo será Ángela, de lo que le gustaría enseñarle, de los valores que considera importantes...

Esta tarde, hemos llegado a casa pronto tras nuestro paseo porque ha comenzado a hacer frío. Sí, sorprendentemente, en Murcia hace frío. Es distinto, no tan intenso como el de Madrid, pero esté sí que se te mete en los huesos para no salir en todo el día. ¡Y me quejaba yo de mi casa!

Ángel está preparando un chocolate caliente cuando salgo de cambiarme y acostar a la niña. Según comenta es una receta casera de su madre y él es el único que la clava sin que se note diferencia.

Me gustan las tardes de los martes, me he encontrado esperándolas con ilusión, ya que me acercan un poco al padre de mi hija. Como hoy cuando, ya sentados en el cómodo sofá, dejando que el chocolate caliente entibie nuestros cuerpos, ha comenzado a contarme aquello que, África insinuó en alguna ocasión y, que según ella había sido la razón principal de la reacción tan negativa de Ángel ante la idea de ser padre.

—Hace tiempo que quiero pedirte perdón por mi reacción inicial cuando me dijeron lo del bebé. —Empezó diciendo. Cuando voy a darle la réplica levanta su mano pidiendo mi silencio—. No sé hasta qué punto sabes la razón de mi reacción, ni lo que te han contado, pero quiero que lo sepas por mí, necesito que entiendas cómo me sentí al saberlo. —Tras unos segundos de silencio continúa hablando—. Tenía dieciocho años, el verano había terminado. Había estado tonteando con una de las chicas de Mazarrón. Todos los veranos nos juntábamos la pandilla, los que sólo íbamos de vacaciones y los que vivían en el pueblo. Como es habitual, todas las temporadas surgían rollos entre nosotros. Quizá fuera Edu el único que no cambiaba de pareja, él tenía a Anabel. Mi rollo de ese verano terminó con la llegada de septiembre, regresé a la rutina y pasó el tiempo.

Nosotros volvemos a Mazarrón de forma frecuente, pero yo prefería quedarme aquí los fines de semana. Ya estaba trabajando con mi padre y aprovechaba para pasarlo bien, ya sabes...lo típico a esa edad. Recuerdo que un domingo estaba durmiendo la resaca cuando mi padre me sacó de la cama de muy malas maneras. No entendía que hacía allí, debería estar en la playa. Cuando mi mente empezó a funcionar comprendí lo que me estaba diciendo. Conchi, mi rollo del verano estaba embarazada, y todo el pueblo pensaba que era mío, incluso ella había ido el día anterior a decirlo en mi casa. Me exigía que me hiciera cargo. En *shock*, me duché y con la mente más clara decidí hacerlo. No soy tan cabrón como todos piensan. La chica no me interesaba, no había sido amor, sino un rollete divertido, pero había tenido consecuencias y llevaba en su interior a mi hijo. Me arreglé y volví con mi padre a la playa. Esa tarde hable con ella y decidimos casarnos. Me ocuparía de ella y el bebé. Desde ese domingo mi vida cambió, me dediqué a trabajar de lunes a viernes y a verla los fines de semana. No la quería, pero fingí hacerlo, intenté formar parte de una pareja, ser el novio que toda chica pudiera desear. Me ilusioné con el bebé, no te haces una idea de cuánto. Todo lo estaba haciendo para que creciera en una familia, en un hogar, pero... —Su rostro se ensombreció por el dolor del recuerdo, pensé que ahora vendría el momento en que me contaba que la chica había sufrido un aborto y habían perdido al bebé, pero no, lo que me contó fue sorprendente—. Leo y Edu vinieron a verme, yo estaba arreglando la casa que había alquilado para nosotros en Mazarrón pueblo, cerca de la de sus padres. En sus caras vi que tenían algo importante que decirme. Algo que iba a cambiar de nuevo mi vida. Ella me había engañado, no sé cómo lo supieron, quizá por alguna amiga, pero estaba embarazada de un mes menos de lo que

decía, por esa época ya no estábamos juntos. Si era cierto, yo no era el padre. No sentí alivio al saberlo, sino un profundo sentimiento de pérdida, de vacío y luego... rabia por haber sido engañado, vergüenza por haberlo creído todo sin cuestionar nada. Fui a su casa acompañado de mis hermanos, buscando la verdad. Finalmente, ella no pudo soportar la presión y lo reconoció. El bebé era de un chico del pueblo, un pobretón sin oficio ni beneficio; aprovechando nuestra relación anterior se había inventado todo para asegurarse un buen futuro para ella y su bebé. Yo era mejor opción, trabajaba y pertenecía a una familia con un negocio próspero. Actualmente ella tiene un par de hijos más y está felizmente casada con aquel chico y no les va mal. Yo por mi parte soy desconfiado y sigo solo. Creo que con aquel bebé también desapareció parte del niño que fui.

Ha terminado y me mira esperando una reacción por mi parte. No puedo evitar abrazarle. Lo entiendo, cuando llegué yo con el mismo tema tuvo miedo de que fuera de nuevo un engaño. No quiso sentir esa pérdida de nuevo, no quiso arriesgar a perder otra parte de él.

Capítulo 19

No sé en qué momento ocurre, ni la razón, pero lo que los primeros días era una maravilla pronto se convierte en algo desesperante. Ángela, apenas me deja dormir por las noches. Intento llevarla a otra habitación para que Leo pueda descansar. Él se levanta muy temprano y cada vez regresa más tarde. Me paso el día sola, y aunque intento seguir la rutina que me he establecido de gimnasio, paseo, comida, siesta y paseo, cada vez se me hace más difícil.

Hay días que cuando Leo llega Ángela no me ha dejado hacer nada, me encuentra bañándola con la casa manga por hombro y la cena sin hacer. Es cierto que no dice nada, pero sé que llega cansado, no ha podido dormir como yo y sé que lo que menos le apetece es lidiar con un bebé llorón y una casa hecha un desastre. Imagino que si no estuviéramos nosotras se pediría una pizza, se tomaría una cerveza y se pondría a ver algún partido o lo que fuera en su gran pantalla. Esa que apenas ha encendido desde que estamos aquí.

Hoy, además, mis amigas que iban a venir a pasar el puente de diciembre me han avisado que no podían porque Marta se encontraba mal, a Sol le habían cambiado el turno y Eva no quería venir sola. Así que estoy desanimada y de mal humor. Me siento agobiada.

Estoy preparando algo rápido para cenar, Leo ha salido de la ducha, parece que se ha despejado y me abraza por detrás. Me susurra que la niña está dormida que podemos aprovechar.

¡Aprovechar! Es lo último que me apetece. ¡Con todo lo que tengo que hacer! No me he duchado me siento pegajosa, estoy sin depilar y tengo sueño. Pero como puedo le pongo una excusa y me lo quito de encima.

Le suena el teléfono y se va a hablar al salón. Tarda poco en volver, pero el tono con el que hablaba no me ha gustado. Normalmente suele hablar delante de mí y usa un tono más profesional. Sé que no ha sido una llamada de trabajo ni nadie de la familia. Algo me dice que se trataba de una antigua *amiga*.

De pronto, me encuentro desenado que llegue el martes. Ángel vendrá a recogernos como siempre para hacernos sentir mimadas y especiales.

Esta vez hemos salido con el cochecito a pasear por la ciudad, tras un rato andando, Ángel propone entrar en una cafetería. La niña está dormidita y me muero por algo dulce, así que acepto.

Ya sentados Ángel me dice preocupado.

—Te veo triste, Dani ¿Qué te pasa?

Podría decirle que es porque me siento decepcionada porque las chicas no pueden venir, pero sé que no es solo eso. En este tiempo, se ha convertido en alguien muy especial para mí. Así que decido desahogarme.

—Por un lado, estoy decepcionada porque las chicas no hayan podido venir. Las echo muchísimo de menos y quería verlas. Por otro, cuando propuse ir nosotros a Madrid, para Leo

todo fueron problemas. Es cierto que está cansado. Trabajáis mucho. Y también que es un viaje largo para Ángela, pero...

—Pero vamos a pasarlo juntos en Mazarrón. Vendrán Edu y Juan. Ya verás cómo no os aburrís.
—No me convence.

—No vamos a dejarte sola Dani.

—No me malinterpretes. No es que no quiera estar con vosotros. Es que echo de menos mi vida anterior. Ahora todo parecen problemas. No me siento en casa, Ángel. Lo que siento es que la niña y yo somos intrusas en la casa de Leo, en la vida de Leo.

—No creo que sea así, pequeña. Me consta que Leo os adora. Lleva unos horarios terribles para llegar pronto a casa y ver a Ángela un rato despierta. Se enfada cuando alguna reunión se retrasa y se da cuenta de que no va a llegar al momento de su baño.

—Pero..., Ángel, tú vienes todos los martes. Dedicas esa tarde a la niña, llueva, truene o nieve. Nunca has fallado.

—El trabajo de Leo es más complicado. Yo tengo un horario más cerrado. Sé a qué hora llego y a qué hora me voy. Los martes puedo delegar en el encargado y si surge algún problema, sé que me va a avisar. Leo tiene que atender a los clientes, los proveedores..., son reuniones que sabe cuándo empiezan, en el supuesto de que no se retrasen, pero no cuando van a terminar. Pero no solo eso. Luego ayuda con las facturas a mamá. Y tiene que enviar *mails* a Edu con las ideas de los clientes para que él desde Madrid pueda hacer los cambios en los diseños. Está haciendo su trabajo, el de Edu y parte del de mamá.

—No lo había mirado desde esa perspectiva y me siento egoísta. Yo me paso el día ociosa y pienso que mi día ha sido peor que el suyo. No me cuenta qué ha hecho, ni si se ha retrasado un cliente o un proveedor. ¿Cómo narices iba a saberlo?

—Para eso estoy yo, pequeña —dice Ángel, pellizcándome la mejilla como hacia mi abuelo.

Esa tarde llego a casa con una visión distinta. No voy a hacer la cena. He comprado una empanada en una pastelería cuando regresábamos y vamos a tomarla con una cerveza vagueando delante de la tele.

Cuando Leo llega, estoy terminando de bañar a Ángela.

—¡Hola! —Intento ser amable y no un ogro amargado como he sido hasta ahora—. Cámbiate, anda. ¿Te apetece ponerle el pijama?

Leo no dice nada, pero pronto aparece duchado y cambiado, dispuesto a disfrutar de un rato con la enana. Me besa la cabeza y me dice.

—Dúchate tú. Yo me encargo de ella...

Los dejo solos. Hasta la conversación de hoy con Ángel no había sabido entender que Leo necesita, y pese a un día duro, estar un rato con ella. Erróneamente pensaba qué éramos una carga y estaba intentando que todo estuviera hecho cuando él llegara para incordiarle lo menos posible.

Me ducho tranquila, disfrutando de este pequeño descanso. Y cuando salgo ya en pijama, me siento como nueva.

Leo está en la habitación de Ángela, cantándole una canción, que ella escucha intrigada. Es una imagen tan tierna que no puedo interrumpirla. Les observo desde el marco de la puerta.

Cuando ella reclama su toma, decido entrar y abrazo a Leo por la espalda, besando su hombro a la vez que digo:

—Anda, deja a mama-vaca que alimente a bebé-ternero. Si quieres ve cortando la empanada y poniendo la mesa en el salón. No creo que tarde. Tiene que estar hambrienta.

Y así es como, gracias a las palabras de Ángel, Leo y yo retomamos nuestra armonía. Tras la cena fría, charlamos tranquilamente sin interrupciones, nos acostamos y por primera vez en varios días volvemos a dormir acurrucados.

El puente, como estaba previsto, lo pasamos en familia, en la casa de Mazarrón. Nos juntamos con sus hermanos, ya que Edu y Juan han venido desde Madrid. Todos se portan fenomenal con nosotras y descanso bastante. A Ángela debe de gustarle el sonido del mar porque duerme las noches de un tirón.

Leo me propone salir a cenar solos, y aunque no me gusta la idea de dejar a Ángela, África y Ángel me convencen. Lo hago porque sé que les hace mucha ilusión hacer de papá y abuela. Y porque creo que nos vendrá bien un rato a solas. Nos vamos temprano ya que Leo quiere llevarme a ver unas calas preciosas y unas vistas que cree que me encantarán. Y tiene razón es un paisaje espléndido. Al anoecer cenamos en un sitio típico marinero. Nos relajamos y charlamos como antes, como al principio. Recuerdo aquella noche en el italiano de Madrid. Nuestra primera cena. No ha pasado mucho tiempo, pero si muchas cosas en él.

Al salir un grupo saluda a Leo.

—Tío... ¡cuánto tiempo! Te cotizas muy caro —le dice uno de ellos.

—¡Ey! Ginés ¿qué te cuentas? —responde Leo.

—Pues aquí tomando unos *litros* con unos amigos. A ver cuando retomamos las noches de *Play*. Seguimos quedando los jueves, ahora en casa de Javi, pero tu tele es más grande. —Ríen

—Bueno..., ya veremos. Os aviso, ¿vale? —contesta Leo.

Me siento culpable. Sé que nuestra presencia en su casa ha cambiado su vida.

—Leo, si quieres que nos volvamos a Madrid. Dímelo. Lo entendería. Te hemos invadido literalmente y hemos cambiado tu vida. —Adiós relajación. No hago más que comerme el coco.

—No seas tonta Daniela. Estoy feliz por teneros conmigo. No os cambiaría por nada ni por nadie.

No termino de creerlo, no comprendo cómo puede querer cambiar su libertad por el estrés que le llevamos. Además, me ha llamado la atención que no ha explicado a sus amigos su nueva situación y ni siquiera nos ha presentado.

«Extraño ¿No?».

De camino al coche, comienza a mordisquearme la oreja y a susurrarme que me desea. Me pone a cien y acabamos haciéndolo en la oscuridad del parking dentro del vehículo como unos adolescentes.

Nos ha venido muy bien la escapada y dejarnos llevar un poco. Cuando entramos en casa estoy más calmada. Intentamos no hacer ruido, pero están casi todos despiertos. La escena que nos encontramos en el salón es entrañable.

Edu tiene a Ángela en brazos dispuesto a darle el biberón. Ella le mira con sus ojazos bien abiertos sabiendo lo que toca. Ángel ha debido de prepararlo porque lo tiene en la mano, y antes de entregárselo a su hermano está comprobando que la temperatura es adecuada añadiendo unas gotas en su muñeca. África les contempla con ojos emocionados desde su sillón, mientras está tejiendo algo. Seguramente otro jersey.

Ángel entrega el biberón a Edu, indicándole cómo tiene que dárselo a la pequeña para evitar que se atragante, tal y cómo le enseñé yo a él hace unos días en una de sus visitas. Son todos unos padrazos. Y ella, lo chocante es que espera paciente, porque lo normal es que estuviera llorando exigiendo su toma.

Leo me abraza desde atrás, escondiendo la nariz en mi corto pelo. Me besa la cabeza y nos mantenemos así unos minutos sumidos en nuestros pensamientos.

—Es sorprendente como alguien tan pequeño y con tan pocos días de vida pueda provocar sentimientos tan profundos —me susurra Leo—. Ángela nos tiene enamorados a todos.

—¿Verdad? —respondo—. Es cómo dice esa canción de Paula Rojo, la de *Solo tú*. Es en momentos como este cuando la entiendo perfectamente.

—Creo que no la he escuchado nunca.

—Pues deberías hacerlo.

África cruza su mirada conmigo y me sonrío. Me siento tan feliz. Por unos días todo ha vuelto a ser como al principio.

Capítulo 20

Concluido el puente volvemos a su casa, la niña va relajada en su sillita y yo voy a su lado sujetando su manita, ya que quiero que pese a la oscuridad del habitáculo sienta que me tiene cerca. Durante el camino de vuelta recibe una llamada al manos libres y el nombre de Rebecca se ilumina en la pantalla del navegador. Leo cuelga sin responder. Antes de llegar la chica le vuelve a llamar y él hace lo mismo sin decir nada. Ella no vuelve a insistir. Inmediatamente después, suena el tono de mensaje, cuyo símbolo queda reflejado en una esquina del panel, él no mira el móvil, no es necesario, ambos sabemos quién lo ha enviado.

Los días siguientes son estresantes para Leo. Tiene que entregar un proyecto que va muy retrasado antes de navidad y apenas está en casa, incluso Ángel nos falla la tarde del martes.

Entiendo que están liados, pero no estoy acostumbrada a estar tan sola, no me encuentro en casa, no conozco a nadie y no tengo nada más que hacer que dedicarme a mi pequeña. El mundo se me viene encima, ¡si al menos pudiera desahogarme con mis amigas! No estoy acostumbrada a este tipo de vida contemplativa, soy una mujer independiente y trabajadora habituada a no tener tiempo libre.

A todo ello se suma que Ángela está más llorona que nunca y no se conforma con nada. No me apetece salir y me paso el día encerrada, amargada y celosa, porque cada vez es más frecuente que Leo reciba esas llamadas que sé que son de sus antiguas amigas.

Por si fuera poco, mi libido está en números negativos hasta el punto de que cuando se acerca y le veo con intención invento cualquier excusa y le eludo.

África, Ángel y Edu me visitan cuando pueden. También están bastante liados con el cierre del año. Ya ni los martes con Ángel suponen un aliciente.

Intento hablar con Sol, con mi padre..., pero la niña enseguida reclama mi atención, así que apenas puedo desahogarme. Siento que voy a estallar. Me siento fatal.

Cada vez es más frecuente que cuando llega Leo yo ya estoy durmiendo y cuando él se va aún no me he despertado, o por lo menos eso le hago creer, porque no estoy preparada para enfrentarme a él. Me duele saber que le estamos haciendo la vida imposible, invadiéndole y limitándole. Está estresado y amargado, aunque tanto cuando se acuesta como cuando se levanta besa a la niña y a mí con cariño. Somos su responsabilidad y he llegado a pensar que, realmente no lo necesita, como le pasaba antes. Debe de estar harto de nosotras. Yo estoy cansada de la situación y Ángela si es mi responsabilidad.

Intento ver las cosas como me dijo Ángel, intento entenderle, pero ya no puedo, cada vez me resulta más difícil. Me siento autodestructiva, he entrado en una espiral de la que no consigo salir, solo pienso que fue un error venir, que le estamos amargando la vida a Leo o mejor dicho...que le hemos robado la vida.

La próxima semana será Navidad y ha de irse unos días con Edu y unos clientes a ver unas casas en Marbella. Me dice que van a ser solo tres días, pero no me hace ninguna gracia. En un principio Nochebuena y Navidad las íbamos a pasar en Madrid, pero como el proyecto de Leo se ha retrasado y tiene que quedarse, tendremos que posponer nuestro viaje y cada vez echo más de menos a mi familia y mi casa. El maravilloso sol de Murcia ha desaparecido y el tiempo es como mi estado de ánimo, frío y triste.

Por si fuera poco, ha sido marcharse Leo, y comenzar Ángela a llorar sin control. Llevo toda la mañana intentando calmarla y no hay manera. Empiezo a quedarme sin paciencia.

—Mierda, ¿Qué te pasa? —le grito desesperada como si la pobre fuera a responderme.

No consigo que coma, no consigo que duerma y me está agotando. Noto que está más caliente de la cuenta y aunque pienso que será por el berrinche que lleva, me quedo inquieta. No tiene la garganta irritada y parece que no le duelen los oídos. Aun así, decido observarla por si estuviera incubando algo.

Y mi instinto no me falla, porque a última hora de la tarde se pone hirviendo. Le tomo la temperatura y la tiene altísima. Preocupada la desnudo y la meto en un baño tibio para intentar bajarle la fiebre y llamo a África. Tengo que llevarla a urgencias y Leo me ha dejado sin coche.

La abuela llega enseguida acompañada de Ángel y llevamos a la pequeña al hospital. Después de una larga espera y varias pruebas, el pediatra determina que tiene una infección de orina. Cuando regresamos ya de madrugada tengo que controlarle la fiebre con antitérmicos y darle antibiótico. ¡Con lo pequeña que es! África quiere quedarse conmigo, pero no se lo permito. Ángela es mi responsabilidad y debo encargarme yo. Además, están muy liados con la empresa y no quiero ser ningún estorbo.

El antibiótico no le hace efecto hasta pasados dos días, en los que tengo que estar controlando la fiebre con los medicamentos y, cómo no consigo que le baje, ayudarme con baños tibios y gasas frías. Apenas he podido dormir y mucho menos comer. He recibido alguna llamada de Leo, pero por una u otra razón, no he podido devolvérsela. Bueno, la verdad es que estoy frustrada y tan cansada que sé que si habláramos acabaría por echarle en cara el habernos dejado solas, y sé que no tiene la culpa de la enfermedad de la niña, y mucho menos somos su responsabilidad. Decirle lo que está pasando solo va a servir para que se ponga nervioso. Él, al final, ha optado por enviarme mensajes informándome de cómo le está yendo el viaje a los que yo estoy respondiendo de forma muy escueta e impersonal. No sé lo que me pasa, pero no me sale hacerlo de otra manera.

África ha estado ayudándome un rato por las mañanas y Ángel por las tardes, pero estoy exhausta.

Hoy ha empezado por fin a remitir la fiebre, esta noche llegará Leo y espero poder descansar un poco. Ángel acaba de marcharse y he aprovechado para relajarme en el sofá con la pequeña tranquila en mis brazos. Debo haberme quedado dormida, no sé durante cuánto tiempo, unos minutos quizá, pero están llamando insistentemente a la puerta. Me levanto un poco desorientada aún, no sé qué hora es. Podría ser Leo que ha olvidado las llaves. Con la pequeña Ángela en brazos salgo a abrir.

Pero no es Leo. Me encuentro tremendamente imbécil parada ante la inesperada visita, con la niña en brazos, sucia, despeinada y ojerosa y para colmo con un pijama que huele a leche agria de bebé.

—Hola, ¿está Leo? —pregunta una espectacular mujer rubia que parece recién salida de un catálogo de moda. Lleva un minivestido escotado que deja entrever sus espectaculares pechos y sus largas piernas. Acompaña el conjunto con una botella de cava frío en su mano.

—Er... Er... —Me he quedado sin habla.

—¿Es que Leo ya no vive aquí? —me pregunta—. No me ha dicho que se haya mudado.

—Er... Sí. Pero aún no ha llegado —consigo decir. Imagino que esa chica está pensando que es imposible que alguien como Leo tenga a una indigente como yo bajo su techo.

Justo en ese preciso instante aparece él, tan guapo como siempre y se nos queda mirando. En ese momento es cuando lo veo claro. Puedo ver mi aspecto en el espejo de la entrada. Y compararme con esa espectacular mujer. Soy un adefesio. Demacrada. Amargada. Sin ningún atractivo.

¿Cómo puede Leo querer estar conmigo si puede tener ese tipo de mujer? Yo ahora mismo solo quiero dormir y esta chica viene claramente a follar con él. Algo que no sé si yo querré hacer en un futuro próximo. Me enfado, me pongo celosa y reacciono diciendo con desprecio.

—Leo, te buscan... —Y entro en casa con la niña en brazos para dejarla en la cuna.

Leo, entorna la puerta y habla con esa mujer unos minutos en el descansillo. No es capaz de decirle que está conmigo y que se vaya a paseo. ¡Menuda fresca! Si se ha presentado en ese plan es porque en otra ocasión ha tenido éxito. No creo que sea la primera vez.

«¡Dios! ¿Con cuántas mujeres se habrá acostado en esta casa? ¿En la cama que ahora comparte conmigo?».

Empiezo a perder los nervios. Los celos me pueden.

Por fin entra Leo. Se acerca con intención de darme un beso. ¿No me va a dar ninguna explicación? ¿No va a decirme quién era ni qué hace en su casa de esa guisa? ¿Va a actuar como si nada? Como hace cuando recibe llamadas de sus amigas. Si no hablamos del problema, es que no hay problema. «¡A la mierda!». Rechazo el beso, ahora es lo último que deseo.

—Joder Daniela, ¿llego cansado después de un viaje y ni siquiera me vas a dar un beso?

—Mira. Cansada estoy yo. Es más, cansada no. A GO TA DA —replico remarcando las sílabas.

—No te entiendo. Cada vez estas más arisca ¿Qué narices te pasa conmigo? —inrepa.

—¿Qué que me pasa? ¿Quién coño es esa mujer Leo? ¿A qué venía?

—Sabes perfectamente a qué venía. Y da igual quién es. Pertenece a mi pasado.

—Y todas esas chicas que te llaman, ¿también lo hacen por lo mismo, Leo? —permanece callado. El que calla otorga—. ¿Con cuantas chicas te has acostado en esa cama, Leo? —sigue sin responderme—. ¿Nos has traído a tu puto picadero?

—Mira. Ya te dije antes que no era un santo. He tenido un pasado, pero es PA SA DO. Dani, ¿es qué no puedes entenderlo?

—Lo que no entiendo es qué coño haces con nosotras. ¿Somos tu obra de caridad del año? —río histérica de mi ocurrencia.

—Cálmate Daniela. No entiendo que ha pasado para que estés así. Tranquilízate por favor.

Pero no lo hago. Que me trate de tonta me enfada aún más y sigo echándole en cara su pasado. Hasta que al final él acaba perdiendo la paciencia.

—La verdad... es que cada vez me cuesta más entender qué coño hacemos juntos. Si cada vez que me acerco me huyes. Hace días que no nos acostamos. Me cuesta horrores sacarte una sonrisa y mucho más un beso o una palabra cariñosa. Te has vuelto arisca conmigo..., y me desespera no saber por qué... Joder soy un hombre y tengo necesidades, Daniela.

—Pues de mí no esperes nada. Y menos en este picadero de mierda que tienes montado. Y si tienes necesidades no sé por qué no las cubres..., candidatas no te faltan ¿verdad? Por la puerta

acaba de salir una que seguro que las puede satisfacer con creces.

—Tienes toda la razón —grita dolido—. Llego a casa cansado y deseando disfrutar con mi mujer..., y te encuentro amargada y asqueada. No tengo por qué aguantar esto. Me largo a satisfacer mis necesidades donde sí están dispuestas a dejarme.

Sin más sale por la puerta dando un portazo.

—¡Cabrón! —grito lanzando lo que llevo en la mano, que se estrella contra la puerta cerrada.

Ángela llora. Se ha despertado con nuestras voces o nuestros golpes.

«¡Dios! ¿Por qué me está pasando esto?».

Las lágrimas recorren mi rostro, dejando surcos de dolor a su paso. ¿Cómo hemos acabado tan mal!? Esto ha sido un error desde el principio. Le he hecho cargar con una responsabilidad que no era suya y nos ha pasado factura.

Esta casa de pronto me ahoga. Vuelvo a pensar en todas las mujeres que han debido pasar por ella. Dónde y cómo se las habrá tirado. Decido que tengo que salir de allí. No puedo más. Tengo que irme. ¡Irme ya!

Llamo a Ángel. Es el único que puede ayudarme. Sé que va a hacer lo que le pida. Llorando le digo mil veces que tengo que irme. Él me pregunta qué ha pasado, pero solo le contesto que tengo que salir de allí ya. Que tengo que irme.

Empiezo a meter mis cosas y las de la niña en una maleta. No necesitamos mucho. Solo tengo que salir..., lo necesito. Es mi único objetivo. Huir de esta casa que me asfixia, en la que no puedo respirar.

Ángel no tarda en llegar. Preocupado. No sabe si le ha pasado algo a alguien de mi familia o si he discutido con Leo. No me pregunta.

Estoy histérica y solo puedo decirle que tengo que ir a casa, a MI casa. Abrigo a la niña y la meto en la silla.

Ángel prepara su coche para llevarnos a Madrid. Sé que llama a su hermano, pero no debe cogérselo porque acaba hablando con su madre para decirle que no sabe que ha pasado pero que nos va a llevar a casa.

«El muy capullo estará disfrutando con esa guarra —pienso—. Y está demasiado ocupado para coger el puto teléfono».

En el asiento trasero del coche de Ángel voy acurrucada junto a Ángela. Lloro y lloro, y él lo respeta. Avisa a Sol, para que prepare la casa y nos espere.

Escucho sus voces amortiguadas, como si no estuvieran relacionadas conmigo.

Tras un largo viaje en el que no he sido consciente del tiempo y la pequeña ha permanecido dormida, llegamos a mi casa. Se me hace raro, pero es un lugar conocido, es mi hogar.

Hablan entre susurros y no entiendo lo que dicen. Sé que Sol debe estar preguntándole qué ha pasado, pero él no puede responder. No lo sabe. No se lo he dicho. No puedo recordar. Tengo que olvidar.

Sol está conmigo. Me abraza y me acaricia la cabeza mientras no puedo dejar de llorar y me susurra palabras de ánimo. No me pregunta qué ha pasado. Apenas hablo.

En algún momento de la noche me quedo dormida. No sé cuánto tiempo pasa. Estoy en un estado de semi inconsciencia, en el que duermo y me despierto, recuerdo, lloro, me duermo.

Sol entra de vez en cuando para darme agua, o un caldito de Juana. Pero no tomo nada. No me entra nada y las cosas se amontonan en la mesilla.

Ángel también entra en la habitación y se despide, pero no soy consciente del tiempo que ha pasado.

—Dani..., tengo que irme, preciosa. No me gusta verte así. Tienes que reponerte y volver a sonreír. Ésta no eres tú. Cuida de nuestra pequeña y anímate. Sabes que me tienes ahí para lo que necesites ¿verdad? Puedes contar conmigo. —Asiento. Y él me da un beso en la frente—. Te llamaré. —Es lo último que me dice antes de irse.

Creo que se hace de día, luego de noche, de día...de noche.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando oigo a Ángela balbucear.

«¡Ángela! ¡Mi niña!».

Me asomo a la cuna y ella me sonrío. Tengo que vivir por ella. Mi pequeña es preciosa, no se merece una madre amargada. Tengo que obligarme a pasar página y olvidarme de él.

La cojo y la abrazo fuerte. He decidido que voy a luchar por ella.

Salgo de la habitación con la niña en brazos y Sol, Eva y Marta que están en el salón me miran. Ninguna me pregunta qué ha pasado. Han debido de hablar con la familia de Leo y a estas alturas ya lo sabrán todos. Agradezco que no lo hagan.

Capítulo 21

*H*an pasado varios días desde aquello. Las chicas, mi padre y Ana e incluso Juanjo se han ido turnando para no dejarnos solas. Ninguno me pregunta, todos me respetan. Saben que cuando esté preparada hablaré.

Intento volver a mi rutina. Salgo a pasear con la niña, hago la compra... Es navidad en Madrid. Echo muchísimo de menos a Leo; pienso mucho en qué estará haciendo, pero no puedo ser egoísta. Estoy segura de que lo nuestro hubiera funcionado en otro momento, pero ahora es imposible. Él tiene unas necesidades y yo demasiada responsabilidad. Él no puede ser lo primero para mí. Ni yo tampoco. Mi prioridad es Ángela.

Hasta el momento mi teléfono ha estado apagado, pero se acerca el día de navidad y decido encenderlo. Hay montones de llamadas de Leo y mensajes. Los borro sin leer. También hay llamadas de Ángel, África, Edu e incluso Juan. Ya se las devolveré cuando me encuentre más fuerte ya que ahora no estoy preparada.

Al salir del trabajo, mi padre y Ana se pasan por casa. No han podido evitar comprarle a Ángela un pijamita de reno. Estará preciosa con esa capucha con orejitas, cuernos y una nariz roja. Me anima y les invito a pasar la nochebuena en mi casa. Es pequeña, pero podremos organizarnos.

Ilusionada con los preparativos logro sacar un poco de mi cabeza lo que ha pasado y me encuentro más animada. Tengo que organizar una cena fácil para cinco personas. Nos reuniremos Ana y mi padre, Sol, Eva y yo. Marta tiene que pasar, muy a su pesar, la noche con sus suegros.

La mañana de Nochebuena, Sol y yo estamos preparando las cosas para la cena, mientras la pequeña descansa, después de la noche toledana que me ha dado.

—Te encuentras mejor ¿Te apetece contarme lo que ha pasado? —me pregunta Sol. Apetecerme no me va a apeteecer nunca, pero creo que se lo debo, ya que ha sido mi paño de lágrimas y quién se ha encargado de Ángela como si fuera su propia hija.

Así que le cuento cómo poco a poco se fueron transformando las cosas entre Leo y yo.

—Pero Dani, no lo ves...Lo que ha pasado es normal. Criar un bebe no es fácil y el cansancio, la inexperiencia y el estrés os ha pasado factura. Pero en nada le habrás cogido el truco a Ángela, ¿y entonces?

—Puede ser que tengas razón, pero Sol... Él lo tiene todo, es guapo, tiene un buen trabajo que le permite disfrutar de la vida con lujos, un pedazo de casa puesta a todo trapo, mujeres espectaculares dispuestas a todo por él... Crees qué si entra en la rutina de una familia, con horarios, responsabilidades... ¿no lo echará de menos? Porque yo estoy segura de que lo hará. Y en ese momento Ángela y yo sufriremos. Tengo que protegernos. Ha sido mejor dejarlo ahora.

—A ver...respeto tu razonamiento. Pero... ¿quién te dice que lo hará? Si todos pensáramos así nadie arriesgaría. A veces hay que arriesgar para ser feliz.

—Ya..., pero no soy solo yo, Sol. No quiero que mi hija le eche de menos, no quiero tener que explicarle porque ese hombre maravilloso que tanto quiere ya no está. Así es más fácil.

En ese momento suena su teléfono... Me enseña la pantalla. Es Leo.

—Tengo que cogérselo. Me llama todos los días varias veces y no puedo rechazarle más. Solo le voy a felicitar las fiestas y decirle que respete tu decisión.

—No, déjame cogerlo a mí. Hablar contigo me ha venido bien para aclararme.

Cojo el teléfono. Leo se sorprende a darse cuenta de que soy yo y no Sol, como esperaba.

—¿Dani? Daniela..., no me cuelgues, por favor..., déjame explicarme.

—No voy a colgar Leo. Quiero hablar contigo.

—Perdóname, por favor...llegué cansado. No sabía que la niña había estado malita y que habías tenido que llevarla a urgencias. ¿Por qué no me lo dijiste? No vi que estabas agotada, estresada y preocupada. Fui un egoísta. No tuve paciencia..., por favor... Reaccioné mal..., no hice nada de lo que te dije..., solo cogí la moto y conduje sin rumbo. Cuando volví no estabais... Os echo de menos, Dani...

Que no se largara con aquella odiosa mujer me gusta, pero el problema no fue la discusión.

—No te preocupes por eso. Sé que en ese momento ambos reaccionamos mal y por eso discutimos. Yo tampoco pensé que llegarías cansado del viaje..., y esa mujer... esa mujer y todas las demás... me puse celosa Leo... Pero ese no es el problema. El problema es que yo tengo una vida muy distinta a la tuya. No va a funcionar.

—Eso no lo sabes si no lo intentamos. Quiero estar con vosotras... Estoy seguro de ello.

—No, Leo. Te hartarás de nosotras, de la rutina. Nuestra historia ha empezado por el final, por eso no va a ir bien. Te pido, por favor, si realmente quieres a Ángela, que nos dejes ir. Sé que un día encontrarás a alguien especial con quién formarás tu propia familia. Pero esa persona no soy yo, Leo. Tienes que entenderlo.

—Daniela...no me pidas eso, pídemme cualquier cosa, pero eso no, por favor. —Leo está llorando. Lo noto en su voz, en su respiración agitada.

—Es lo mejor. Pero tranquilo, eres el tío de Ángela, vas a seguir en su vida. Te mantendré informado, te enviaré fotos. Incluso podrás verla..., pero dame un tiempo para que pueda... —«¿Olvidarte?»— para que pueda recuperarme. Para que podamos asumirlo.

Le devuelvo el teléfono a Sol..., no puedo más. Las lágrimas se agolpan en mis ojos luchando por salir. Salgo de allí pero aun así oigo decir a Sol.

—Leo...Soy Sol.

—Por favor, hazle caso. Cuando coge una idea no es fácil hacer que cambie. Deja que pase un tiempo..., dale espacio como te ha pedido.

—No lo sé..., pero tranquilo. Nosotros cuidaremos de ellas.

—Dale recuerdos a tu familia. Un abrazo.

Capítulo 22

*P*asan las fiestas, las peores de mi vida desde la muerte de mi madre. Leo ha respetado mi decisión. No me ha llamado y solo he recibido por su parte el típico mensaje deseando lo mejor para el próximo año.

Aquella canción que escuchamos en el coche aquel día no hace más que sonar por todos lados, ahora a dúo con Beyoncé. No consigo quitármela de la cabeza. Me recuerda a él, y aunque sufro al hacerlo no puedo evitarlo y subo el volumen cada vez que suena.

He hablado con África. Me llamó cuando le envié unas fotos de Ángela y le pedí que se las enviara a sus hijos.

Me ha dicho que Leo lo está pasando mal, que nunca lo ha visto así y que por favor me lo plantee. Ha dicho que está segura de que estamos hechos el uno para el otro y que merecemos ser muy felices. Pero que para eso tenemos que arriesgar.

Yo he respondido que estoy segura de que, con el tiempo, él se dará cuenta de que es lo mejor, que retomará su vida y encontrará a alguien con quien disfrutarla. A lo que África me ha preguntado «¿Y tú? ¿Qué harás tú muchacha?». No he podido decirle que también encontraría a alguien. Sé muy bien a lo que estoy renunciando por mi hija, así que mi respuesta ha sido «Criaré a Ángela y luego el tiempo dirá».

Nuestra conversación aún me duele.

Con el nuevo año tengo que plantearme cómo voy a compaginar mi trabajo con la pequeña. Así que tras hablar con mi coordinadora me proponen coger el turno de mañana de lunes a viernes, que va a quedar libre por la jubilación de una compañera. Eso me supondrá una reducción del sueldo, pero puedo permitírmelo. Así solo tengo que buscar una guardería para las mañanas. Las tardes y fines de semana estaré con ella. Es muy buena oportunidad y acepto sin pensar.

A finales de febrero me incorporaré y tengo que ver el tema de la escuela infantil. Estoy intentando rehacer mi vida de la mejor forma que sé, planificando el futuro.

Tras la reunión en el hospital me acerco con Ángela a ver a mi padre a la clínica. He estado posponiéndolo, pero después de presumir de la pequeña entre mis compañeros, me siento orgullosa y creo que el abuelo querrá hacer lo mismo. Acaban de regresar de pasar unos días en La Azohía y tengo ganas de verle. En cuanto atiende a su última paciente toma a la pequeña en brazos y se dedica a fardar de nieta en el centro como el orgulloso abuelo que es.

—¿Qué tal en la playa? —pregunto cuando salimos a tomar algo

—Muy bien. El tiempo ha acompañado y hemos podido hasta darnos un bañito en el mar. Tenéis que venir la niña y tú este verano o en semana santa.

No me apetece mucho, eso supondría estar demasiado cerca y todo está muy reciente.

—Ya veremos —digo no muy entusiasmada.

—¡Ay! Dani..., hemos estado con Leo. Lo que os pasó es normal. Les pasa a todos los papás durante los primeros meses e incluso, en algunos casos, los primeros años. Es la crianza. La mujer sufre muchos cambios hormonales tanto durante el embarazo como después, lo que lleva a cambios de humor, depresión, baja libido..., pero eso se pasa y luego todo vuelve a ser como antes. Un bebé es estresante tanto para la madre como para el padre.

—Papá..., ¿crees que todo eso no lo sé? Es cierto que en el momento que lo viví no lo supe ver, ni controlarlo, pero ahora. A posteriori, sé que eso es lo que pasó. Por eso discutimos... Sin embargo, la discusión no es la razón por la que he decidido romper la relación.

—Él os quiere —insiste triste.

—Se cree responsable de la pequeña, porque fue con él con quién yo creí estar esa noche. Cuando se vea sumido en una vida aburrida en la que ha entrado por su terrible sentido de la responsabilidad ¿Qué hacemos? ¿Nos separamos y cada uno por su lado? Y a Ángela, ¿qué le digo? He decidido que no quiero pasar por eso. Aunque signifique renunciar a él.

—Pero, ¿tú le quieres?

«¡Vaya ha sido directo! ¿Le quiero?, Sí. Pero ni él ni nadie tiene por qué saberlo».

—Eso no importa —respondo—. Lo único que importa es Ángela.

—Estás obcecada y sé que te vas a arrepentir. Haz lo que quieras. Es un buen chico —concluye mi padre y se pone a hacer monerías a la niña que estaba mirándolo atentamente.

Capítulo 23

*H*oy hace ocho años que falleció mi madre. Ha pasado un año desde que los hermanos Cano se cruzaron en mi camino, uno me robó el corazón y el otro me hizo el mejor regalo del mundo.

¡Cómo ha cambiado mi vida en tan poco tiempo! Pronto Ángela empezará en la guardería y yo me incorporaré a la rutina del trabajo. Tiene cuatro meses y está preciosa. Definitivamente sus ojos son del mismo azul que los de su padre, su pelo ha crecido un poco y es muy morena. El abuelo Ángel por fin ha tenido a su morenita.

Hace mucho tiempo que no sé nada de Leo. Me pregunto si habrá intentado rehacer su vida cómo le pedí. No he vuelto a recibir llamadas ni mensajes suyos, pero sé que se mantiene informado por mediación de Sol y mis padres, porque muchas veces reciben llamadas misteriosas que se retiran a atender para que yo no escuche. No me importa. Entiendo que se preocupe por la pequeña, y sé que, con el tiempo, me costará menos y podré ser yo la que le hable de ella.

Hoy Sol, después de recibir una de esas misteriosas llamadas está un poco rara. Se disculpa diciendo que está cansada y regresa a su casa. Dudo si la llamada que ha recibido ha sido de Leo o de su amigo misterioso, ese que la trae loca, pero del que no quiere hablarme.

—¿Estas bien? —pregunto—. Sabes que cuando quieras desahogarte aquí me tienes.

Asiente, pero sé que miente. En su cara se refleja el dolor. Cuando esté preparada me lo contará. Yo también me estoy guardando cosas que no quiero compartir con ella. ¿Cómo culparla?

Antes de acostarme recibo la llamada de mi padre para anular los planes que teníamos para al día siguiente, la tradicional comida del domingo queda pospuesta porque Ana tiene que hacer un viaje urgente para ver un familiar enfermo. Le noto preocupado, pero seguramente será por el familiar de Ana.

Hace muchísimo frío, y parece que va a nevar. Será un fin de semana para estar en casa, tranquilas y calentitas.

El domingo, Sol no está mejor. Parece desconcentrada, preocupada y pendiente continuamente del teléfono. No puede disimularlo.

—Si no te llama, es que no merece la pena. —Tengo que intentar que me cuente qué es lo que la atormenta.

Parece sorprendida.

—¿Eh? Ahí, tienes razón. Los tíos son imbéciles. No merecen la pena... Estoy pensado en hacerme lesbiana ¿Te animas? —Intenta disimular con la broma, pero nos conocemos demasiado. Le sigo el rollo.

—Pues no estaría mal, tendríamos que pensarlo en serio... Nooo, ¡qué va! Me gustan demasiado los hombres.

—Pues para gustarte tanto como dices hace mucho que no catas uno. —Me duele y debe notarlo en mi cara, porque intenta arreglarlo—. Perdona, no quise decir eso. Ha sido solo una tontería.

—No te preocupes. Tengo que asumir que por mucho que me gusten los hombres, hay uno que ha dejado el listón tan alto que no sé si habrá un siguiente. —De pronto, Sol rompe a llorar. No lo entiendo—. Pero... ¡Qué coño te han hecho! ¿Quieres contarme de una vez quién es ese gilipollas y qué te ha pasado? Sé que te aguantas porque no quieres cargarme con tus problemas, pero no has tenido inconveniente en cargar tú con los míos. Dímelo...desahógate, por favor... —la animo mientras la abrazo e intento consolarla.

Como no responde. Voy a por el helado, eso siempre nos levanta el ánimo.

El martes suena el timbre de mi piso, al abrir veo que son mis padres con Sol. Los invito a pasar. El ceño fruncido de mi padre y los ojos llorosos de Ana y Sol me indican que su visita no es por placer. Algo ha pasado.

—Dani, cariño —habla mi padre—. Tenemos algo importante que decirte.

—Es sobre Leo —continua Sol.

«Ya están conspirando. Podrían dejarme tranquila con el tema».

Estoy un poco harta de que intenten hacerme cambiar de opinión. Demasiado confusa estoy ya yo solita. Esa es la razón por la que me encaro a ellos de malos modos pregunto.

—¿Qué pasa ahora?

—El sábado tuvo un accidente con el coche viniendo a Madrid. —No se andan con rodeos.

—¿Qué? ¿El sábado? —Ha sido como un jarro de agua fría. Ahora entiendo por qué actuaban todos de una manera tan rara. Me siento engañada. No sé por qué no me lo dijeron en el momento. A no ser que...

«¿Él? ¡No! ¡Por favor!».

—¿Cómo está? Decidme que está bien, por favor..., por favor. —Rompo a llorar.

Los recuerdos de hace escasos ocho años inundan mi mente.

«No puede ser...otra vez no...Leo no».

—Tranquila, hija. —Mi padre me abraza. Yo hundo la cara en su pecho—. Está bien. Va a salir de esta.

—No te lo hemos dicho por eso, Daniela. Entiéndelo... —se disculpa Sol—. Hubiera sido revivir el pasado.

—Pero ¿cómo fue? ¿Qué pasó? —En mi cabeza se agolpan mil preguntas.

—Parece que estaba con uno de sus hermanos en una fiesta. Juan cuenta que salió corriendo y cuando intentó pararle, Leo empezó a balbucear que tenía que verte. Que no podía esperar. Que no podía rendirse. Juan no consiguió hacerle entrar en razón. Así que Leo salió disparado con el coche. Lo siguiente que supieron fue que había tenido un accidente a la altura de Albacete. Estaba nevando y debió perder el control del vehículo. Ha estado muy grave, Dani —relató Ana.

—¿Cómo te iba a decir justo en el aniversario del fallecimiento de tu madre que Leo estaba grave y que las primeras horas iban a ser cruciales? Decidimos esperar. Perdónanos, por favor —interviene mi padre.

—Lo entiendo, pero... es Leo. ¡Tengo que verle! Necesito comprobar que realmente está bien como decís.

—Tu tren sale a las 17:00. —Sol me tiende un billete—. Nosotros nos quedaremos con Ángela. Ve a verle. ¿Quieres que te acompañe?

—Gracias. Gracias —digo con lágrimas en los ojos—. No. Es algo que tengo que hacer sola. Lo entiendes ¿verdad?

«Ha pasado por mi culpa».

—Claro, amiga.

—Puede que te impresione verle —añade mi padre—. Está muy magullado. Se llevó un fuerte golpe en la cabeza que le dejó inconsciente casi 24 horas, pero por suerte no ha dejado secuelas.

—La pierna se le fracturó por el fémur y han tenido que operarle para ponerle una placa —explica Ana.

—El familiar de Ana... ¿Tú le has operado? —Ella asiente. Acabo de entender dónde fueron con tanta prisa el domingo.

—Colaboré con los médicos que le trataron. Mejorará, aunque le llevará un tiempo y tendrá que tener mucha paciencia. Deberá hacer rehabilitación, pero la perspectiva es buena. No creo que se recupere mal.

Les abrazo agradecida, emocionada y asustada. Voy a verle, no sé aún qué decirle, pero sé que la idea de perderle me ha abierto los ojos.

Rápidamente meto algunas cosas en una pequeña mochila. Lo más difícil es separarme de mi pequeña, pero he de hacerlo. Nuestra familia va a cuidarla muy bien durante mi ausencia.

Capítulo 24

*E*l viaje en tren es corto, pero tengo el tiempo suficiente para aclarar mis ideas. Trae recuerdos muy dolorosos a mi mente, pero soy fuerte, además esta vez no ha acabado mal.

«La vida nos está dando otra oportunidad y tenemos que aprovecharla. Espero que no sea demasiado tarde».

En el hospital subo directamente a la habitación que me han indicado mis padres. En el pasillo está África hablando tranquila con sus hijos pequeños. Me acerco despacio, con miedo a cómo reaccionarán al verme. Es Edu el primero en darse cuenta de mi presencia y deja de hablar mirando fijamente en mi dirección. Eso hace que sus interlocutores le imiten. Siento sus penetrantes miradas. Me avergüenzo. Me siento responsable de que su hijo y hermano esté en esa habitación. Soy la culpable de que haya estado a punto de morir. Pero África me abre los brazos y, con lágrimas en los ojos, me sonrío.

Corro hacia ella y nos abrazamos. La intensidad de las emociones aflora y lloramos.

—Lo siento...lo siento mucho. —Consigo decir. Y lo repito mientras ella me consuela.

Edu y Juan también me abrazan. Han sido momentos duros para ellos que entiendo perfectamente porque hace tiempo los sufrí.

—Pasa, hija, pasa a verle —me anima África.

La puerta de la habitación me parece pesada y hace un ligero ruido al abrirse. No entiendo cómo he podido estar tanto tiempo alejada de él, si cada parte de mi cuerpo lo ha añorado con desesperación. Está sentado en la cama, aunque parece más delgado, sigue siendo un hombre fuerte. Tiene una pierna escayolada hasta la altura de la ingle. Está parcialmente elevada para facilitar la circulación sanguínea. En el torso lleva puesto un vendaje, bajo el cual se vislumbra el tono morado de su piel, ya amarillento en algunas zonas, fruto del fuerte golpe que debió recibir.

Me doy cuenta de que una parte de mí ha estado muerta desde el día en que me fui de su casa.

El chirrido de la puerta hace que deje de hablar con Ángel. Parece que bromeaban con algo porque estaban sonriendo.

El brillo de sus expresivos ojos, que en este tiempo he aprendido a leer, me dice que se alegra de verme. Eso me da confianza.

«¡Dios cuánto he echado de menos su sonrisa!».

Corro hacia él y con cuidado de no dañarle me refugio entre sus brazos. El mundo a nuestro alrededor ha dejado de existir. Solo estamos él y yo.

—Lo siento...lo siento... —le repito una y mil veces, mientras lloro desconsolada.

—Ya..., pequeña. Ya paso... —Intenta calmarme—. Solo ha sido un susto por mi mala cabeza. Tú no tienes la culpa de que yo haya sido un imprudente.

—Leo..., no sé qué hubiera hecho si...si... —No puedo ni decirlo—. Te quiero. Te quiero muchísimo... —«¡Ya está! lo he dicho». Hoy, cuanto entendí que podría haberle perdido, lo primero que pensé es que nunca se lo había dicho.

—Yo también, preciosa. Te quiero. Te necesito —me repite mientras me besa la frente, las mejillas, la cara...—. No llores, mi amor. Estoy aquí. Y voy a seguir aquí mucho tiempo.

—He sido tan tonta. Tan... egoísta.

—No, cariño. Solo te has protegido. A ti y a Ángela. Pero dejadme demostraros que sois mi presente y mi futuro, que mi pasado quedó atrás. —Asiento. Le quiero y, por fin tengo claro que quiero arriesgarme por él, por nosotros, por Ángela.

Han sido meses muy duros, pero ahora entre sus brazos me siento en casa. Él es mi hogar. He estado fuera mucho tiempo. Me siento segura y dejo que el cansancio acumulado me venza. Me acurruco junto a él y me dejó llevar al paraíso. Él mueve su mano y me acaricia, mientras me pregunta por nuestra pequeña, nuestros amigos y me cuenta lo bien que se han portado mis padres. Su familia nos da espacio. Nadie nos interrumpe hasta que le traen la cena.

Me obligan a separarme de él para ir a tomar algo. Seré yo la que esa noche se quede en la habitación para que África pueda descansar ya que lleva cuatro días metida en el hospital sin salir.

—Entonces ¿te podemos llamar cuñada? —pregunta Juan.

—No vayas tan rápido —le regaña Ángel.

Solo puedo sonreír con cara de tonta. Nunca he tenido hermanos y me he encontrado con tres de golpe. Tres hombretones que junto a mi chico nos van a proteger a Ángela y a mí.

En Albacete hace un frío de mil demonios, los restos de la nevada del fin de semana se han congelado formando peligrosas placas de hielo. Vamos a un bar cercano al hospital dónde los camareros ya los conocen. Entiendo que han debido de ir allí estos días. El lugar es tranquilo, huele a comida casera y los platos que nos sirven son abundantes y sabrosos. Juan me cuenta que la noche del accidente por fin había conseguido sacar a Leo de casa.

—Desde que te fuiste ha estado como un ermitaño, yendo de casa al trabajo y viceversa. No quería salir, no quería venir a las comidas y celebraciones familiares —explica Ángel.

—Llevo viviendo en su casa desde enero, porque he empezado a trabajar en Cartagena. No he visto persona más amargada. Espero que ahora que volvéis a estar juntos recupere su alegría —dice Juan. Luego continúa explicando lo sucedido—. Vino de copas conmigo y le presenté a una amiga. ¡Joder! Parecía que la cosa iba bien, porque les deje hablando...No me lo tomes a mal Dani, pero tenía que hacer algo para animarle.

—Lo entiendo —digo, y él continúa dando los detalles de aquella noche.

—De pronto salió corriendo. Alguien me avisó de que se iba. Y salí tras él. Cuando le conseguí alcanzar, solo repetía una y otra vez que tenía que verte que tenía que luchar por lo que quería. Intenté hacerle razonar, pero me fue imposible. Intenté que esperara a la mañana siguiente.

—¡Menudo cabezota! —intervino Edu—. Igualito que tú, Ángel. Así que cogió el coche con destino Madrid.

—Lo siguiente que supimos fue que avisaron a mi madre para decirle lo del accidente. Nos llamó desesperada y vinimos todos —sigue explicando su gemelo.

—Cuando llegamos estaba inconsciente, Dani —explica Edu muy afectado aún—. Pensamos lo peor. Íbamos a llamarte, pero recordé lo de tu madre y pensamos que era mejor avisar a Sol y que ella decidiera qué hacer.

—Entendería que me odiarais por haceros pasar por esto. Yo lo sufrí y no se lo deseo a nadie —digo muy afligida.

—No, hija. Tenía que pasar algo así, para que ambos abrierais los ojos y os dierais cuenta de que estáis hechos el uno para el otro. Sois los dos muy obstinados —sentencia África, que hasta el momento había estado callada.

—Perdóname, África

—Perdonada. —Sonríe—. Pero prométeme una cosa... Prométeme que vas a cuidarle y ser muy feliz a su lado.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos de nuevo. Estoy emocionada y la abrazo.

—Te prometo que lo intentaré, de verdad.

Durante el resto de la cena nos ponemos al día. Me cuentan cómo les ha ido todo este tiempo, les enseño fotos de Ángela, por la que babean. Estoy a gusto, pero tengo ganas de volver con Leo.

Ya en la habitación cojo su informe clínico y lo leo con detalle. Sufrió una conmoción cerebral, traumatismo torácico con fisura de dos costillas, pero tuvieron que operarle de urgencia por la fractura que sufrió en el fémur. Si todo va en orden estará una semana ingresado y luego le enviarán a casa. Tendrá que mantener reposo y, en unos meses, comenzar con la rehabilitación. Si hace caso, tiene paciencia y no hace esfuerzos se recuperará bien, como me dijo Ana. El pronóstico parece bueno.

—Leo. Tienes para varios meses ¿Has pensado qué vas a hacer? —pregunto.

—¿Vivir? —Me dice encogiéndose de hombros—. La verdad no lo he pensado. Me gustaría estar contigo, pero tú empezarás a trabajar y está la pequeña. Solo sería una carga. Además, no soy muy buen enfermo —me advierte.

—Ya imagino, aunque yo sí soy muy buena enfermera... —bromeo con él—. Podría pedir una excedencia, pero luego no me asegurarán el horario de mañana sin guardias que me han prometido.

—Creo que lo mejor es que me quede con mi madre. No quiero hacerte venir a Murcia o ser una carga para ti en Madrid. —Me coge de la mano y me indica que me siente a su lado—. No nos fue bien el estrés. No quiero cometer de nuevo ese error. Podéis venir a verme algún fin de semana y cuando me quiten la escayola podría ir yo. Si aguantamos eso..., lo aguantaremos todo ¿No crees? Yo estoy seguro. Además, es una forma de empezar por el principio. —Pone su mano en mi barbilla obligándome a mirar sus penetrantes ojos azules—. ¿Quieres ser mi novia, Daniela?

Soy feliz. Vamos a hacer las cosas bien esta vez.

—Sí, quiero —respondo, y le beso. Sus carnosos labios me vuelven loca.

—Te voy a echar mucho de menos, pero podemos hablar por teléfono, Skype... e intentaré ir a verte algún fin de semana. Va a funcionar.

Ahora, estoy convencida. Vamos a hacer que funcione.

Capítulo 25

Y así hacemos. Estoy con él un par de días y luego regreso a Madrid con Ángela. Cuando recibe el alta, unos días después vuelve a Murcia, y se instala en casa de África, en su antigua habitación. Va a volverla loca, así que intentaré mantenerle ocupado. Quiero enviarle algún libro y juegos para la videoconsola, así que tengo que recordar hablar con Juan para que me diga cuáles le pueden gustar porque estoy muy perdida en eso.

Comenzar con la rutina del trabajo en ese horario tan cómodo nos sienta muy bien. Ángela ha espabilado mucho en la escuela infantil, es una niña muy alegre y siempre está buscando que le hagan gracias para hacer alguna monería y que se nos caiga la baba. ¡No sabe nada, la tía!

Los abuelos y los tíos nos visitan a menudo, y todos los días hablo con Leo varias veces y no falta la sesión por Skype, antes del baño de Ángela con la niña, y luego la que hacemos nosotros solos antes de acostarme.

Ángela ya le conoce y cuando él habla gira la cara buscándole e intenta tocar la pantalla. Para llamar su atención, Leo siempre mueve algún peluche o muñeco de color llamativo, que la niña mira embobada, mientras él dice tonterías.

Me dejo llevar y decido hacer una locura. Siempre he querido hacerme un tatuaje, pero no tenía claro qué ni dónde. Ahora sí y decido hacerlo, para darle una sorpresa, y para no olvidarle nunca.

También hablo mucho con África, que me dice que gracias a esos momentos se le están pasando los días muy rápido y se le ve feliz.

Estoy deseando que llegue el fin de semana porque vamos a darle una sorpresa. Edu va a recoger a Ángela en la guardería y luego a mí a la salida del trabajo.

Piensa que no me atrevo a hacer el viaje sola, Ángela aún necesita atención cada poco tiempo y sería muy incómodo. Así que se ha resignado a vernos cuando le quiten la escayola. No se espera que en unas horas podamos vernos.

Llegamos a la casa de Mazarrón tras un largo viaje, pero con la ilusión y las ganas de verle. Al llegar, África se deshace en halagos y carantoñas con su nieta. Leo está en su habitación y no sabe nada. Subo sola, así la sorpresa va a ser doble.

Me asomo discretamente y le observo. Está sentado en la cama leyendo tranquilamente. La habitación está en penumbra, solo está encendida la luz de la mesilla. Lleva un pantalón corto de deporte y una camiseta. Está muy *sexy*. Ha recuperado algo de peso, ya no se le ve tan demacrado. África se está encargando de que se alimente bien. El pelo lo tiene más largo y una sombra oscura pinta su mentón. El móvil, el mando de la tele y una botella de agua están a mano en su mesilla y el portátil a un lado de la cama. Está escuchando música. Suena la canción de Paula Rojo que le dije. Lucho con el impulso de correr a besarle, pero abro la puerta lentamente.

Al sentir el ruido levanta la mirada de su iPad.

—Mamá, ¿qué tal el paseo? —dice mientras lo hace. Pero me ve. Su expresión cambia. Su cara parece iluminarse y se incorpora tirando la *tablet* a un lado. Se levanta ágilmente y hace el amago de coger las muletas, pero yo ya estoy a su lado. Le abrazo. Nuestros labios se encuentran y nuestras lenguas se buscan con desesperación. Ha pasado más de un mes desde la última vez que nos vimos. Nuestros cuerpos añoran el contacto con el otro.

—¡Sorpresa! —susurro, con sus labios aún sobre los míos.

—¿Eres real? —pregunta—. No sabes lo que te he echado de menos. El recuerdo de tu olor, de tu tacto... me estaba volviendo loco y ahora...estas aquí ¿verdad?

—Sí, cariño. He venido con Edu, pero tengo que volver el domingo

—Aprovechemos el tiempo, entonces... —Y me empuja sobre su cama

—¡Leo! —chillo entre risas—. ¡Tu madre!

—¡A la mierda! No soy un adolescente... No se va a escandalizar. —Coloca la pierna de forma que puede tumbarse parcialmente sobre mí. Me besa el cuello, mientras sus manos recorren mi cuerpo. Observo el bulto que se marca en su entrepierna. Tengo que pararle antes de que vaya a más. Dios..., yo también estoy muy excitada.

—Leo... Leo... para, por favor. No soy la única sorpresa...—Intento concentrarme—. Va a subir tu madre...con la niña. —Él se detiene en seco—. He traído a Ángela.

—¿Ángela? ¿Ángela está aquí? —Se incorpora de golpe de nuevo, dejándome tirada y mojada sobre su cama. Si ahora entrara África pensaría que me estoy ofreciendo a su hijo como una cualquiera.

«Tengo que recomponerme. Por cierto, ¿me ha dejado tirada por Ángela?».

Leo coge sus muletas y se mete en el baño. Se oye el agua correr. No se está duchando, se está afeitando. Me asomo.

—No quiero arañarla. Tiene una piel muy sensible que enseguida se pone rojita —explica feliz.

—Pero ¿y la mía sí?

—¿Celosa?

En ese momento, Edu entra en la habitación con la niña en brazos y me la tiende. Ella salta hacia mí. Soy su mamá, ¡qué menos!

—Mira, Ángela, ¿recuerdas a Leo? —La pequeña es muy extrovertida y no extraña nada, pese a que solo tiene seis meses. Le mira atenta, esperando a que le diga algo.

—Hola, pequeñita.

Debe reconocer su voz porque le responde con un gorjeo y una amplia sonrisa. Leo le tiende un mordedor que ha sacado de un cajón y ella lo coge tan feliz.

Una vez él está sentado en su cama le coloco a la pequeña en brazos y comienza a jugar con ella. La levanta y la mece, mientras le hace monerías. Ella se ríe cuando él le besa el cuello y la mejilla haciéndole cosquillas.

La imagen es enternedora. Ver a tal grandullón deshacerse por un minúsculo bebé y la complicidad que siempre ha existido entre ellos nos deja a su madre, a su hermano y a mí atontados observando de la escena.

Intentamos no cambiar mucho la rutina de Ángela, bañándola a su hora habitual. El baño está lleno de adultos viendo disfrutar a la niña en la bañera. Ya limpiita y cenada se queda dormida en los brazos de Leo.

Tenemos que montar la cuna de viaje, y a África le hace ilusión que Ángela duerma con ella. No voy a ser yo quien se la quite. Eso nos dará más intimidad y tenemos planes. Hemos pospuesto un reencuentro muy prometedor.

—¿Dónde nos habíamos quedado? —digo a Leo cuando cerramos la puerta de la habitación dispuestos a pasar la noche juntos.

—Creo que por aquí —responde mientras comienza a besarme suavemente el cuello. Sus labios son tan suaves como siempre y cuando comienza a mordisquearme el lóbulo de la oreja, siento cómo se le acelera la respiración en mi oído. Mete la lengua húmeda en él y mis piernas se vuelven de mantequilla. Creo que no voy a ser capaz de tenerme en pie. Tenemos que tumbarnos, ya que tampoco es bueno para él hacer equilibrios sobre una pierna.

Con cuidado le ayudo a desnudarse. Al bajar el slip su imponente erección salta ante mis ojos. Se me hace la boca agua. Le ayudo a sentarse en la cama y de forma insinuante voy quitando mi ropa lentamente. Él me observa con sus penetrantes ojos llenos de deseo. Mi cadera le llama la atención, como esperaba, mi pez tatuado en ella, un pequeño pez para alimentar al tiburón que él lleva en la suya.

—Dios, nena ¡Cómo me pones!

Es la primera vez que me siento yo misma desnuda delante de él. No hay barriga y la flacidez que dejó el embarazo en mi vientre ha desaparecido con mucho sacrificio por mi parte. Me he esforzado por volver a tener el cuerpo que tenía antes del embarazo. Vuelvo a sentirme segura con mi figura.

Desnuda, me arrodillo a los pies de la cama y tomo su miembro en la mano dispuesta a llevarlo a mi boca, deseo probarlo de nuevo. Me encanta, he echado de menos su sabor. Sé que está disfrutando con mi incursión porque tiembla de placer. Me pide que pare, ya que no quiere correrse aún. Ha pasado tanto tiempo que nos cuesta controlarnos. Nos gustaría hacerlo despacio, pero requiere demasiada fuerza de voluntad. Fuerza de voluntad que no tenemos. Me pide que me siente sobre él.

Siento sus manos agarrándome las caderas, mientras da buena cuenta de mis pechos con su boca. Me mordisquea los pezones, amasa mis senos con las manos, me está volviendo loca. Remata la faena acariciándome entre las piernas con sus largos dedos. Siento que no puedo más y me arrastra al borde del abismo, necesito desesperadamente tenerle en mi interior. Así que cojo su miembro y con un movimiento certero me empalo en él.

—¡Oh, sí...! Te necesitaba. Te necesitaba justo así.

Leo no tiene mucha movilidad con la escayola de la pierna, pero lo compensa agarrándome de las caderas para ayudarme a subir y bajar al ritmo que necesitamos. Acelero, estoy a punto y por la tensión de su cuerpo sé que él también. Me corro exprimiendo su miembro y ahogo mis gemidos en su boca. Él lo hace a continuación diciendo mi nombre.

Me dejó caer sobre su pecho exhausta. De pronto, parece recordar algo. Se mueve inquieto.

—Daniela...no hemos usado preservativo...

—No pasa nada —lo tranquilizo. Comencé a tomar la píldora después de su accidente. Quería sentirle plenamente la próxima vez que estuviéramos juntos.

Agotados dormimos abrazados hasta mucho más tarde del amanecer. África se ocupa de la pequeña, lo que me permite descansar cómo no he podido hacer en mucho tiempo.

Por desgracia, el fin de semana pasa demasiado rápido y pronto tenemos que regresar a casa. Hemos disfrutado de la familia y la niña durante el día y entre nosotros durante la noche.

Va a ser tremendamente difícil separarnos y volver a la rutina de las llamadas y el Skype, aunque pronto le quitarán la escayola y veremos cómo se desarrolla su recuperación a la vida normal.

Antes de volver con Edu, mientras Leo está jugando con la niña, aprovecho para buscar a Ángel.

No nos hemos visto apenas. En el hospital con la emoción no tuve ocasión de hablar con él. Está en la terraza, ajeno a todo y sumido en sus pensamientos.

Cuando lo saludo, me doy cuenta de que no es del todo cierto. No está ajeno a todo como pensaba, ya que se escuchan las tonterías de Leo y las carcajadas contagiosas de Ángela. Veo que está sonriendo.

—¿Ángel? ¿Interrumpo? —me mira y niega con la cabeza.

—Solo escuchaba el sonido de la felicidad —me dice. ¿Puede ser nostalgia lo que leo en sus ojos?

—Quería agradecerte tu ayuda ese día. Y tú esfuerzo por hacernos compañía las tardes de los martes

—Un placer, preciosa. Me asustaste mucho. Lo sabes, ¿verdad? —Asiento.

—No me hiciste preguntas. No te pusiste de lado de tu hermano. Te limitaste a hacer lo que te pedí. Lo que yo necesitaba. Te hemos echado de menos todas las tardes de los martes desde ese día. Lo sabes tú ¿verdad?

—Y yo a vosotras. A veces, en momentos como este en que escucho a Leo feliz. Le envidio. No me malinterpretes. Lo vuestro estaba escrito mucho antes de que yo me metiera en medio. Eso lo tengo claro. Es solo que a veces me gustaría encontrar a alguien como tú y poder formar una familia como él va a hacer.

—Lo harás, Ángel. Estoy segura. —Abrazo al grandullón gruñón que pretende ser sabiendo que no es más que un tierno osito—. Conozco tú secreto. Lo sabes ¿verdad? —Reímos.

—Chsss... No se lo digas a nadie o perderé mi fama. Y ¿qué haré entonces?

Capítulo 26

Un tiempo después Ana va a Murcia a quitarle la escayola a Leo, y a hacerle pruebas para ver en qué estado se encuentra. Estoy preocupada mientras aguardo su llamada para ver si va todo como esperábamos.

Estoy comiendo tras mi jornada laboral y Ángela duerme su siesta cuando por fin me llaman. El fémur de Leo ha soldado bien y puede empezar poco a poco la rehabilitación. Mis padres se van a quedar una semana por la zona para que Ana pueda supervisar las primeras sesiones.

Hablo con él que está emocionado porque va a tener más autonomía. Le pregunto qué piensa hacer cuando la recupere lo suficiente para regresar a su casa.

—Me quedaré aquí con mi madre. Mi casa se la he dejado definitivamente a Juan. ¿No te lo había dicho?

Recordaría algo así, estoy segura.

—Le pedí a Juan y Ángel que metieran mis cosas en cajas. Juan ha ocupado mi habitación. Ya no vivo allí. Mi intención es establecerme en Madrid cuando mi rehabilitación concluya. Si tú quieres, claro. Mientras viviré aquí. —Me mantengo en silencio, pensaba que en algún momento volvería a aquella casa llena de lujos. Aunque había hablado de trabajar en Madrid, pensé que sería algo temporal. Debe entender mi silencio como una duda—. Cuando esté en Madrid no tengo por qué vivir con vosotras si no quieres —añade con rapidez—. Podría alquilar un piso cerca y ayudarte con Ángela para que puedas tener un poquito de libertad.

—No..., no. Si para ti es suficiente mi casa sin gimnasio ni televisión extra grande. Me parecería perfecto que viviéramos juntos.

—Daniela, no necesito lujos. Solo a vosotras. Soy un hombre sencillo, aunque no quieras creerlo. —Parece un poco ofendido.

Sus palabras me emocionan. No sé por qué siempre dudo de ello cuando me lo ha demostrado mil veces.

—Trabaja mucho para recuperarte pronto Leo. Estoy deseando tenerte con nosotras. —Me siento emocionada.

—Lo haré, preciosa. Lo haré —me asegura.

Seguimos con nuestra rutina y los días pasan. Según me cuentan la evolución de Leo es muy rápida, pero la rehabilitación durará aún varios meses. Tengo que programar la siguiente visita a Murcia, ya que se me está haciendo muy larga la espera.

Mis padres regresan este fin de semana y el domingo van a venir a comer, por lo que decido salir a hacer algo de compra con Ángela y cocinar algo especial.

Al salir me encuentro en la puerta de la casa de Sol con un chico que sostiene un gran ramo de rosas. Son por lo menos dos docenas. Llama la atención que todas son de colores suaves a

excepción de una muy llamativa de un rojo intenso. Es precioso, aunque Sol no está, ya que hoy trabajaba en el turno de tarde.

—Mi vecina no está en casa —informo al extraño.

El chico se da la vuelta y veo que es un repartidor. Imagino que las flores se las envía el hombre misterioso del que no quiere hablarme y del que sé muy poco, solo que le ha hecho daño. Recojo el ramo, firmo el justificante de entrega y le doy una propina.

Dejo las flores en el salón de Sol, en un sitio visible para que sea lo primero que vea al entrar esta noche. Estoy tentada a fisgonear la tarjeta, no debo hacerlo, pero... en fin...el sobre está abierto y ella no se va a enterar, siempre que Ángela, que es la única testigo, no se lo diga, claro. Lo abro y lo leo sintiéndome solo ligeramente culpable.

«Singularidad: Característica, cualidad o detalle que distingue a una cosa de otras de la misma clase o especie».

«¿Qué significará?».

Al día siguiente Sol me da las gracias por recoger el ramo que le envían sus padres.

—¿Tus padres? Ya... Sol no me digas quién te lo envía, pero no me mientas, por favor.

Se sonroja porque sabe que tengo razón.

—Vale... Son de ese hombre del que no quiero hablar. No me conviene y tengo que olvidarme de él.

—Pero ¿qué quiere? ¿Son para disculparse?

—Algo así, pero he decidido pasar página. —Por fin explica algo de lo sucedido

—Vivimos algo muy intenso, pero él no lo sintió igual que yo. Me decepcionó mucho. Haber sido tan ilusa de no darme cuenta antes. Lo mejor es que cada uno sigamos con nuestra vida. Estoy bien, Dani, ¿de verdad?

Sé que aún le duele, pero es fuerte y si ha decidido olvidarle, lo hará. Pero ese mensaje...

El domingo Sol se lleva a Ángela de paseo mientras yo preparo la comida. Siempre que comemos en casa de mi padre, Ana cocina cosas riquísimas y he querido intentar hacer lo mismo. No tardarán en llegar y pretendo tenerlo todo listo.

Suena la puerta. Me parece raro porque Sol lleva llaves y mis padres no suelen ser tan puntuales. Cuando abro, el paño de cocina que llevo en las manos se me cae.

De pie, apoyado sobre una muleta, con esos vaqueros que le sientan de muerte, está Leo mirándome con una amplia sonrisa en los labios. ¡Está en Madrid, ha venido a vernos!

Le abrazo. Su olor inunda mis sentidos. Vuelve a estar en forma, siento sus fuertes pectorales bajo la fina camiseta. Nos besamos y como nos ocurre siempre, perdemos la noción del tiempo y nos abandonamos al deleite de nuestros sentidos.

Alguien tose en el descansillo. Mis padres que junto con Sol y la pequeña esperan que baje de nuevo a la tierra y les dé de comer.

Leo ha regresado con ellos, parece que la evolución de la primera semana de rehabilitación ha sido tan buena, que Ana quiere supervisar sus sesiones para asegurarse de que continúa siendo así. De modo que Leo viene a quedarse. Me siento muy feliz, por fin la larga espera ha terminado y vamos a poder disfrutar juntos.

Hemos terminado de recoger la cocina entre Sol y yo. Ana está preparando el café, cuando suena la puerta. Leo abre dejando pasar a su hermano Edu, que en la mano lleva una bandeja.

—¿Pasteles para acompañar el café? —Se encoge de hombros con una sonrisa traviesa de chico malo.

Le quito la bandeja de las manos, dejándola sobre la mesa y le invito a sentarse. Él mira a Leo, Leo mira a Sol y Sol mira hacia otro lado. Mis padres ajenos a tanta miradita sospechosa atacan los pasteles y continúan con la tertulia del café. Lo cierto es que han sido muy sutiles.

Edu parece tenso, intenta disimularlo jugando con Ángela, pero... ¿podría ser posible lo que estoy pensando?

Mis sospechas parecen confirmarse cuando Sol se disculpa minutos después alegando que tiene que hacer unos recados. ¿De repente? Y se va sin apenas despedirse.

Después de esta situación tan extraña, estoy casi segura, pero tengo que indagar más.

Leo no me va a contar nada, es una tumba. Cuando se han ido todos le he preguntado a qué venía el intercambio de miradas y, si sabe algo que yo no sé. Como es de esperar se ha hecho el loco y ha cambiado de tema. Me despista cómo él sabe... y ¿qué le vamos a hacer? Hace mucho que no nos vemos y la carne es débil. Pasados unos minutos, ya no recuerdo ni mi nombre y menos qué lio se traen Edu y Sol.

Leo pronto se integra en nuestra rutina. Por la mañana dejamos a Ángela en la escuela infantil, él se queda en rehabilitación y yo voy a trabajar. Cuando regreso a casa, Leo ya ha recogido a la niña que duerme tranquila la siesta y ambos comemos juntos. La tarde la disfrutamos como una familia. Y la noche es para nosotros.

En cuanto a Sol, me tiene cada vez más despistada. Pensaba que podría tener algo con Edu, por su comportamiento de aquel domingo, pero justo esta semana me ha parecido verla con Juanjo al salir del hospital. Bueno, no me ha parecido, estoy segura de que era ella, pero cuando le he preguntado lo ha negado dándome largas, aunque yo estoy cien por cien segura.

En fin, ella sabrá por qué no quiere decirme nada sobre el hombre misterioso que le ha robado el corazón, porque ella no me engaña. Puede esconderme cosas, pero sus grandes ojos verdes perdieron el brillo el día que entregó su corazón y alguien se lo rompió.

Epílogo

Ángela cumple 3 años. Vamos a celebrar su fiesta de cumpleaños en nuestra casa junto a la familia y los amigos. Daniela está nerviosa porque quiere que todo sea perfecto para nuestra pequeña. Mis chicas me vuelven loco y haría cualquier cosa por ellas, así que me encuentro hinchando globos para la decoración del salón junto a Edu.

En el jardín se encuentra Maya, la hija de Marta y Antonio, que con sus dos años corre a toda velocidad persiguiendo a Ángela, que ríe feliz. El abuelo Pedro charla con Juan, mientras las supervisa ayudado por un atareado Antonio.

Dani, mi madre y Ana ultiman en la cocina los preparativos de la comida que Ángel y Juanjo van sirviendo en la gran mesa del salón.

Las embarazadas Sol y Marta charlan, sentadas en la terraza con Eva, que les estará contando su última locura.

Tras vivir juntos un año en la casa alquilada de Daniela, nos surgió la posibilidad de adquirir una parcela cerca del colegio al que queríamos llevar a Ángela. La casa se nos quedaba pequeña para las continuas visitas de la abuela África, que se veía obligada a alojarse en casa de Sol. Así que aprovechamos la oportunidad, compramos la parcela y construimos la casa de nuestros sueños con todos los lujos que Daniela quiso. Así que desde este verano vivimos juntos en ella.

El mes pasado, la niña empezó el colegio. Yo me encargo de dejarla por las mañanas y Daniela de recogerla. He tenido que aprender a hacer trenzas y coletas, porque la pequeña me lo pone muy difícil por las mañanas. Siempre quiere un peinado nuevo con el que sorprender a sus amigas.

Por las tardes intento regresar pronto del trabajo para poder bañarla y encargarme de leerle el cuento antes de dormir. Es una niña maravillosa, despierta y muy inteligente. Tiene razonamientos que me desmontan.

Todo está preparado. Aviso a los que están disfrutando del maravilloso día en el jardín de que la fiesta va a dar comienzo.

Comemos alrededor de la mesa charlando unos con otros. Ya no solemos juntarnos todos, más que en contadas ocasiones. En Murcia viven Ángel, Juan y mamá. Pedro y Ana, recién jubilados pretenden pasar largas temporadas allí. El resto vivimos en Madrid.

La empresa va muy bien. Hemos tenido que contratar jefes de obra que nos ayuden a Ángel y a mí a supervisar todos los proyectos que llevamos adelante, y Edu trabaja con un equipo de arquitectos.

Por fin ha llegado el momento de soplar las velas. Estoy nervioso, hoy es un día especial y si mis chicas quieren será perfecto.

Ángela sopla sus tres velitas y todos cantamos el cumpleaños feliz. Abraza orgullosa a su mamá. Me emociona verla tan mayor.

Ha llegado el momento. Quiero hacerlo antes de que le demos los regalos porque luego será muy difícil conseguir su atención. Le he pedido permiso a Ángel que es mi cómplice en todo esto.

Edu pone la canción *Perfect* de Ed Sheeran, nuestra canción. Habla de Daniela, de nosotros. Ella es perfecta para mí.

Cuando los primeros acordes suenan, Dani me busca con una pícaro mirada. Nos encanta hacer el amor con esta canción de fondo. La hemos escuchado tantas veces...

Todos se callan cuando despacio pero decidido me acerco a ellas. Madre e hija están juntas. Daniela sentada, Ángela en su regazo.

Cuando clavo una rodilla en el suelo. Daniela sabe lo que voy a hacer y se tapa la boca con vergüenza, pero la sorprendo dirigiéndome a Ángela y no a ella.

—Preciosa..., ¿puedo pedirte una cosa? —Ella me observa intrigada y asiente. Continúo, no quiero que se despiste con otra cosa y se rompa este bonito momento que pretendo crear en su memoria—. Ángela... Sabes que te quiero mucho y que haría cualquier cosa por ti ¿verdad? —Asiente de nuevo. Daniela me observa expectante. Miro a mi hermano esperando que me confirme su visto bueno. Él me anima inclinando la cabeza. Todos permanecen en silencio.

—¿Me dejarías ser tu papá? —pregunto. Me hubiera gustado poder fotografiar este momento para no olvidarlo jamás, aunque no creo que eso pueda pasar. Ángela abre los ojos como platos y una gran sonrisa se dibuja en su cara. Salta de los brazos de su madre y rodea mi cuello, dándome un fuerte abrazo que casi me hace perder el equilibrio—. Sí, sí, sí. Te dejo —dice con su vocecita.

Miro a Daniela, sé que está emocionada por lo ocurrido. Pero aún hay más.

—Gracias, pequeña —susurro a la niña—, ¿me ayudas ahora a hacer otra cosa? —Sé que está dispuesta—. Si voy a ser tu papá necesito que tu mamá también lo quiera. ¿Me ayudas a convencerla?

Ángela mira a su mamá con los ojos del gatito de la película de *Shrek* que tanto le gusta y yo aprovecho para pedirle que se case conmigo.

Ahora es Daniela la que se pone en pie. Yo lo hago también y cojo a Ángela en brazos. Quiero que su madre nos responda a los dos.

—Claro que quiero, Leo. Te quiero y quiero que legalmente seas el papá de Ángela. Aunque creo que ambas ya te habíamos adoptado en nuestra familia.

—Hagámoslo oficial, entonces. —Y la beso con ternura.

Saco un anillo que compré hace mucho tiempo en una joyería porque era sencillo, precioso y me recordó a ella, y se lo pongo.

La familia aplaude. Han sido testigos de nuestra relación desde el comienzo, de sus momentos buenos y sus momentos malos. De nuestros errores, aquellos que casi nos separan. Nos han aconsejado y son los únicos que han creído en nuestro amor más que nosotros mismos.

—Os quiero, preciosas —digo mientras las abrazo con todo mi amor.

Ellas son mi vida, mi presente y mi futuro.

Carta a mis hijos

Cuando tengas edad para leer esta historia, piensa que sus personajes son producto de mi imaginación, cualquier parecido con la realidad en nombres o situaciones es meramente fortuito. Sé consciente de que es una versión imaginaria de lo que podría ser la realidad de una chica de veintiocho años.

Creo que las historias de amor existen, pueden ser similares a esta, pero por desgracia en la vida, también existen el sufrimiento y el dolor; y quizá sean demasiado comunes.

Daniela conoce a un hombre atractivo una noche de fiesta en la que se ha pasado con las copas. Disfruta de la noche y lo pasa bien, pero la historia podría haber sido otra, podría haber decidido no irse con él en el último momento, o parar lo que había empezado..., no sé, quizá en el ascensor. Darse cuenta de que lo que estaba haciendo no era lo que quería. Podría haber pedido a Ángel, que parara y él podría no haber querido hacerlo, o despojado de su control por drogas o alcohol, no haber sabido parar. Ángel podría haber impuesto su deseo. Podría haberla violado y la novela sería distinta.

Con esto, no quiero decirte que no bebas, que no te pongas ropa *sexy* ni que no te relaciones con gente desconocida, solo que lo hagas con cuidado. Sé tú misma/o, sé feliz, diviértete, vístete como quieras y sal con quien desees, pero nunca, nunca pierdas la conciencia de tus actos, tu cuerpo o tu mente. Porque tú puedes controlar lo que tú haces, pero no lo que pueden hacer los demás, conocidos o desconocidos. Debes tener siempre el dominio sobre tus decisiones, no pierdas nunca esa facultad y respeta un NO, cueste lo que cueste.

Vive tu vida, quíete, disfruta y que el destino ponga en tu camino una bonita historia de amor.

Gracias por leerme.

Mamá

© 2019, Amy Realto

Primera edición en este formato: noviembre de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

ISBN: 978-84-17705-47-3

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.